



A.T.A.
1418

73-7792
R-1

FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO

PARA EL USO

DE LAS ESCUELAS DE INSTRUCCION PRIMARIA

POR

D. FÉLIX MARÍA SAMANIEGO

DEL NÚMERO DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAÍS

EDICION ILUSTRADA CON VIÑETAS

MADRID

SATURNINO CALLEJA

calle de la Paz, 7, librería.

1883





*Duplex libelli dos est: quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.*

(PHEDR.: FAB., PROL., LIB. 1.)



Á LOS CABALLEROS ALUMNOS

DEL REAL SEMINARIO PATRIÓTICO VASCONGADO

¡Oh jóvenes amables,
Que en vuestros tiernos años
Al templo de Minerva
Dirigís vuestros pasos!
Seguid, seguid la senda
En que marchais, guiados
A la luz de las ciencias
Por Profesores sabios:
Aunque el camino sea
Ya difícil, ya largo,
No allana y facilita
El tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo,
Con la esteva agobiado,
El labrador sus bueyes
Guia con paso tardo;

Mas al fin llega á verse
 En medio del verano,
 De doradas espigas
 Como Céres rodeado.
 A mayores tareas,
 A más graves cuidados,
 Es mayor y más dulce
 El premio y el descanso.
 Tras penosas fatigas
 De labradora mano,
 ¡Con qué gusto recoge
 Los racimos de Baco!
 Ea, jóvenes, ea,
 Seguid, seguid marchando
 Al templo de Minerva,
 A recibir el lauro.
 Mas yo sé, caballeros,
 Que un jóven entre tantos
 Responderá á mis voces:
No puedo, que me canso.
 Descansa enhorabuena;
 ¿Digo yo lo contrario?
 Tan léjos estoy de eso,
 Que en estos versos trato
 De daros un asunto
 Que instruya deleitando.
 Los perros y los lobos,
 Los ratones y gatos,
 Las zorras y las monas,
 Los ciervos y caballos,
 Os han de hablar en verso;
 Pero con juicio tanto,
 Que sus máximas sean
 Los consejos más sanos.
 Deleitaos en ello,
 Y con este descanso
 A las sérias tareas

Volved más alentados.
 Ea, jóvenes, ea,
 Seguid, seguid marchando
 Al templo de Minerva
 A recibir el lauro.
 Pero... ¡qué! ¿os detienen
 El ocio y el regalo?
 Pues escuchad á Esopo,
 Mis jóvenes amados.

LIBRO PRIMERO

FÁBULA PRIMERA

El Asno y el Cochino .

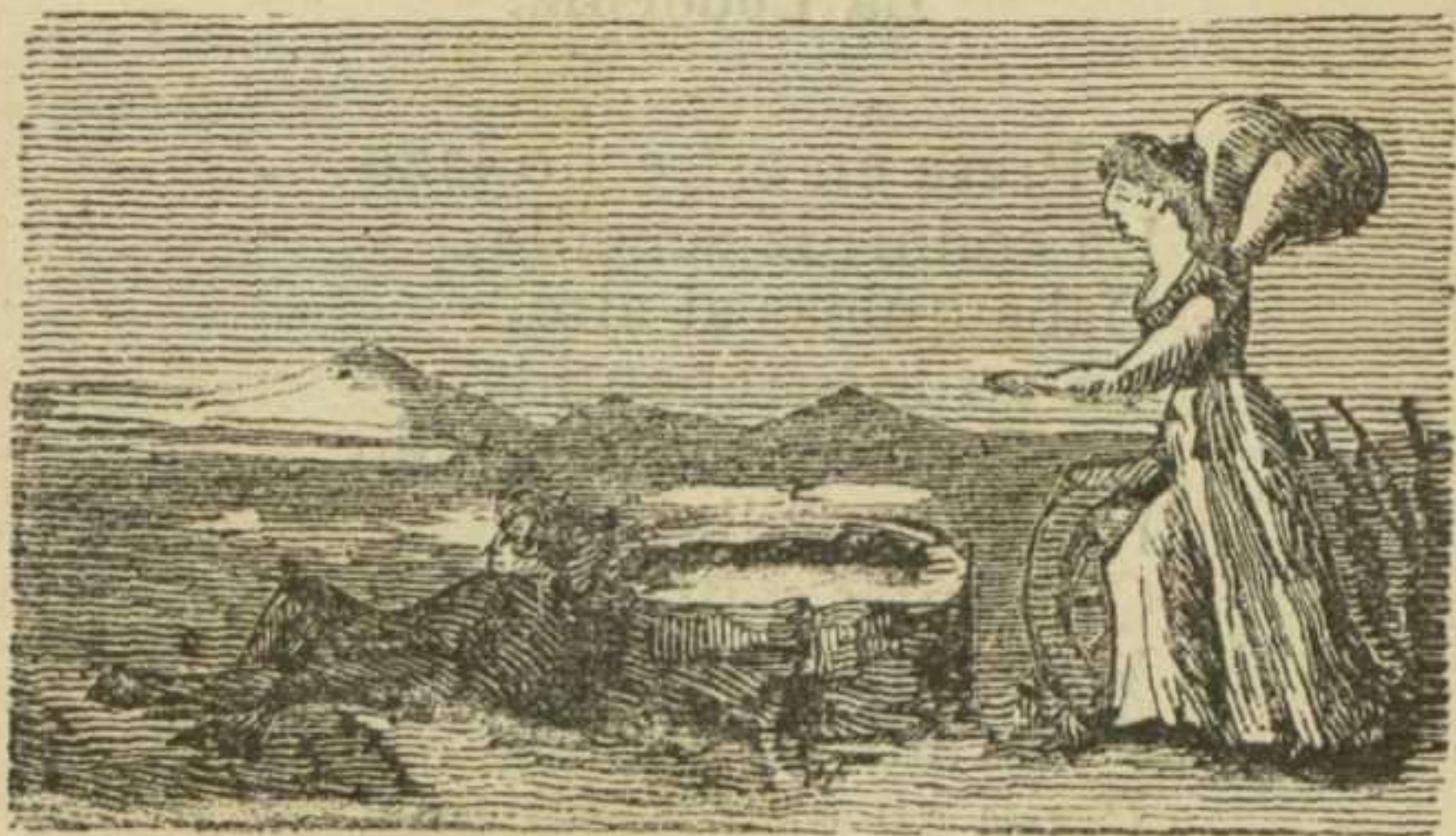
Envidiando la suerte del Cochino
 Un Asno maldecía su destino.
 —Yo, decía, trabajo y como paja;
 El come harina y berza, y no trabaja:
 A mí me dan de palos cada día;
 A él le rascan y halagan á porfía.
 Así se lamentaba de su suerte;
 Pero luégo que advierte
 Que á la pocilga alguna gente avanza
 En guisa de matanza,
 Armada de cuchillo y de caldera,
 Y que con maña fiera
 Dan al gordo cochino fin sangriento,
 Dijo entre sí el Jumento:
*Si en esto pára el ocio y los regalos,
 Al trabajo me atengo y á los palos.*

FÁBULA II

La Cigarra y la Hormiga.

Cantando la cigarra
 Pasó el verano entero,
 Sin hacer provisiones
 Allá para el invierno.
 Los frios la obligaron
 A guardar el silencio
 Y acogerse al abrigo
 De su estrecho aposento.
 Vióse desproveida
 Del precioso sustento,
 Sin mosca, sin gusano,
 Sin trigo y sin centeno.
 Habitaba la Hormiga
 Allí tabique en medio,
 Y con mil expresiones
 De atencion y respeto
 La dijo:—Doña Hormiga,
 Pues que en vuestros graneros
 Sobran las provisiones
 Para vuestro alimento,
 Prestad alguna cosa
 Con que viva este invierno
 Esta triste Cigarra,
 Que alegre en otro tiempo,
 Nunca conoció el daño,
 Nunca supo temerlo.
 No dudeis en prestarme,
 Que fielmente prometo
 Pagaros con ganancias, -
 Por el nombre que tengo.
 La codiciosa Hormiga
 Respondió con denuedo,
 Ocultando á la espalda

Las llaves del granero:
 —¡Yo prestar lo que gano
 Con un trabajo inmenso!
 Dime, pues, holgazana,
 ¿Qué has hecho en el buen tiempo?
 —Yo, dijo la Cigarra,
 A todo pasajero
 Cantaba alegremente,
 Sin cesar ni un momento.
 —¡Hola! ¿Conque cantabas
 Cuando yo andaba al remo?
 Pues ahora que yo como,
 Baila, pese á tu cuerpo.



FÁBULA III

El Muchacho y la Fortuna.

A la orilla de un pozo,
 Sobre la fresca hierba,
 Un incauto mancebo
 Dormía á pierna suelta.
 Gritóle la Fortuna:

—¡Insensato, despierta!
 ¿No ves que ahogarte puedes
 A poco que te muevas?
 Por tí y otros canallas,
 A veces me motejan,
 Los unos de inconstante,
 Y los otros de adversa.
*¡Reveses de fortuna
 Llamais á las miserias!
 ¿Por qué, si son reveses
 De la conducta necia?*

FÁBULA IV

La Codorniz.

Presa en estrecho lazo
 La codorniz sencilla,
 Daba quejas al aire,
 Ya tarde arrepentida.
 —¡Ay de mí, miserable,
 Infeliz avecilla,
 Que ántes cantaba libre
 Y ya lloro cautiva!
 Perdí mi nido amado,
 Perdí en él mis delicias;
 Al fin perdílo todo,
 Pues que perdí la vida.
 ¿Por qué desgracia tanta?
 ¿Por qué tanta desdicha?
 Por un grano de trigo.
 ¡Oh cara golosina!
*¡El apetito ciego
 A cuántos precipita,
 Que por lograr un nada
 Un todo sacrifican!*

FÁBULA V

El Aguila y el Escarabajo.

¡Que me matan! ¡Favor! Así clamaba
 Una Liebre infeliz que se miraba
 En las garras de una Aguila sangrienta.
 A las voces, segun Esopo cuenta,
 Acudió un compasivo Escarabajo,
 Y viendo á la cuitada en tal trabajo,
 Por libertarla de tan cruda muerte,
 Lleno de horror exclama de esta suerte:
 —¡Oh reina de las aves escogida!
 ¿Por qué quitas la vida
 A ese pobre animal, manso y cobarde?
 ¿No sería mejor hacer alarde
 De devorar á dañadoras fieras,
 O ya que resistencia hallar no quieras,
 Cebar tus uñas y tu corvo pico
 En el frio cadáver de un borrico?
 Cuando el escarabajo así decía,
 La águila con desprecio se reía;
 Y sin usar de más atenta frase,
 Mata, trincha, devora, pilla, y vase.
 El pequeño animal así burlado,
 Quiere verse vengado.
 En la ocasion primera
 Vuela al nido del águila altanera:
 Halla solos los huevos, y arrastrando
 Uno por uno, fuélos despeñando.
 Mas como nada alcanza
 A dejar satisfecha una venganza,
 Cuantos huevos ponía en adelante,
 Se los hizo tortilla en el instante.
 La reina de las aves, sin consuelo,
 Remontando su vuelo,
 A Júpiter excelso humilde llega,

Expone su dolor; pídele, ruega
 Remedie tanto mal. El dios, propicio,
 Por un incomparable beneficio,
 En su regazo hizo que pusiese
 El águila sus huevos, y se fuese;
 Que á la vuelta, colmada de consuelos,
 Encontraría hermosos sus polluelos.
 Supo el escarabajo el caso todo:
 Astuto é ingenioso, hace de modo
 Que una bola fabrica diestramente,
 De la materia en que continuamente
 Trabajando se halla,
 Cuyo nombre se sabe, aunque se calla,
 Y que, segun yo pienso,
 Para los dioses no es muy buen incienso;
 Carga con ella, vuela, y atrevido
 Pone su bola en el sagrado nido:
 Júpiter que se vió con tal basura,
 Al punto sacudió su vestidura,
 Haciendo, al arrojar la albondiguilla,
 Con la bola y los huevos su tortilla.
 Del trágico suceso noticiosa,
 Arrepentida el águila y llorosa,
 Aprendió esta leccion á mucho precio:
A nadie se le trate con desprecio,
Como al escarabajo;
Porque al más miserable, vil y bajo,
Para tomar venganza, si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?



FÁBULA VI

El Leon vencido por el Hombre.

Cierto artífice pintó
 Una lucha, en que valiente
 Un hombre tan solamente
 A un terrible leon venció.
 Otro leon que el cuadro vió,
 Sin preguntar por su autor,
 En tono despreciador
 Dijo:—Bien se deja ver
 Que es pintar como querer,
 Y no fué leon el pintor.

FÁBULA VII

La Zorra y el Busto.

Dijo la zorra al busto,
 Despues de olerlo:
 Tu cabeza es hermosa,
 Pero sin seso.
 Como este hay muchos,
 Que aunque parecen hombres,
 Sólo son bustos.

FÁBULA VIII

El Raton de la corte y el del campo.

Un raton cortesano
 Convidó con un modo muy urbano
 A un raton campesino.
 Dióle gordo tocino,
 Queso fresco de Holanda,
 Y una despensa llena de vianda
 Era su alojamiento;
 Pues no pudiera haber un aposento
 Tan magníficamente preparado,
 Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
 Con el mayor esmero,
 Para alojar á *Roepan primero*.
 Sus sentidos allí se recreaban;
 Las paredes y techos adornaban,
 Entre mil ratonescas golosinas,
 Salchichones, perniles y cecinas.
 Saltaban de placer ¡oh qué embeleso!
 De pernil en pernil, de queso en queso.
 En esta situacion tan lisonjera
 Llega la despensera:
 Oyén el ruido, corren, se agazapan,
 Pierden el tino; mas al fin se escapan
 Atropelladamente,
 Por cierto pasadizo abierto á diente.
 —¡Esto tenemos! dijo el campesino:
 Reniego yo del queso y del tocino,
 Y de quien busca gustos
 Entre los sobresaltos y los sustos.
 Volvióse á su campiña en el instante,
 Y estimó mucho más de allí adelante,
 Sin zozobras, temor ni pesadumbres,
 Su casita de tierra y sus legumbres.



FÁBULA IX

El Herrero y el Perro.

Un Herrero tenía
 Un perro que no hacía
 Sino comer, dormir y estar echado;
 De la casa jamas tuvo cuidado;
 Levantábase sólo á mesa puesta:
 Entónces con gran fiesta
 Al dueño se acercaba,
 Con perrunas caricias lo halagaba,
 Mostrando de cariño mil excesos
 Por pillar las piltrafas y los huesos.
 —He llegado á notar, le dijo el amo,
 Que, aunque nunca te llamo,
 A la mesa te llegas prontamente:
 En la fragua jamas te ví presente;
 Y yo me maravillo
 De que no despertándote el martillo,
 Te desveles al ruido de mis dientes.
 Anda, anda, poltron; no es bien que cuentes
 Que el amo, hecho un gañan y sin reposo,
 Te mantiene á lo conde muy ocioso.

El Perro le responde:
 —¿Qué más tiene que yo cualquiera conde?
 Para no trabajar, debo al destino
 Haber nacido perro, y no pollino.
 —Pues, señor conde, fuera de mi casa,
 Verás en las demas lo que te pasa.
 En efecto, salió á probar fortuna,
 Y las casas anduvo de una en una.
 Allí le hacen servir de centinela,
 Y que pase la noche toda en vela;
 Acá de lazarillo y de danzante;
 Allá dentro de un torno á cada instante
 Asa la carne que comer no espera.
 Al cabo conoció de esta manera
 Que el destino, y no es cuento,
 A todos nos cargó como al jumento.

FÁBULA X

La Zorra y la Cigüeña.

Una zorra se empeña
 En dar una comida á la cigüeña.
 La convidó con tales expresiones,
 Que anunciaba sin duda provisiones
 De lo más excelente y exquisito.
 Acepta alegre, va con apetito;
 Pero encontró en la mesa solamente
 Jigote claro sobre chata fuente.
 En vano á la comida picoteaba,
 Pues era, para el guiso que miraba,
 Inútil tenedor su largo pico.
 La zorra, con la lengua y el hocico,
 Limpió tan bien su fuente, que pudiera
 Servir de fregatriz si á Holanda fuera.
 Mas de allí á poco tiempo, convidada
 De la cigüeña, halla preparada

Una redoma de jigote llena:
 Allí fué su afliccion, allí su pena;
 El hocico goloso al punto asoma
 Al cuello de la hidrópica redoma;
 Mas en vano, pues era tan estrecho,
 Cual si por la cigüeña fuese hecho.
 Envidiosa de ver que á conveniencia
 Chupaba la del pico á su presencia,
 Vuelve, tiente, discurre,
 Huele, se desatina, en fin, se aburre.
 Marchó rabo entre piernas tan corrida,
 Que ni áun tuvo siquiera la salida
 De decir: *están verdes*, como antaño.
Tambien hay para picaros engaño.

FÁBULA XI

Las Moscas.

A un panal de rica miel
 Dos mil moscas acudieron,
 Que, por golosas, murieron
 Presas de patas en él.
 Otras dentro de un pastel
 Enterró su golosina.
Así, si bien se examina,
Los humanos corazones
Perecen en las prisiones
Del vicio que los domina.



FÁBULA XII

El Leopardo y las Monas.

No á pares, á docenas encontraba
 Las monas en Tetuan, cuando cazaba,
 Un leopardo: apénas lo veían,
 A los árboles todas se subían,
 Quedando del contrario tan seguras,
 Que pudiera decir: «No están maduras.»
 El cazador, astuto, se hace el muerto
 Tan vivamente, que parece cierto.
 Hasta las viejas monas,
 Alegres en el caso, y juguetonas,
 Empiezan á saltar: la más osada
 Baja, arrímase al muerto de callada,
 Mira, huele, y áun tiente,
 Y grita muy contenta:
 —¡Llegad, que muerto está de todo punto;
 Tanto, que empieza á oler el tal difunto!
 Bajan todas con bulla y algazara:
 Ya le tocan la cara,
 Ya le saltan encima,
 Aquella se le arrima,
 Y haciendo mimos á su lado queda;

Otra se finge muerta, y lo remeda.
 Mas luégo que las siente fatigadas
 De correr, de saltar y hacer monadas,
 Levántase ligero,
 Y más que nunca fiero,
 Pilla, mata y devora; de manera
 Que parecía la sangrienta fiera,
 Cubriendo con los muertos la campaña,
 Al Cid matando moros en España.
*Es el peor enemigo el que aparenta
 No poder causar daño, porque intenta,
 Inspirando confianza,
 Asegurar su golpe de venganza.*

FÁBULA XIII

El Ciervo en la fuente.

Un ciervo se miraba
 En una hermosa y cristalina fuente:
 Placentero admiraba
 Los enramados cuernos de su frente;
 Pero al ver sus delgadas largas piernas,
 Al alto cielo daba quejas tiernas.
 —¡Oh dioses! ¿A qué intento
 A esta fábrica hermosa de cabeza
 Construís su cimiento,
 Sin guardar proporcion en la belleza?
 ¡Oh qué pesar! ¡oh qué dolor profundo
 No haber gloria cumplida en este mundo!
 Hablando de esta suerte,
 El ciervo vió venir á un lebrel fiero.
 Por evitar su muerte,
 Parte al espeso bosque muy ligero;
 Pero el cuerno retarda su salida
 Con una y otra rama entretejida.
 Mas libre del apuro

A duras penas, dijo con espanto:
 —Si me veo seguro,
 Pese á mis cuernos. fué por correr tanto.
 ¡Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos;
 Haga mis feos piés el cielo eternos!
Así frecuentemente
El hombre se deslumbra con lo hermoso;
Elige lo aparente,
Abrazando tal vez lo más dañoso;
Pero escarmiente ahora en tal cabeza:
El útil bien es la mejor belleza.



FÁBULA XIV

El Leon y la Zorra.

Un leon, en otro tiempo poderoso,
 Ya viejo y achacoso,
 En vano perseguía hambriento y fiero
 Al mamon becerrillo y al cordero,
 Que trepando por la áspera montaña
 Huían libremente de su saña.
 Afligido del hambre, á par de muerte,
 Discurrió su remedio de esta suerte.
 Hace correr la voz de que se hallaba

Enfermo en su palacio, y deseaba
 Ser de los animales visitado.
 Acudieron algunos de contado;
 Mas como el grave mal que le postraba
 Era un hambre voraz, tan sólo usaba
 La receta exquisita
 De engullirse al *Monsieur* de la visita:
 Acércase la zorra de callada,
 Y á la puerta asomada,
 Atisba muy despacio
 La entrada de aquel cóncavo palacio.
 El leon la divisa, y al momento
 La dice:—Ven acá, pues que me siento
 En el último instante de mi vida.
 Visítame como otros, mi querida.
 —¿Como otros? ¡Ah, señor! he conocido
 Que entraron, sí, pero que no han salido.
 Mirad, mirad la huella;
 Bien claro lo dice ella,
 Y no es bien el entrar do no se sale.
La prudente cautela mucho vale.

FÁBULA XV

La Cierva y el Cervato.

A una cierva decía
 Su tierno cervatillo:—Madre mia,
 ¿Es posible que un perro solamente
 Al bosque te haga huir cobardemente,
 Siendo él mucho menor, ménos pujante?
 ¿Por qué no has de ser tú más arrogante?
 —Todo es cierto, hijo mio;
 Y cuando así lo pienso, desafío
 A mis solas á veinte perros juntos:
 Figúrome luchando, y que difuntos
 Dejo á los unos; que otros falleciendo,
 Pisándose las tripas, van huyendo

En vano de la muerte,
 Y á todos venzo de gallarda suerte.
 Mas si embebida en este pensamiento
 A un perro ladrar sienta,
 Escapo más ligera que un venablo,
 Y mi victoria se la lleva el diablo.
*A quien no sea de ánimo esforzado,
 No armarlo de soldado,
 Pues por más que al mirarse la armadura
 Piense en tiempo de paz que su bravura
 Herirá y matará cuanto acometa,
 En oyendo en campaña la trompeta
 Hará lo que la cierva de la historia,
 Mas que el diablo se lleve la victoria.*

FÁBULA XVI

El Labrador y la Cigüeña.

Un labrador miraba
 Con duelo su sembrado,
 Porque gansos y grullas
 De su trigo solían hacer pasto.
 Armó sin más tardanza
 Diestramente sus lazos,
 Y cayeron en ellos
 La cigüeña, las grullas y los gansos.
 —Señor rústico, dijo
 La cigüeña temblando:
 Quítame las prisiones,
 Pues no merezco pena de culpados.
 La diosa Céres sabe
 Que, léjos de hacer daño,
 Limpio de sabandijas,
 De culebras y víboras los campos.
 —Nada me satisface,
 Respondió el hombre airado.

Te hallé con delincuentes,
 Con ellos morirás entre mis manos.
La inocente cigüeña
Tuvo el fin desgraciado
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.

FÁBULA XVII

La Serpiente y la Lima.

En casa de un cerrajero
 Entró la serpiente un día,
 Y la insensata mordía
 En una lima de acero.

Dijole la lima:—El mal,
 Necia será para tí.
 ¿Cómo has de hacer mella en mí,
 Que hago polvos el metal?
Quien pretende sin razon
Al más fuerte derribar,
No consigue sino dar
Coces contra el aguijon.

FÁBULA XVIII

El Calvo y la Mosca.

Picaba impertinente
 En la espaciosa calva de un anciano
 Una mosca insolente.
 Quiso matarla, levantó la mano,
 Tiró un cachete, pero fuese salva,
 Hiriendo el golpe la redonda calva.

Con risa desmedida
 La mosca prorumpió:—Calvo maldito,

Si quitarme la vida
 Intentaste por un leve delito,
 ¿A qué pena condenas á tu brazo,
 Bárbaro ejecutor de tal porrazo?
 —Al que obra con malicia.
 Le respondió el varon prudentemente,
 Rigurosa justicia
 Debe dar el castigo conveniente;
 Y es bien ejercitarse la clemencia
 En el que peca por inadvertencia.
 Sabe, mosca villana,
 Que coteja el agravio recibido
 La condicion humana,
 Segun la mano de donde ha venido.
*Que el grado de la ofensa á tanto asciende,
 Cuanto sea más vil aquel que ofende.*



FÁBULA XIX

Los dos Amigos y el Oso.

A dos amigos se aparece un oso:
 El uno, muy medroso,
 En las ramas de un árbol se asegura;

El otro, abandonado á la ventura,
 Se finge muerto repentinamente.
 El oso se le acerca lentamente,
 Mas como este animal, segun se cuenta,
 De cadáveres nunca se alimenta,
 Sin ofenderlo lo registra y toca.
 Huélele las narices y la boca;
 No le siente el aliento,
 Ni el menor movimiento;
 Y así se fué diciendo sin recelo:
 ¡Este tan muerto está como mi abuelo!
 Entónces el cobarde,
 De su grande amistad haciendo alarde,
 Del árbol se desprende muy ligero,
 Corre, llega y abraza al compañero.
 Pondera la fortuna
 De haberle hallado sin lesion alguna;
 Y al fin le dice.—Sepas que he notado
 Que el oso te decía algun recado.
 ¿Qué pudo ser?—Diréte lo que ha sido:
 Estas dos palabritas al oido:
*Aparta tu amistad de la persona
 Que si te ve en el riesgo te abandona.*

FABULA XX

El Aguila, la Gata y la Jabalina.

Un águila anidó sobre una encina;
 Al pié criaba cierta jabalina;
 Y era un hueco del tronco corpulento
 De una gata y sus crías aposento.
 Esta gran marrullera
 Sube al nido del águila altanera,
 Y con fingidas lágrimas le dice:
 —¡Ay misera de mí! ¡Ay infelice!
 ¡Este sí que es trabajo!

La vecina que habita el cuarto bajo,
 Como tú misma ves, el día pasa
 Hozando los cimientos de la casa.
 La arruinará, y en viendo la traidora
 Por tierra á nuestros hijos, los devora.
 Despues que dejó al águila asustada,
 A la cueva se baja de callada,
 Y dice á la cerdosa:—Buena amiga,
 Has de saber que el águila enemiga,
 Cuando saques tus crías hacia el monte,
 Las ha de devorar; así, disponte.
 La gata, aparentando que temía,
 Se retiró á su cuarto, y no salía
 Sino de noche, que con maña astuta,
 Abastecía su pequeña gruta.
 La jabalina, con tan triste nueva,
 No salió de su cueva.
 La águila, en el ramaje temerosa,
 Haciendo centinela no reposa.
 En fin, á ambas familias la hambre mata,
 Y de ellas hizo víveres la gata,
Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado!
Que un chismoso en amigo disfrazado,
Con capa de amistad cubre sus trazas,
Y así causan el mal sus añagazas.

A D. JAVIER MARIA DE MUNIVE É INDIAQUEZ
 CONDE DE PEÑAFLORENDA, DIRECTOR PERPETUO DE LA SOCIEDAD
 VASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS

Miéntras que con la espada en mar y tierra
 Los ilustres varones
 Engrandecen su fama por la guerra
 Sojuzgando naciones,

Tú, Conde, con la pluma y el arado,
 Ya enriqueces la patria, ya la instruyes;
 Y haciendo venturosos, has ganado
 El bien que buscas y el laurel que huyes,
 Con darte todo al bien de los humanos.
 No contento, tu celo
 Supo unir á los nobles ciudadanos
 Para felicidad del patrio suelo.
 La hormiga codiciosa
 Trabaja en sociedad fructuosamente,
 Y la abeja oficiosa
 Labra siempre ayudada de su gente.
 Así unes á los hombres laboriosos,
 Para hacer los trabajos más fructuosos.
 Aquel viaja observando
 Por las naciones cultas;
 Este con experiencias va mostrando
 Las útiles verdades más ocultas.
 Cuál cultiva los campos, cuál las ciencias,
 Y de diversos modos,
 Juntando estudios, viajes y experiencias,
 Resulta el bien en que trabajan todos.
 ¡En que trabajan todos! ya lo dije,
 Por más que yo también sea contado.
 El sabio Presidente que nos rige
 Tiene, aún al más inútil, ocupado.
 Dar-me, Conde, querías un destino
 Al contemplarme ocioso é ignorante;
 Era difícil; mas al fin tu tino
 Encontró un genio en mí versificante.
 A *Fedro* y *La Fontaine* por modelos
 Me pusiste á la vista,
 Y hallaron tus desvelos
 Que pudiera ensayarme á fabulista.
 Y pues viene al intento,
 Pasemos al ensayo: va de cuento.

LIBRO SEGUNDO

FÁBULA PRIMERA

El Leon con su Ejército.

El leon, rey de los bosques poderoso,
 Quiso armar un ejército famoso.
 Juntó sus animales al instante:
 Empezó por cargar al elefante
 Un castillo con útiles, y encima
 Rabiosos lobos que pusiesen grima:
 Al oso le encargó de los asaltos:
 Al mono, con sus gestos y sus saltos
 Mandó que al enemigo entretuviese:
 A la zorra, que diese
 Ingeniosos ardides al intento.
 Uno gritó:—La liebre y el jumento,
 Este por tardo, aquélla por medrosa,
 De estorbo servirán, no de otra cosa.
 —¿De estorbo? dijo el rey: yo no lo creo:
 En la liebre tendremos un correo,
 Y en el asno mis tropas un trompeta.
 Así quedó la armada bien completa.
Tu retrato es el leon, CONDE prudente,
Y si á tu imitacion, segun deseo,
Examinan los jefes á su gente,
A todos han de dar útil empleo.
¿Por qué no lo han de hacer? ¿Habrá cucaña
Como no hallar ociosos en España?



FÁBULA II

La Lechera.

Llevaba en la cabeza
 Una lechera el cántaro al mercado
 Con aquella presteza,
 Aquel aire sencillo, aquel agrado,
 Que va diciendo á todo el que lo advierte:
 !Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
 Más compañía que su pensamiento,
 Que alegre le ofrecía
 Inocentes ideas de contento.
 Marchaba sola la infeliz lechera,
 Y decía entre sí de esta manera:

—Esta leche vendida,
 En limpio me dará tanto dinero;
 Y con esta partida
 Un canasto de huevos comprar quiero,
 Para sacar cien pollos, que al estío
 Me rodeen cantando el pío, pío.

Del importe logrado
 De tanto pollo, mercaré un cochino:

Con bellota, salvado,
Berza y castaña, engordará sin tino;
Tanto, que pueda ser que yo consiga
El ver cómo le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero;
Compraré de contado
Una robusta vaca y un ternero
Que salte y corra toda la campaña,
Desde el monte cercano á la cabaña.

Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Que compasion! ¡Adios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero!

¡Oh loca fantasía,
Que palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa,
De mejor ó más próspera fortuna.
Que vivirás ansiosa,
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
*No anheles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.*

FÁBULA III

El Asno sesudo.

Cierto burro pacía
En la fresca y hermosa pradería,
Con tanta paz, como si aquella tierra

No fuese entónces teatro de la guerra.
 Su dueño, que con miedo le guardaba,
 De centinela en la ribera estaba.
 Divisa al enemigo en la llanura:
 Baja, y al buen borrico le conjura
 Que huya precipitado.
 El asno, muy sesudo y reposado,
 Empieza á andar á paso perezoso;
 Impaciente su dueño, temeroso
 Con el marcial ruido
 De bélicas trompetas al oído,
 Le exhorta con fervor á la carrera.
 —¡Yo correr! dijo el asno: ¡bueno fuera!
 Que llegue enhorabuena Marte fiero:
 Me rindo, y él me lleva prisionero:
 Servir aquí ó allí, ¿no es todo uno?
 ¿Me pondrán dos albardas? No, ninguno:
 Pues nada pierdo, nada me acobarda:
 Siempre seré un esclavo con albarda.
 No estuvo más en sí ni más entero
 Que el buen pollino, Amíclas, el barquero,
 Cuando en su humilde choza le despierta
 César con los soldados á la puerta,
 Para que á la Calabria los guiase.
 ¿Se podría encontrar quien no temblase
 Entre los poderosos,
 De insultos militares horrorosos
 De la guerra enemiga?
 No hay sino la pobreza que consiga
 Esta grande exencion; de aquí le viene:
Nada teme perder quien nada tiene.

FÁBULA IV

El Zagal y las Ovejas.

Apacentando un jóven su ganado,
 Gritó desde la cima de un collado:
 —¡Favor, que viene el lobo, labradores!
 Estos, abandonando sus labores,
 Acuden prontamente,
 Y hallan que es una chanza solamente:
 Vuelve á llamar, y temen la desgracia.
 Segunda vez los burla: ¡linda gracia!
 Pero ¿qué sucedió la vez tercera?
 Que vino en realidad la hambrienta fiera:
 Entónces el zagal se desgañita,
 Y por más que patea, llora y grita,
 No se mueve la gente escarmentada,
 Y el lobo le devora la manada.
*¡Cuántas veces resulta de un engaño
 Contra el engañador el mayor daño!*

FÁBULA V

El Aguila, la Corneja y la Tortuga.

A una tortuga un águila arrebató:
 La ladrona se apura y desbarató
 Por hacerla pedazos,
 Ya que no con la garra, á picotazos.
 Viéndola una corneja en tal faena,
 La dice:—En vano tomas tanta pena.
 ¿No ves que es la tortuga, cuya casa
 Diente, cuerno ni pico la traspasa,
 Y si siente que llaman á su puerta
 Se finge la dormida, sorda ó muerta?
 ¿Pues qué he de hacer? Remontarás tu vuelo,
 Y en mirándote allá cerca del cielo,

La dejarás caer sobre un peñasco,
 Y se hará una tortilla el duro casco.
 La águila, porque diestra lo ejecuta,
 Y la corneja astuta
 Por autora de aquella maravilla,
 Juntamente comieron la tortilla.
*¿Qué podrá resistir á un poderoso
 Guiado de un consejo malicioso?
 De estos tales se aparta el que es prudente.
 Y así, por escaparse de esta gente,
 Las descendientes de la tal tortuga
 A cuevas ignoradas hacen fuga.*



FÁBULA VI

El Lobo y la Cigüeña.

Sin duda alguna que se hubiera ahogado
 Un lobo con un hueso atragantado,
 Si á la sazón no pasa una cigüeña.
 El paciente la ve, hácela seña;
 Llega, y ejecutiva
 Con su pico, jeringa primitiva,
 Cual diestro cirujano,

Hizo la operacion, y quedó sano.
 Su salario pedía,
 Pero el ingrato lobo respondía:
 —¿Tu salario? ¿Pues qué más recompensa
 Que el no haberte causado leve ofensa
 Y dejarte vivir, para que cuentes
 Que pusiste tu vida entre mis dientes?
 Marchó, por evitar una desdicha,
 Sin decir *tus* ni *mus*, la susodicha.
Haz bien, dice el proverbio castellano,
Y no sepas á quién; pero es muy llano
 Que no tiene razon ni por asomo:
 Es menester saber á quién y cómo.
 El ejemplo siguiente
 Nos hará esta verdad más evidente.

FÁBULA VII

El Hombre y la Culebra.

A una culebra que de frio yerta
 En el suelo yacía medio muerta,
 Un labrador cogió; mas fué tan bueno,
 Que incautamente la abrigó en su seno.
 Apénas revivió, cuando la ingrata
 A su gran bienhechor traidora mata.

FÁBULA VIII

El Pájaro herido de una flecha.

Un pájaro inocente,
 Herido de una flecha
 Guarnecida de acero
 Y de plumas ligeras,
 Decía en su lenguaje

Con amargas querellas:
 —¡Oh crueles humanos,
 Más crueles que fieras!
 Con nuestras propias alas
 Que la naturaleza
 Nos dió, sin otras armas
 Para propia defensa,
 Forjais el instrumento
 De la desdicha nuestra,
 Haciendo que inocentes
 Prestemos la materia.
 Pero no; no es extraño
 Que así bárbaros sean
 Aquellos que en su ruina
 Trabajan y no cesan;
 Los unos y otros fraguan
 Armas para la guerra;
 Y es dar contra sus vidas
 Plumas para las flechas.

FÁBULA IX

El Pescador y el Pez.

Recoge un pescador su red tendida,
 Y saca un pececillo.—Por tu vida,
 Exclamó el inocente prisionero,
 Dame la libertad, sólo la quiero.
 Mira que no te engaño,
 Porque ahora soy ruin; dentro de un año
 Sin duda lograrás el gran consuelo
 De pescarme más grande que mi abuelo.
 ¡Qué! ¿Te burlas? ¿Te ries de mi llanto?
 Sólo por otro tanto
 A un hermanito mio
 Uu señor pescador le tiró al río.
 —¿Por otro tante al río? ¡Qué manía!

Replicó el pescador; ¿pues no sabía
 Que el refran castellano
 Dice: *más vale pájaro en mano?*...
 A sarten te condeno, que mi panza
 No se llena jamas con la esperanza.

FÁBULA X

El Gorrion y la Liebre.

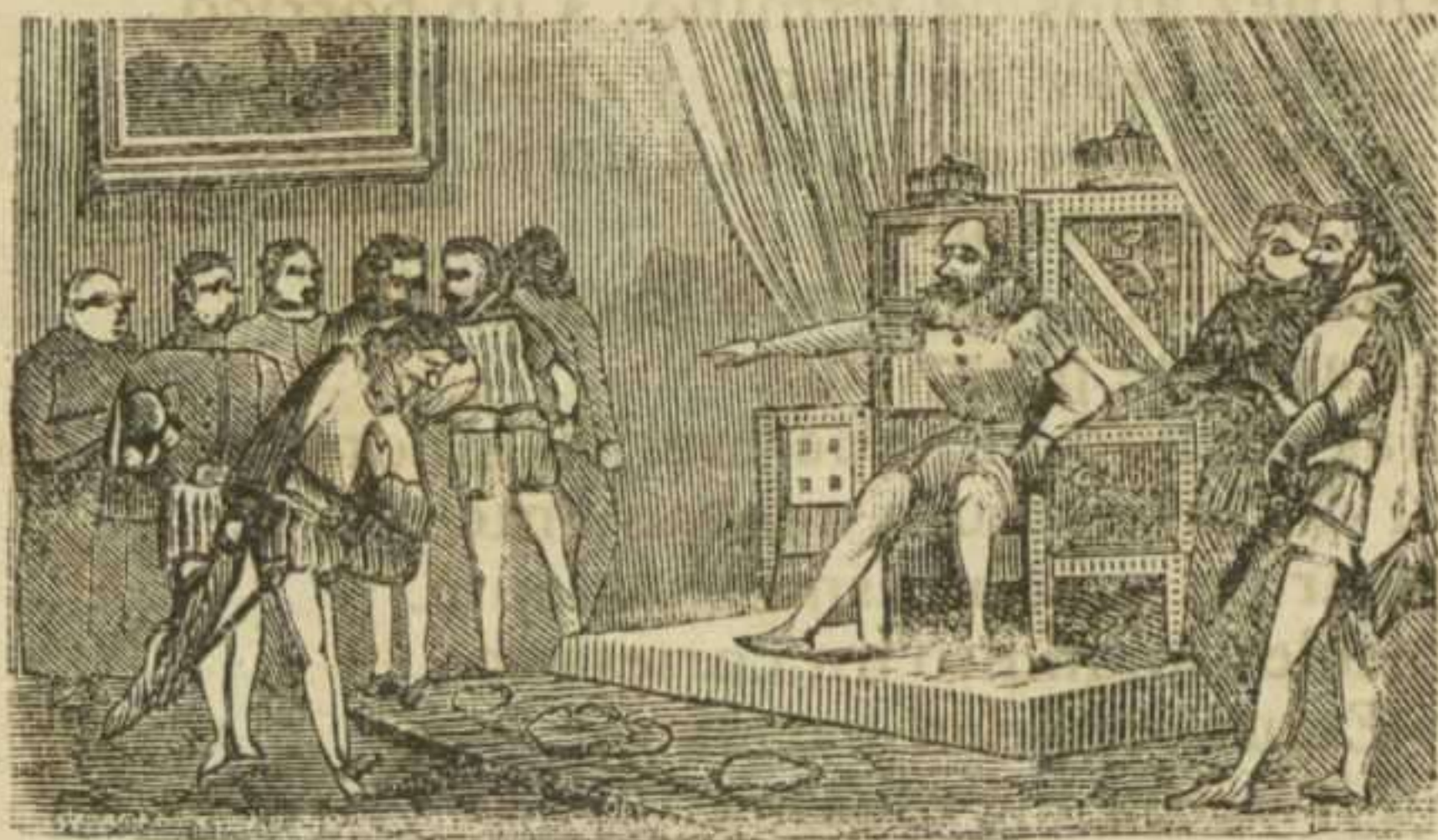
Un maldito gorrion así decía
 A una liebre que un águila oprimía:
 —¿No eres tú tan ligera
 Que si el perro te sigue en la carrera,
 Lo acarician y halagan, como al cabo
 Acerque sus narices á tu rabo?
 Pues empieza á correr: ¿qué te detiene?
 De este modo la insulta, cuando viene
 El diestro gavilan, y lo arrebatá.
 El preso chilla, el prendedor lo mata.
 Y la liebre exclamó:—¡Bien merecido!
 ¿Quién te mandó insultar al afligido
 Y á más á más meterte á consejero,
 No sabiendo mirar por tí primero?

FÁBULA XI

Júpiter y la Tortuga.

A las bodas de Júpiter estaban
 Todos los animales convidados:
 Unos y otros llegaban
 A la fiesta nupcial apresurados.
 No faltaba á tan grande concurrencia
 Ni aun la reptil y más lejana oruga,
 Cuando llega muy tarde, y con paciencia,

A paso perezoso, la tortuga.
 Su tardanza reprende el dios airado,
 Y ella le respondió sencillamente:
 —Si es mi casita mi retiro amado,
 ¿Cómo podré dejarla prontamente?
 Por tal disculpa, Júpiter Tonante,
 Olvidando el indulto de las fiestas,
 La ley del caracol le echó al instante,
 Que es andar con la casa siempre acuestas.
*Gentes machuchas hay que hacen alarde
 De que aman su retiro con exceso,
 Pero á su obligacion acuden tarde:
 Viven como el raton dentro del queso.*



FÁBULA XII

El Charlatan.

—Si cualquiera de ustedes
 Se da por las paredes,
 O arroja de un tejado,
 Y queda, á buen librar, descostillado,
 Yo me reiré muy bien: importa un pito,

Como tenga mi bálsamo exquisito.
 Con esta relacion, un chacharero
 Gana mucha opinion y más dinero;
 Pues el vulgo, pendiente de sus labios,
 Más quiere á un charlatan que á veinte sabios.
 Por esta conveniencia
 Los hay en el dia de hoy en toda ciencia,
 Que ocupan, igualmente acreditados,
 Cátedras, academias y tablados.
 Prueba de esta verdad será un famoso
 Doctor en elocuencia, tan copioso
 En charlatanería,
 Que ofreció enseñaría
 A hablar discreto, con profundo pico,
 En diez años de término, á un borrico.
 Sábelo el rey, lo llama, y al momento
 Le manda dé lecciones á un jumento;
 Pero bien entendido
 Que sería, cumpliendo lo ofrecido,
 Ricamente premiado;
 Mas cuando no, que moriría ahorcado.
 El doctor asegura nuevamente
 Sacar un orador asno elocuente.
 Dícele callandito un cortesano:
 —Escuche, buen hermano,
 Su frescura me espanta;
 A cáñamo me huele su garganta.
 —No temais, señor mio,
 Respondió el charlatan, pues yo me río.
 En diez años de plazo que tenemos,
 El rey, el asno ó yo, ¿no moriremos?
Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios; mas no advierte
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.

FÁBULA XIII

El Milano y las Palomas.

A las tristes palomas un milano,
 Sin poderlas pillar, seguía en vano;
 Mas él á todas horas
 Servía de lacayo á estas señoras.
 Un dia, en fin, hambriento é ingenioso,
 Así las dice:—¿Amais vuestro reposo,
 Vuestra seguridad y conveniencia?
 En lugar de ser yo vuestro enemigo,
 Desde ahora me obligo,
 Si la banda por rey me aclama luégo,
 A tenerla en sosiego.
 Sin que de garra ó pico tema agravio,
 Pues, tocante á la paz, seré un Octavio.
 Las sencillas palomas consintieron;
 Aclámanle por rey: ¡viva, dijeron,
Nuestro rey el milano!
 Sin esperar á más este tirano,
 Sobre un vasallo mísero se planta:
 Déjalo con el *viva* en la garganta;
 Y continuando así sus tiranías.
 Acabó con el reino en cuatro dias.
*Quien al poder se acoge de un malvado,
 Será, en vez de feliz, un desdichado.*

FÁBULA XIV

Las dos Ranas.

Tenían dos ranas
 Sus pastos vecinos,
 Una en un estanque,
 Otra en un camino.

Cierta dia á ésta
 Aquélla le dijo:
 —¿Es creible, amiga,
 De tu mucho juicio,
 Que vivas contenta
 Entre los peligros
 Donde te amenazan
 Al paso preciso
 Los piés y las ruedas
 Riesgos infinitos?
 Deja tal vivienda,
 Muda de destino;
 Sigue mi dictámen
 Y vente conmigo.
 En tono de mofa,
 Haciendo mil mimos
 Respondió á su amiga:
 —¡Excelente aviso!
 ¡A mí novedades!
 ¡Vaya qué delirio!
 ¡Eso sí que fuera
 Dar-me el diablo ruido!
 ¡Yo dejar la casa
 Que fué domicilio
 De padres, abuelos,
 Y todos los míos,
 Sin que haya memoria
 De haber sucedido
 La menor desgracia
 Desde luengos siglos!
 —Allá te compongas;
 Mas ten entendido
 Que tal vez suceda
 Lo que no se ha visto.
 Llegó una carreta
 A este tiempo mismo,
 Y á la triste rana

Tortilla la hizo.
Por hombres de seso
Muchos hay tenidos,
Que á nuevas razones
Cierran los oidos.
Recibir consejos
Es un desvario:
La rancia costumbre
Suele ser su libro.

FÁBULA XV

El parto de los montes.

Con varios ademanes horrorosos
 Los montes, de parir dieron señales.
 Consintieron los hombres temerosos
 Ver nacer los abortos más fatales.
 Despues que con bramidos espantosos
 Infundieron pavor á los mortales,
 Estos montes que al mundo estremecieron,
 Un ratoncillo fué lo que parieron.
Hay autores que en voces misteriosas,
Estilo fanfarron y campanudo,
Nos anuncian ideas portentosas;
Pero suele á menudo
Ser el gran parto de su pensamiento,
Despues de tanto ruido, sólo viento.

FÁBULA XVI

Las Ranas pidiendo Rey.

Sin rey vivía libre, independiente,
 El pueblo de las ranas felizmente.
 La amable libertad sólo reinaba
 En la inmensa laguna que habitaba;

Mas las ranas al fin un rey quisieron,
 Y á Júpiter excelso lo pidieron.
 Conoce el dios la súplica importuna,
 Y arroja un rey de palo á la laguna.
 Debió de ser sin duda buen pedazo,
 Pues dió su majestad tan gran porrazo,
 Que el ruido atemoriza al reino todo;
 Cada cual se zambulle en agua ó lodo,
 Y quedan en silencio tan profundo,
 Cual si no hubiese ranas en el mundo.
 Una de ellas asoma la cabeza,
 Y viendo á la real pieza,
 Publica que el monarca es un zoquete;
 Congrégase la turba, y por juguete
 Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
 Y piden otro rey, que aquél no es bueno.
 El padre de los dioses, irritado
 Envía un culebron, que á diente airado
 Muerte, traga y castiga,
 Y á la mísera grey al punto obliga
 A recurrir al dios humildemente.
 —Padeced, les responde, eternamente,
 Que así castigo á aquél que no examina
 Si su solicitud será su ruina.

FÁBULA XVII

El Asno y el Caballo.

—¡Ay! ¡Quién fuese caballo!
 Un asno melancólico decía;
 Entónces sí que nadie me vería
 Flaco, triste y fatal como me hallo.
 Tal vez un caballero
 Me mantendría ocioso y bien comido,
 Dándose su merced por muy servido
 Con corvetas y saltos de carnero.

Trátanme ahora como vil y bajo;
 De risa sirve mi contraria suerte;
 Quien me apalea más, más se divierte,
 Y ménos como cuanto más trabajo.
 No es posible encontrar sobre la tierra
 Infeliz como yo.—Tal se juzgaba,
 Cuando el caballo ve cómo pasaba
 Con su jinete y armas á la guerra.
 Entónces conoció su desatino;
 Rióse de corvetas y regalos,
 Y dijo:—Que trabaje y lluevan palos;
 No me saquen los dioses de pollino.

FÁBULA XVIII

El Cordero y el Lobo.

Uno de los corderos mamantones
 Que para los glotonos
 Se crían, sin salir jamas al prado,
 Estando en la cabaña muy cerrado,
 Vió por una rendija de la puerta
 Que un caballero lobo estaba alerta
 En silencio, esperando astutamente
 Una calva ocasion de echarle el diente;
 Mas él, que bien seguro se miraba,
 Así le provocaba:
 —Sepa usted, señor lobo, que estoy preso
 Porque sabe el pastor que soy travieso;
 Mas si él no fuese bobo,
 No habría ya en el mundo ningun lobo;
 Pues yo, corriendo libre por los cerros,
 Sin pastores ni perros,
 Con sólo mi pujanza y valentía
 Contigo y con tu raza acabaría.
 —¡Adios, exclamó el lobo, mi esperanza
 De regalar á mi vacía panza!

Cuando este miserable me provoca,
 Es señal de que se halla de mi boca
 Tan libre como el cielo de ladrones.
*Así son los cobardes fanfarrones,
 Que se hacen en los puestos ventajosos
 Más valentones cuanto más medrosos.*

FÁBULA XIX

Las Cabras y los Chivos.

Desde antaño en el mundo
 Reina el vano deseo
 De parecer iguales
 A los grandes señores, los plebeyos.
 Las cabras alcanzaron
 De Júpiter excelso
 Les diese barba larga
 Para su autoridad y su respeto.
 Indignados los chivos
 De que su privilegio
 Se extendiese á las cabras,
 Lampiñas con razon en aquel tiempo,
 Sucedió la discordia
 Y los amargos celos
 A la paz octaviana
 Con que fué gobernado el barbon pueblo.
 Júpiter dijo entónces,
 Acudiendo al remedio:
 —¿Qué importa que las cabras
 Disfruten un adorno propio vuestro,
 Si es mayor ignominia
 De su vano deseo,
 Siempre que no igualaren
 En fuerzas y valor á vuestro cuerpo?
*El mérito aparente
 Es digno de desprecio;*

*La virtud solamente
Es del hombre el ornato verdadero.*



FÁBULA XX

El Caballo y el Ciervo.

Perseguía un caballo vengativo
A un ciervo que le hizo leve ofensa:
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.

El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarlo y lograr así su intento,
Al hombre le pidió su valimiento,
Para tomar del ofensor venganza.

Consiente el hombre, y el caballo airado
Sale con su jinete á la campaña;
Corre con direccion, sigue con maña,
Y queda al fin del ofensor vengado.

Muéstrase al bienhechor agradecido:
Quiere marcharse libre de su peso;
Mas desde entónces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.

*El caballo, que suelto y rozagante
En el frondoso bosque y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujecion desde este instante.*

*Oprimido del yugo, ara la tierra;
Pasa tal vez la vida más amarga;
Sufre la silla, freno, espuela, carga,
Y aguanta los horrores de la guerra.*

*En fin, perdió la libertad amable
Por vengar una ofensa solamente.
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.*

Á DON TOMÁS DE IRIARTE

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero más arte
Que poner á los tuyos por modelo;
A competir anhelo
Con tu númen, que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y Poesía juntamente.
Esto no puede ser: ordena Apolo
Que tú la pulses sólo.
¿Y por qué sólo tú? Pues cuando ménos,
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases,
Y desde allí cantases:
Risco tramonto de época altanera,
GÓNGORA que te siga, te dijera;
Pero si vas marchando por el llano,

Cantándonos en verso castellano
 Cosas claras, sencillas, naturales,
 Y todas ellas tales
 Que aún aquel que no entiende poesía
 Dice: *eso yo tambien me lo diría,*
 ¿Por qué no he de imitarte, y aún acaso
 Antes que tú trepar por el Parnaso?
 No imploras las sirenas ni las musas,
 Ni de númenes usas,
 Ni aún siquiera confías en Apolo:
 A la naturaleza imploras sólo,
 Y ella, sabia, te dicta sus verdades.
 Yo te imito: no invoco á las deidades;
 Y por mejor consejo,
 Sea mi sacro númen cierto viejo;
 Esopo, digo, díctame machucho
 Una de tus patrañas, que te escucho.



LIBRO TERCERO

FÁBULA PRIMERA

El Aguila y el Cuervo.

Un águila rapante,
 Con vista perspicaz, rápido vuelo,
 Descendiendo veloz de junto al cielo,
 Arrebató un cordero en un instante.
 Quiere un cuervo imitarla: de un carnero
 En el vellon sus uñas hace presa;
 Queda enredado entre la lana espesa,
 Como pájaro en liga prisionero;
 Hacen de él los pastores vil juguete,
 Para castigo de su intento necio.
 Bien merece la burla y el desprecio

El cuervo que á ser águila se mete.
 El viejo me ha dictado esta patraña,
 Y astutamente así me desengaña.
 Esta facilidad, esta destreza
 Con que arrebató el águila su pieza,
 Fué la que engañó al cuervo, pues creía
 Que otro tanto á lo ménos él haría.
 Mas ¿qué logró? Servirme de escarmiento.
*¡Ojalá que sirviese á más de ciento,
 Poetas de mal gusto inficionados,
 Y dijesen, cual yo desengañados:
 El águila eres tú, divino Iriarte,
 Yo no pretendo más sino admirarte;
 Sea tuyo el laurel, tuya la gloria,
 Y no sea yo el cuervo de la historia!*

FÁBULA II

Los Animales con peste.

En los montes, los valles y collados
 De animales poblados,
 Se introdujo la peste de tal modo,
 Que en un momento lo inficiona todo.
 Allí donde su corte el leon tenía,
 Mirando cada día
 Las cacerías, luchas y carreras
 De mansos brutos y de bestias fieras,
 Se veían los campos ya cubiertos
 De enfermos miserables y de muertos.
 —Mis amados hermanos,
 Exclamó el triste rey; mis cortesanos,
 Ya veis que el justo cielo nos obliga
 A implorar su piedad, pues nos castiga
 Con tan horrenda plaga:
 Tal vez se aplacará con que se le haga
 Sacrificio de aquel más delincuente,

Y muera el pecador, no el inocente.
 Confiese todo el mundo su pecado:
 Yo, cruel, sanguinario, he devorado
 Inocentes corderos,
 Yavacas, ya terneros,
 Y he sido, á fuerza de delito tanto,
 De la selva terror, del bosque espanto.
 —Señor. dijo la zorra; en todo eso
 No se halla más exceso
 Que el de vuestra bondad, pues que se digna
 De teñir en la sangre ruin, indigna,
 De los viles cornudos animales,
 Los sacros dientes y las uñas reales.
 Trató la córte al leon de escrupuloso:
 Allí del tigre, de la onza y oso
 Se oyeron confesiones
 De robos y de muertos á millones;
 Mas entre la grandeza, sin lisonja,
 Pasaron por escrúpulos de monja.
 El asno, sin embargo, muy confuso,
 Prorumpió:—Yo me acuso
 Que al pasar por un trigo este verano,
 Yo hambriento, él lozano,
 Sin guarda ni testigo,
 Caí en la tentacion. comí del trigo.
 —¡Del trigo! ¡y un jumento!
 Gritó la zorra: ¡horrible atrevimiento!
 Los cortesanos claman:—Éste, éste
 Irrita al cielo, que nos da la peste.
 Pronuncia el rey de muerte la sentencia,
 Y ejecutóla el lobo á su presencia.
*Te juzgarán virtuoso
 Si eres, aunque perverso, poderoso;
 Y aunque bueno, por malo, detestable
 Cuando te miran pobre y miserable.
 Esto hallará en la córte quien lo vea,
 Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!*

FÁBULA III

El Milano enfermo.

Un milano, despues de haber vivido
Con la conciencia peor que un foragido,
Enfermó gravemente.

Supuesto que el paciente
Ni á Galeno ni á Hipócrates leía,
A bulto conoció que se moría.

A los dioses desea ver propicios,
Y ofrecerles entónces sacrificios
Por medio de su madre, que, afligida
Rogaría sin duda por su vida.

Mas ésta le responde:—¡Desdichado!
¿Cómo podré alcanzar para un malvado
De los dioses clemencia,
Si en vez de darles culto y reverencia,
Ni áun perdonaste á victima sagrada
En las aras divinas inmollada?

*Así queremos, irritando al cielo,
Que en la tribulacion nos dé consuelo.*

FÁBULA IV

El Leon envejecido.

Al miserable estado
De una cercana muerte reducido,
Estaba ya postrado
Un viejo leon, del tiempo consumido,
Tanto más infeliz y lastimoso
Cuanto había vivido más dichoso.

Los que cuando valiente
Humildes le rendían vasallaje,
Al verlo decadente,

Acuden á tratarlo con ultraje;
Que, como la experiencia nos enseña,
Del árbol caído todos hacen leña.

Cebados á porfía
Lo sitiaban sangrientos y feroces.
El lobo le mordía,
Tirábale el caballo fuertes coces,
Luégo le daba el toro una cornada,
Despues el jabalí su dentellada.

Sufrió constantemente
Estos insultos; pero reparando
Que hasta el asno insolente
Iba á ultrajarle, falleció clamando:
Esto es doble morir, no hay sufrimiento
Porque muero injuriado de un jumento.

*Si en su mudable vida
Al hombre la fortuna ha derribado
Con mísera caída
Desde donde lo había ella encumbrado,
¿Qué ventura en el mundo se promete,
Si áun de los viles llega á ser juguete?*

FÁBULA V

La Zorra y la Gallina.

Una zorra cazando,
De corral en corral iba saltando.
A favor de la noche, en una aldea,
Oyó al gallo cantar: ¡maldito sea!
Agachada y sin ruido,
A merced del olfato y del oído,
Marcha, llega, y oliendo un agujero,
—Este es, dice; y se cuela al gallinero.
Las aves se alborotan, ménos una
Que estaba en cesta como niño en cuna,
Enferma gravemente,

Mirándola la zorra astutamente,
 Le pregunta:—¿Qué es esto, pobrecita?
 ¿Cuál es tu enfermedad? ¿Tienes pepita?
 Habla. ¿Cómo lo pasas, desdichada?
 La enferma le responde apresurada:
 —Muy mal me va, señora, en este instante;
 Muy bien si usted se quita de delante.
*¡Cuántas veces se vende un enemigo,
 Como gato por liebre, por amigo!
 Al oír su fingido cumplimiento,
 Respondiérale yo para escarmiento:
 Muy mal me va, señor, en este instante,
 Muy bien si usted se quita de delante.*

FÁBULA VI

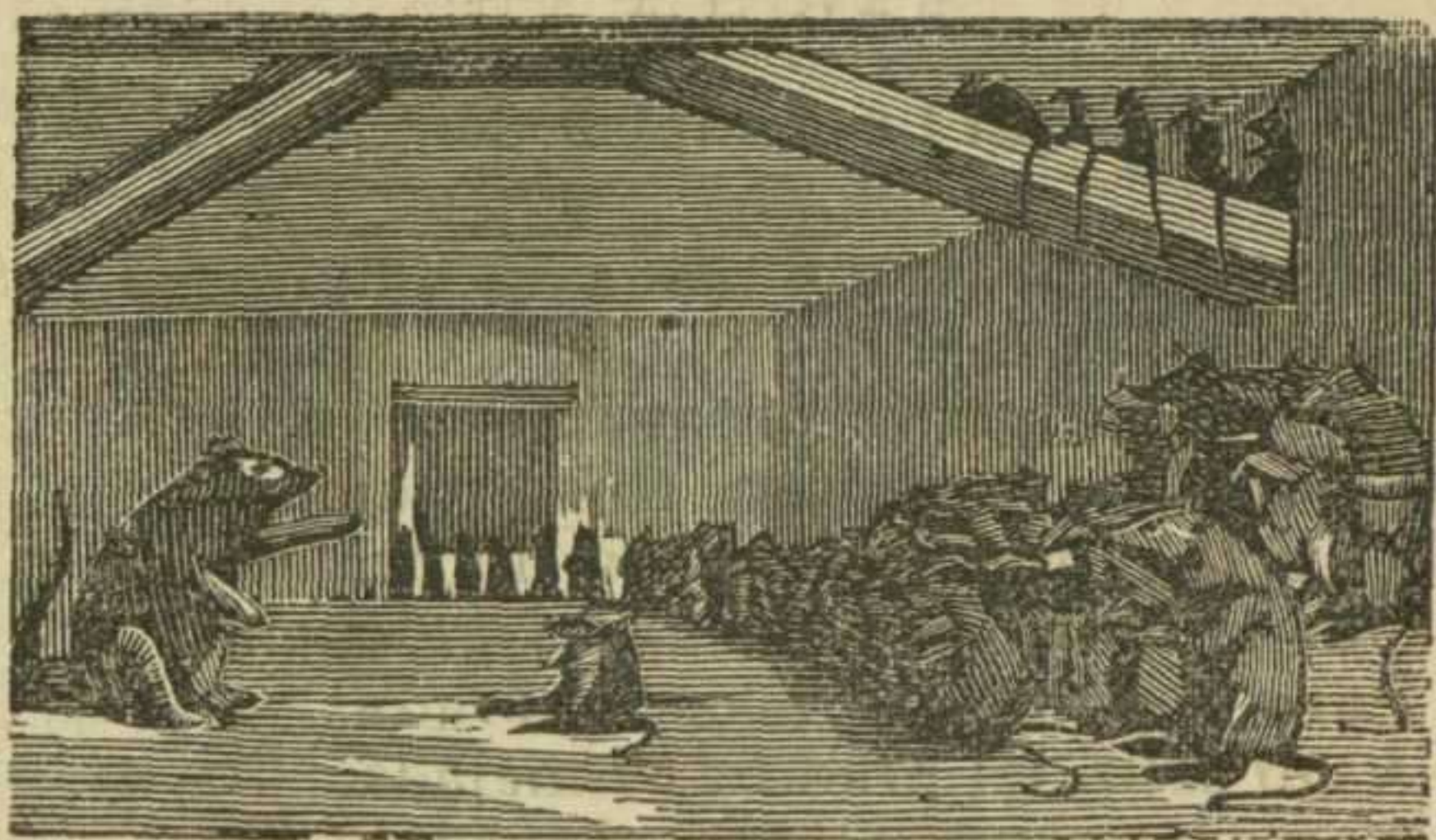
La Cierva y el Leon.

Más ligera que el viento,
 Precipitada huía
 Una inocente cierva
 De un cazador seguida.
 En una oscura gruta
 Entre espesas encinas,
 Atropelladamente
 Entró la fugitiva;
 Mas ¡ay! que un leon sañudo,
 Que allí mismo tenía
 Su albergue, y era susto
 De la selva vecina,
 Cogiendo entre sus garras
 A la res fugitiva,
 Dió con cruel fiereza
 Fin sangriento á su vida.
*Si al evitar los riesgos
 La razon no nos guía,
 Por huir de un peligro
 Damos mortal caída.*

FÁBULA VII

El Leon enamorado.

Amaba un leon á una zagala hermosa;
 Pidióla por esposa
 A su padre pastor urbanamente.
 El hombre, temeroso, mas prudente,
 Le respondió:—Señor, en mi conciencia
 Que la muchacha logra conveniencia;
 Pero la pobrecita, acostumbrada
 A no salir del prado y la majada,
 Entre la mansa oveja y el cordero,
 Recelará tal vez que seas fiero.
 No obstante, bien podremos, sin consientes,
 Cortar tus uñas y limar tus dientes,
 Y así verá que tiene tu grandeza
 Cosas de majestad, no de fiereza.
 Consiente el manso leon enamorado,
 Y el buen hombre lo deja desarmado.
 Dá luégo su silbido;
 Llegan el *Matalobos* y *Atrevido*,
 Perros de su cabaña: de esta suerte
 Al indefenso leon dieron la muerte.
*Un cuarto apostaré á que en este instante
 Dice, hablando del leon, algun amante,
 Que de la misma muerte haría gala,
 Con tal que se le diese la zagala.*
*Deja, Fabio, el amor, déjale luégo;
 Mas hablo en vano, porque siempre ciego,
 No ves el desengaño,
 Y así te entregas á tu propio daño.*



FÁBULA VIII

El Congreso de los Ratonés.

Desde el gran *Zapiron el blanco y rubio*,
 Que despues de las aguas del diluvio
 Fué padre universal de todo gato,
 Ha sido *Miauragato*
 Quien más sangrientamente
 Persiguió á la infeliz ratona gente:
 Lo cierto es que, obligada
 De su persecucion, la desdichada
 En *Ratópolis* tuvo su congreso;
 Propuso el elocuente *Roequeso*
 Echarle un cascabel, y de esta suerte
 Al ruido escaparían de la muerte.
 El proyecto aprobaron uno á uno.
 ¿Quién lo ha de ejecutar? Eso ninguno.
 Yo soy corto de vista, yo muy viejo,
 Yo gotoso, decían. El consejo
 Se acabó como muchos en el mundo.
Proponen un proyecto sin segundo,
Lo aprueban. Hacen otro: ¡qué portento!
¿Pero la ejecucion? Ahí está el cuento.

FÁBULA IX

El Lobo y la Oveja.

Cruzando montes y trepando cerros,
 Aquí mato, allí robo,
 Andaba cierto lobo,
 Hasta que dió en las manos de los perros.

Mordido y arrastrado
 Fué de sus enemigos cruelmente:
 Quedó con vida milagrosamente;
 Mas inválido, al fin y derrotado,
 Iba el tiempo curando su dolencia;
 El hambre al mismo paso le afligía;
 Pero como cazar aún no podía,
 Con la hierbas hacía penitencia.
 Una oveja pasaba, y él la dice:
 —Amiga, ven acá, llega al momento;
 Enfermo estoy, y muero de sediento:
 Socorre con el agua á este infelice.
 —¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
 Le responde la oveja recelosa:
 Dime, pues, una cosa:
 ¿Sin duda que será para enjuagarte,
 Limpiar bien el gargüero,
 Abrir el apetito
 Y tragarme despues como á un pollito?
 Anda, que te conozco, marrullero.
 Así dijo, y se fué; si no, la mata.
¡Cuánto importa saber con quién se trata!

FÁBULA X

El Hombre y la Pulga.

Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
 Y haz, disparando rayos y centellas,

Que muera este animal vil y tirano,
 Plaga fatal para el linaje humano.
 Y si vos no lo haceis, Hércules sea
 Quien acabe con él y su ralea.
 Este es un hombre que á los dioses clama
 Porque una pulga le picó en la cama;
 Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
 Que de Júpiter y Hércules consiga,
 De éste, que viva despulgando sayos;
 De aquél, matando pulgas con sus rayos.
Tenemos en el cielo los mortales
Recurso en las desdichas y los males;
Mas se suéle abusar frecuentemente
Por lograr un antojo impertinentè.

FÁBULA XI

El Cuervo y la Serpiente.

Pilló el cuervo dormida á la serpiente,
 Y al quererse cebar en ella hambriento,
 Le mordió venenosa. *Sepa el cuento*
Quien sigue su apetito incautamente.



FÁBULA XII

El Asno y las Ranas.

Muy cargado de leña un burro viejo,
 Triste armazon de huesos y pellejo,
 Pensativo, segun lo cabizbajo,
 Caminaba, llevando con trabajo
 Su débil fuerza la pesada carga.
 El paso tardo, la carrera larga,
 Todo al fin contra el mísero se empeña,
 El camino, los años y la leña.
 Entra en una laguna el desdichado;
 Queda profundamente empantanado.
 Viéndose de aquel modo,
 Cubierto de agua y lodo,
 Trocando lo sufrido en impaciente,
 Contra el destino dijo neciamente
 Expresiones ajenas de sus canas.
 Mas las vecinas ranas,
 Al oir sus lamentos y quejidos
 Las unas se tapaban los oidos,
 Las otras, que prudentes le escuchaban,

Reprendíanle así y aconsejaban:
 —Aprenda el mal jumento
 A tener sufrimiento;
 Que entre las que habitamos la laguna,
 Ha de encontrar leccion muy oportuna.
 Por Júpiter estamos condenadas
 A vivir sin remedio encenagadas
 En agua detenida, lodo espeso;
 Y á más de todo eso,
 Aquí perpetuamente nos encierra,
 Sin esperanza de correr la tierra,
 Cruzar el anchuroso mar profundo,
 Ni áun saber lo que pasa por el mundo.
 Mas llevamos á bien nuestro destino,
 Y así nos premia Júpiter divino,
 Repartiendo entre todas cada día
 La salud, el sustento y la alegría.
Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;
Pues la impaciencia en la contraria suerte,
Es un mal mas amargo que la muerte.

FÁBULA XIII

El Asno y el Perro.

Un perro y un borrico caminaban,
 Sirviendo á un mismo dueño.
 Rendido éste del sueño,
 Se tendió sobre el prado que pasaban.
 El borrico entre tanto, aprovechado,
 Descansa y pace; mas el perro hambriento,
 —Bájate, le decía, buen jumento,
 Pillaré de la alforja algun bocado.
 El asno se le aparta como en chanza;
 El perro sigue al lado del borrico,
 Levantando las manos y el hocico,

Como perro de ciego cuando danza.

—No seas bobo, el asno le decía:
Espera á que nuestro amo se despierte,
Y será de esa suerte
El hambre más, mejor la compañía.

Desde el bosque entre tanto sale un lobo;
Pide el asno favor al compañero;
En lugar de ladrar el marrullero,
Con fisga respondió:—No seas bobo,
Espera á que nuestro amo se despierte,
Que pues me aconsejaste la paciencia,
Yo la sabré tener en mi conciencia
Al ver al lobo que te da la muerte.
*El pollino murió, no hay que dudarlo;
Mas si resucitara,
Corriendo el mundo á todos predicara:
Prestad auxilio si quereis hallarlo.*



FÁBULA XIV

El Leon y el Asno cazando.

Su majestad leonesa, en compañía
De un borrico, se sale á montería.

En la parte al intento acomodada,
 Formando el mismo leon una enramada,
 Mandó al asno que en ella se ocultase,
 Y que de tiempo en tiempo rebuznase,
 Como trompa de caza en el ojeo.
 Logró el rey su deseo,
 Pues apénas se vió bien apostado,
 Cuando al són del rebuzno destemplado
 Que los montes y valles repetían,
 A su selvoso albergue se volvían
 Precipitadamente
 Las fieras enemigas juntamente,
 Y en su cobarde huida
 En las garras del leon pierden la vida.
 Cuando el asno se halló con los despojos
 De devoradas fieras á sus ojos,
 Dijo:—¡Pardiez! Si llego más temprano,
 A ningun muerto dejo hueso sano.
 A tal fanfarronada
 Soltó el rey una grande carcajada.
*Y es que jamas convino
 Hacer del andaluz al vizcaino.*

FÁBULA XV

El Charlatan y el Rústico.

Lo que jamas se ha visto ni se ha oido,
 Verán ustedes; atencion les pido.
 Así decía un charlatan famoso,
 Cercado de un concurso numeroso.
 En efecto: quedando todo el mundo
 En silencio profundo,
 Remedó á un cochinillo de tal modo,
 Que el auditorio todo,
 Creyendo que lo tiene y que lo tapa,
 Atumultado grita:—¡Fuera capa!

Descubrióse, y al ver que nada había,
 Con vítores lo aclaman á porfía.
 —¡Pardiez! dijo un patan, que yo prometo
 Para mañana, hablando con respeto,
 Hacer el puerco más perfectamente;
 Si no, que me lo claven en la frente.
 Con risa prometió la ocurrencia
 A burlase del payo su asistencia.
 Llegó la hora, todos acudieron;
 No bien al charlatan gruñir oyeron,
 Gentes á su favor preocupadas,
 ¡Viva! dicen al són de las palmadas;
 Sube despues el rústico al tablado
 Con un bulto en la capa, y embozado,
 Imita al charlatan en la postura
 De fingir que un lechon tapar procura;
 Mas estaba la gracia en que era el bulto
 Un marranillo que tenía oculto.
 Tírale callandito de la oreja:
 Gruñendo en tiple el animal se queja;
 Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
 Aquí se oía un ¡fuera! allí un silbido,
 Y todo el mundo queda
 En que es el otro quien mejor remeda.
 El rústico descubre su marrano:
 Al público lo enseña, y dice ufano:
 ¿Así juzgan ustedes?
 ¡Oh preocupacion, y cuánto puedes!

LIBRO CUARTO

EL AUTOR Á SUS VERSOS

FÁBULA PRIMERA

La Mona corrida.

Fieras, aves y peces
 Corren, vuelan y nadan,
 Porque Júpiter sumo
 A general congreso á todos llama:
 Con sus hijos se acercan,
 Y es que un premio señala
 Para aquel cuya prole
 En hermosura lleve la ventaja.
 El alto regio trono
 La multitud cercaba,
 Cuando en la concurrencia
 Se sentía decir:—*La Mona falta.*
 —Ya llega, dijo entónces
 Una habladora urraca,
 Que, como centinela,
 En la alta punta de un cipres estaba.
 Entra rompiendo filas
 Con su cachorro ufana,
 Y ante el exceso trono
 El premio pide de hermosura tanta.
 El dios Júpiter quiso,
 Al ver tan fea traza,
 Disimular la risa;
 Pero se le soltó la carcajada.
 Armóse en el concurso
 Tal bulla y algazara,
 Que, corrida la mona,

A Tetuan se volvió desengañada.
 ¿Es creíble, señores,
 Que yo mismo pensara
 En consagrar á Apolo
 Mis versos como dignos de su gracia?
 Cuando por mi fortuna
 Me encontré esta mañana
 Continuando mi obrilla,
 Este cuento moral, esta patraña,
 Yo dije á mi capote:
 ¡Con qué chiste, qué gracia
 Y qué vivos colores
 El jorobado Esopo me retrata!
 Mas ya mis producciones
 Miro con desconfianza,
 Porque aprendo en la mona
 Cuánto el ciego amor propio nos engaña.

FÁBULA II

El Asno y Júpiter.

—No sé cómo hay jumento
 Que, teniendo un adarme de talento,
 Quiera meterse á burro de hortelano.
 Llevo á la plaza desde muy temprano
 Cada día cien cargas de verdura;
 Vuelvo con otras tantas de basura,
 Y para aminorar mi pesadumbre,
 Un criado me azota por costumbre.
 Mi vida es ésta: ¿qué será mi muerte,
 Como no mude Júpiter mi suerte?
 Un asno de este modo se quejaba.
 El dios, que sus lamentos escuchaba,
 Al dominio lo entrega de un tejero.
 —Esta vida, decía, no la quiero;
 Del peso de las tejas oprimido,

Bien azotado, pero mal comido;
 A Júpiter me voy con el empeño
 De lograr nuevo dueño.
 Envióle á un curtidor; entónces dice:
 —Aun con este amo soy más infelice.
 Cargado de pellejos de difunto
 Me hace correr sin sosegar un punto,
 Para matarme sin llegar á viejo,
 Y curtir al instante mi pellejo.
 Júpiter, por no oír tan largas quejas,
 Se tapó lindamente las orejas;
 Y á nadie escucha desde el tal pollino,
 Si le habla de mudanza de destino.
*Sólo en versos se encuentran los dichosos
 Que viven ni envidiados ni envidiosos.
 La espada por feliz tiene al arado,
 Como el remo á la pluma y al cayado;
 Mas se tienen por míseros en suma
 Remo, espada, cayado, esteva y pluma.
 ¿Pues á qué estado el hombre llama bueno?
 Al propio nunca, pero sí al ajeno.*



FÁBULA III

El Cazador y la Perdiz.

Una perdiz en celo reclamada
 Vino á ser en la red aprisionada.
 Al cazador la mísera decía:

—Si me das libertad en este dia,
 Te he de proporcionar un gran consuelo.
 Por este campo extenderé mi vuelo,
 Juntaré á mis amigas en bandada,
 Que guiaré á tus redes engañada,
 Y tendrás, sin costarte dos ochavos,
 Doce perdices como doce pavos.

—¡Engañar y vender á tus amigas!
 ¿Y así crees que me obligas?

Respondió el cazador; pues no, señora,
 Muere, y paga la pena de traidora.

*La perdiz fué bien muerta, no es dudable;
 La traicion, aun soñada es detestable.*

FÁBULA IV

El Viejo y la Muerte.

Entre montes, por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña
Maldiciendo su mísero destino.

Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apénas levantarse ya podía,
Llamaba con colérica porfía

Unaa, dos y tres veces á la Muerte.

Armada de guadaña en esqueleto

La Parca se le ofrece en aquel punto;

Pero el viejo, temiendo ser difunto,

Lleno más de temor que de respeto,

Trémulo le decía balbuciente:

—Yo.... señora... os llamé desesperado;

—Pero... acaba: ¿qué quieres, desdichado?

—Que me carges la leña solamente.

Tenga paciencia quien se crea infelice;

Que, áun en la situacion más lamentable,

Es la vida del hombre siempre amable:

El viejo de la leña nos lo dice.

FÁBULA V

El Enfermo y el Médico.

Un miserable enfermo se moría,

Y el médico importuno le decía:

—Usted se muere: yo se lo confieso;

Pero por la alta ciencia que profeso,

Conozco, y lo aseguro firmemente,

Que ya estuviera sano

Si se hubiese acudido más temprano

Con el benigno clíster detergente.
 El triste enfermo, que le estaba oyendo,
 Volvió la espalda al médico, diciendo:
 —Señor Galeno, su consejo alabo;
 Al asno muerto, la cebada al rabo.
Todo varon prudente
Aconseja en el tiempo conveniente;
Que es hacer de la ciencia vano alarde
Dar el consejo cuando llega tarde.

FÁBULA VI

La Zorra y las Uvas.

Es voz comun que á más del medio dia
 En ayunas la zorra iba cazando.
 Halla una parra, quédase mirando
 De la alta vid el fruto que pendía.
 Causábala mil ánsias y congojas
 No alcanzar las uvas con la garra,
 Al mostrar á sus dientes la alta parra
 Negros racimos entre verdes hojas.
 Miró, saltó, y anduvo en probaturas;
 Pero vió el imposible ya de fijo.
 Entónces fué cuando la zorra dijo:
 No las quiero comer; *no están maduras.*
No por eso te muestres impaciente
Si te se frustra, Fabio, algun intento;
Aplica bien el cuento,
Y dí: No están maduras. frescamente.

FÁBULA VII

La Cierva y la Viña.

Huyendo de enemigos cazadores,
 Una cierva ligera

Siente, ya fatigada en la carrera,
 Más cercanos los perros y ojeadores.
 No viendo la infeliz algun seguro
 Y vecino paraje
 De gruta ó de ramaje,
 Crece su timidez, crece su apuro.
 Al fin, sacando fuerzas de flaqueza,
 Continúa la fuga presurosa;
 Halla al paso una viña muy frondosa,
 Y en lo espeso se oculta con presteza.
 Cambia el susto y pesar en alegría,
 Viéndose en paz y á salvo en tan buen hora:
 Olvida el bien, y de su defensora
 Los frescos verdes pámpanos comía.
 Mas ¡ay! que de esta suerte,
 Quitando ella las hojas de delante,
 Abrió puerta á la flecha penetrante,
 Y el listo cazador le dió la muerte.
 Castigó con la pena merecida
 El justo cielo á la cierva ingrata.
*Mas ¿qué puede esperar el que maltrata
 Al mismo que le está dando la vida?*

FÁBULA VIII

El Asno cargado de reliquias.

De reliquias cargado,
 Un asno recibía adoraciones,
 Como si á él se hubiesen consagrado
 Reverencias, inciensos y oraciones.
 En lo vano, lo grave y lo severo
 Que se manifestaba,
 Hubo quien conoció que se engañaba,
 Y le dijo:—Yo infiero
 De vuestra vanidad, vuestra locura.
 El reverente culto que procura

Tributar cada cual este momento,
 No es dirigida á vos, señor jumento,
 Que sólo va en honor, aunque lo sientas,
 De la sagrada carga que sustentas.

*Cuando un hombre sin mérito estuviere
 En elevado empleo ó gran riqueza,
 Y se ensoberbeciere
 Porque todos le bajan la cabeza,
 Para que su locura no prosiga,
 Tema encontrar tal vez con quien le diga:
 —Señor jumento, no se engría tanto,
 Que si besan la peana es por el santo.*



FÁBULA IX

Los dos Machos.

Dos machos caminaban; el primero
 Cargado de dinero,
 Mostrando su penacho envanecido,
 Iba marchando erguido
 Al són de los redondos cascabeles.
 El segundo, desnudo de oropeles,

Con un pobre aparejo solamente,
 Alargando el pescuezo eternamente,
 Seguía de reata su jornada
 Cargado de costales de cebada.
 Salen unos ladrones, y al instante
 Asieron de la rienda al arrogante;
 El se defiende, ellos le maltratan,
 Y despues que el dinero le arrebatan,
 Huyen, y dice entónces el segundo:
*—Si á estos riesgos exponen en el mundo
 Las riquezas, no quiero, á fe de macho,
 Dinero, cascabeles ni penacho.*

FÁBULA X

El Cazador y el Perro.

Mustafá, perro viejo,
 Lebrel en montería ejercitado,
 Y de antiguas heridas señalado
 A colmillo y á cuerno su pellejo,
 Seguía á un jabalí, sin esperanza
 De poderlo alcanzar; pero no obstante,
 Aguzándole su amo cada instante,
 A duras penas Mustafá lo alcanza.
 El cerdoso valiente
 No escuchaba recados á la oreja,
 Y así su resistencia no le deja
 Cebar al perro su cansado diente.
 Con airado colmillo lo rechaza,
 Y bufando se marcha victorioso.
 El cazador furioso
 Reniega del lebrel y de su raza.
*—Viejo estoy, le responde, ya lo veo:
 Mas dí: sin Mustafá, ¿cuándo tuvieras
 Las pieles y cabezas de las fieras
 En tu casa de abrigo y de trofeo?*

Miras á lo que soy, no á lo que he sido.
 ¡Oh suerte desgraciada!
 Presente tienes mi vejez cansada
 Y mis robustos años al olvido.
 Mas ¿para qué me mato
 Si no he de conseguir cosa ninguna?
Es ladrar á la luna.
El alegar servicios al ingrato.

FÁBULA XI

La Tortuga y el Aguila.

Una tortuga á un águila rogaba,
 La enseñase á volar; así le hablaba:
 —Con sólo que me des cuatro lecciones,
 Ligera volaré por las regiones,
 Ya remontando el vuelo
 Por medio de los aires hasta el cielo;
 Veré cercano el sol y las estrellas,
 Y otras cien cosas bellas:
 Ya rápida bajando
 De ciudad en ciudad iré pasando;
 Y de este fácil delicioso modo
 Lograré en pocos dias verlo todo.
 La águila se rió del desatino;
 La aconseja que siga su destino,
 Cazando torpemente con paciencia,
 Pues lo dispuso así la Providencia.
 Ella insiste en su antojo ciegamente:
 La reina de las aves prontamente
 La arrebató, la lleva por las nubes;
 Y al preguntarla, dijo: ¿vas contenta?
 Se la deja caer, y se revienta.
Para que así escarmiente
Quien desprecia el consejo del prudente.



FÁBULA XII

El Leon y el Raton.

Estaba un ratoncillo aprisionado
 En las garras de un leon: el desdichado,
 En la tal ratonera no fué preso
 Por ladron de tocino ni de queso,
 Sino porque con otros molestaba
 Al leon, que en su retiro descansaba:
 Pide perdon, llorando su insolencia.
 Al oir implorar la real clemencia,
 Responde el rey en majestuoso tono
 (No dijera más Tito): te perdono.
 Poco despues, cazando el leon, tropieza
 En una red oculta en la maleza:
 Quiere salir, mas queda prisionero.
 Atronando la selva ruge fiero:
 El libre ratoncillo que lo siente,
 Corriendo llega, roe diligente
 Los nudos de la red, de tal manera,
 Que al fin rompió los grillos de la fiera.
Conviene al poderoso

*Para los infelices ser piadoso:
Tal vez se pueda ver necesitado
Del auxilio de aquel más desdichado.*

FÁBULA XIII

Las Liebres y las Ranas.

Asustadas las liebres de un estruendo,
Echaron á correr todas diciendo:
—A quien la vida cuesta tanto susto,
La muerte causará ménos disgustos.
Llegan á una laguna de esta suerte
A dar en lo profundo con la muerte.
Al ver á tanta rana, que asustada
A las aguas se arroja á su llegada,
—¡Hola! dijo una liebre: ¿con que hay otras
Tan tímidas que áun tiemblan de nosotras?
Pues suframos con ellas el destino:
Conocieron sin más su desatino.
*Así la suerte adversa es tolerable,
Comparada con otra miserable.*

FÁBULA XIV

El Gallo y el Zorro.

Un gallo muy maduro,
De edad proveyta, duros espolones,
Pacífico y seguro
Sobre un árbol oía las razones
De un zorro muy cortés y muy atento,
Más elocuente cuanto más hambriento.
—Hermano, le decía;
Ya cesó entre nosotros una guerra
Que cruel repartía

Sangre y plumas al viento y á la tierra.
 Baja, y daré para perpetuo sello
 Mis amorosos brazos á tu cuello.

—Amigo de mi alma,
 Responde el gallo: ¡qué placer inmenso
 En deliciosa calma
 Deja esta vez mi espíritu suspenso!
 Allá bajo, allá voy tierno y ansioso,
 A gozar en tu seno mi reposo.
 Pero aguarda un instante,
 Porque vienen ligeros como el viento,
 Y ya están adelante,
 Dos correos, que llegan al momento,
 De esta noticia portadores fieles,
 Y son, según la traza, dos lebreles.

—Adios, adios, amigo,
 Dijo el zorro, que estoy muy ocupado;
 Luégo hablaré contigo
 Para finalizar este tratado.
 El gallo se quedó lleno de gloria,
 Cantando en esta letra su victoria:
*Siempre trabaja en su daño
 El astuto engañador:
 A un engaño hay otro engaño,
 A un pícaro otro mayor.*

FÁBULA XV

El Leon y la Cabra.

Un señor leon andaba como un perro
 Del valle al monte, de la selva al cerro,
 A caza, sin hallar pelo ni lana.
 Perdiendo la paciencia y la mañana,
 Por un risco escarpado
 Ve trepar á una cabra á lo encumbrado,
 De modo que parece que se empeña

En hacer creer al leon que se de speña.
 El pretender seguirla, fuera en vano:
 El cazador entónces, cortesano,
 La dice:—Baja, baja, mi querida,
 No busques precipicios á tu vida:
 En el valle frondoso
 Pacerás á mi lado con reposo.
 —¿Desde cuándo, señor, la real persona
 Cuida con tanto amor de la barbona?
 Esos halagos tiernos
 No son por bien, apostaré los cuernos.
 Así le respondió la astuta cabra,
 Y el leon se fué sin replicar palabra.
*Lo paga la infeliz con el pellejo
 Si toma sin exámen el consejo.*

FÁBULA XVI

El Hacha y el mango.

Un hombre que en el bosque se miraba
 Con un hacha sin mango, suplicaba
 A los árboles diesen la madera
 Que más sólida fuera
 Para hacerle uno fuerte y muy durable.
 Al punto la arboleda innumerable
 Le cedió el acebuche; y él, contento,
 De rama en rama va cortando á gusto
 Del alto roble el brazo más robusto.
 Ya los árboles todos recorría,
 Y miéntras los mejores elegía,
 Dijo la triste encina al fresno:—*Amigo,
 Infeliz del que ayuda á su enemigo.*

FÁBULA XVII

La Onza y los Pastores.

En una trampa una onza inadvertida
 Dió mísera caída.
 Al verla sin defensa,
 Corrieron á la ofensa
 Los vecinos pastores,
 No valerosos, pero sí traidores.
 Cada cual por su lado
 La maltrataba airado,
 Hasta dejar sus fuerzas desmayadas,
 Unos á palos, otros á pedradas.
 Al fin la abandonaron por perdida;
 Pero viéndola dar muestras de vida
 Cierta pastor, dolido de su suerte,
 Por evitar su muerte
 Le arrojó la mitad de su alimento,
 Con que pudiese recobrar aliento.
 Llega la noche, témplase la saña,
 Marchan á descansar á la cabaña
 Todos, con esperanza muy fundada
 De hallarla muerta por la madrugada;
 Mas la fiera entre tanto,
 Volviendo poco á poco del quebranto,
 Toma nuevo valor y fuerza nueva:
 Salta, deja la trampa, va á su cueva;
 Y al sentirse del todo reforzada,
 Sale, sí, muy ligera, pero más airada.
 Ya destruye ganados,
 Ya deja á los pastores destrozados;
 Nada aplaca su cólera violenta;
 Todo lo tala, en todo se ensangrienta.
 El buen pastor, por quien tal vez vivía,
 Lleno de horror, la vida le pedía:

—No serás maltratado,
 Dijo la onza; vive descuidado,
 Que yo sólo persigo á los traidores
 Que me ofendieron, no á mis bienhechores.
*Quien hace agravios, tema la venganza:
 Quien hace bien, al fin el premio alcanza.*



FÁBULA XVIII

El Grajo vano.

Con las plumas de un pavo
 Un grajo se vistió: pomposo y bravo,
 En medio de los pavos se pasea:
 La manada lo advierte, le rodea,
 Todos le pican, burlan y lo envían...
 ¿Dónde, si ni los grajos le querían?
*¡Cuánto há que repetimos este cuento
 Sin que haya en los plagiarios escarmiento!*

FÁBULA XIX

El Hombre y la Comadreja.

Así decía cierta comadreja
 A un hombre que la había aprisionado:
 —¿Por qué no me dejais? ¿Os he yo dado
 Motivo de disgusto ni de queja?
 ¿No soy la que desvanes y rincones
 Tu casa toda, cual si fuese mia,
 Cuidadosa registro noche y dia
 Para que vivas libre de ratones?
 —¡Gran fineza por cierto!
 El hombre respondió: pues dí, ladrona,
 Si tu glotonería no perdona
 Ni á raton vivo, ni á cochino muerto,
 Ni á cuanto guardan ruines despenseras,
 ¿Cómo he de creer que tu cuidado apura
 Por mi bien los ratones? ¡Qué locura!
 ¡No tendría yo malas tragaderas!
 Morirás: *y el astuto que pretenda*
Vender como fineza lo que ha hecho,
Sin mirar á más fin que á su provecho,
Sabrá que hay en el mundo quien lo entienda.

FÁBULA XX

Batalla de las Comadreas y los Ratones.

Vencidos los ratones,
 Huían con presteza
 De una atroz enemiga
 Tropa de comadreas.
 Marchaban con desórden,
 Que cuando el miedo reina,
 Es la confu sion sola

El jefe que gobierna.
 Llegaron presurosos
 A sus angostas cuevas,
 Logrando los soldados
 Entrar á duras penas;
 Pero los capitanes,
 Que en las estrechas puertas
 Quedaron atascados
 Sin ninguna defensa,
 A causa de unos cuernos
 Puestos en las cabezas,
 Para ser de sus tropas
 Vistos en la refriega,
 Fueron las desdichadas
 Víctimas de la guerra,
 Haciendo de sus cuerpos
 Pasto las comadrejas.

*¡Cuántas veces los hombres
 Distinciones anhelan,
 Y suelen ser la causa
 De sus desdichas ellas!
 Si Júpiter dispara
 Sus rayos á la tierra,
 Antes que á las cabañas
 A los palacios y á las torres llegan.*

FÁBULA XXI

El Leon y la Rana.

Una lóbrega noche silenciosa
 Iba un leon horroroso
 Con mesurado paso majestuoso
 Por una selva: oyó una voz ruidosa
 Que, con tono molesto y continuado,
 Llamaba la atencion y áun el cuidado
 Del reinante animal, que no sabía

De qué bestia feroz quizá saldría
 Aquella voz, que tanto más sonaba
 Cuanto más en silencio todo estaba.
 Su majestad leonesa
 La selva toda registrar procura,
 Mas nada encuentra con la noche oscura,
 Hasta que pudo ver, ¡oh qué sorpresa!
 Que sale de un estanque, á la mañana,
 La tal bestia feroz, y era una rana.

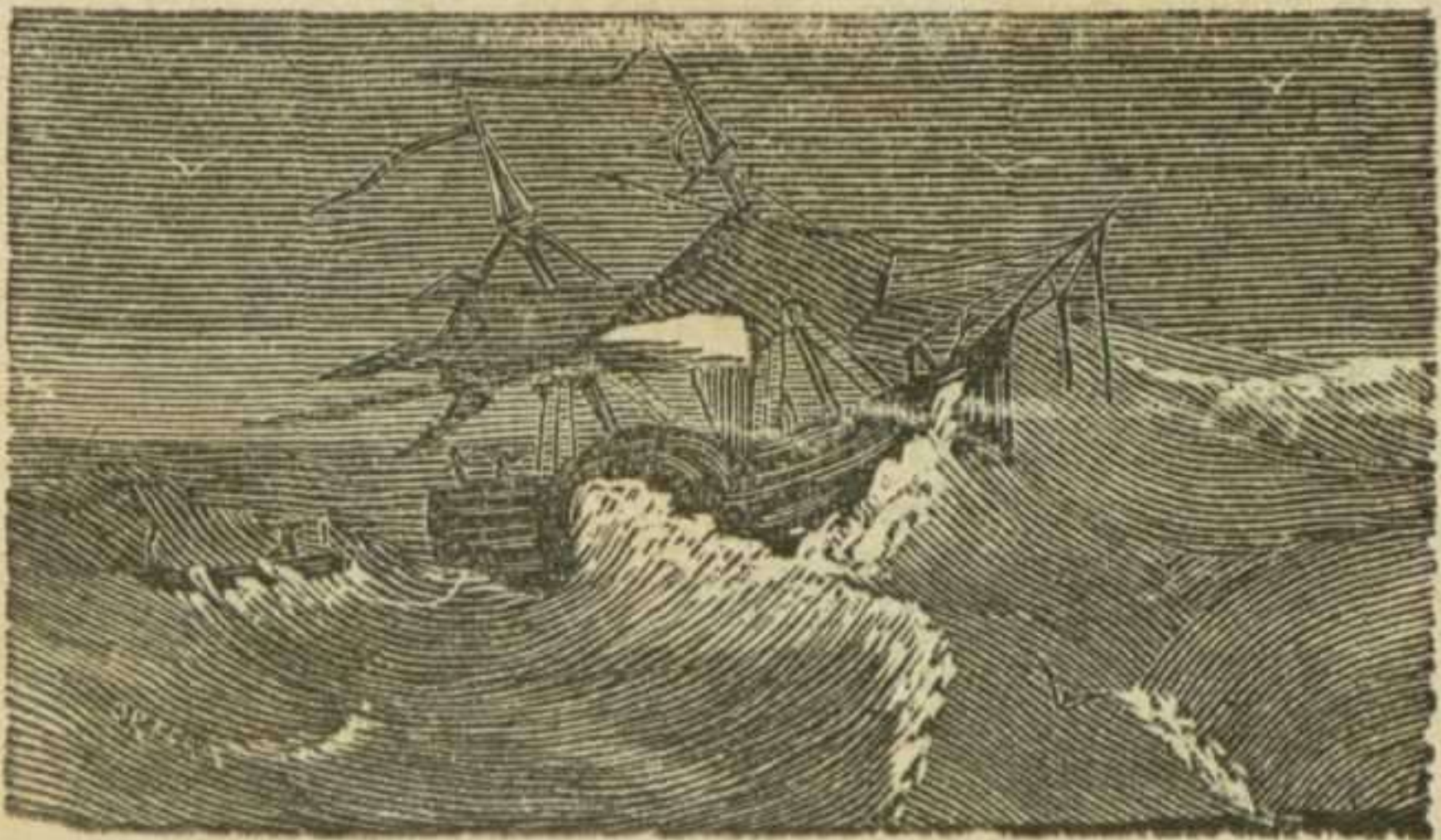
*Llamará la atencion de mucha gente
 El charlatan con su manía loca;
 Mas ¿qué logra si al fin verá el prudente
 Que no es sino una rana, todo boca?*

FÁBULA XXII

El Ciervo y los Bueyes.

Con inminente riesgo de la vida
 Un ciervo se escapó de la batida,
 Y en la quinta cercana de repente
 Se metió en el establo incautamente.
 Dícele un buey:—¿Ignoras, desdichado,
 Que aquí viven los hombres? ¡Ah cuitado!
 Detente, y hallarás tanto reposo
 Como perdiz en boca de raposo.
 El ciervo respondió:—Pero, no obstante,
 Dejadme descansar algun instante,
 Y en la ocasion primera
 Al bosque espeso emprendo mi carrera.
 Oculto entre el ramaje permanece:
 A la noche el boyero se aparece,
 Al ganado reparte el alimento:
 Nada divisa, sálese al momento.
 El mayoral y los criados entran,
 Y tampoco le encuentran.
 Libre de aquel apuro,

El ciervo se contaba por seguro;
 Pero el buey más anciano
 Le dice:—¡Qué! ¿te alegras tan temprano?
 Si el amo llega, lo perdiste todo:
 Yo le llamo *Cien-ojos* por apodo.
 Mas ¡chiton! que ya viene.
 Entra *Cien-ojos*, todo lo previene;
 A los rústicos dice:—No hay consuelo,
 Las colleras tiradas por el suelo;
 Limpio el pesebre, pero muy de paso,
 El ramaje muy seco y muy escaso;
 Señor mayoral, ¿es este buen gobierno?
 En esto mira el enramado cuerno
 Del triste ciervo; grita, acuden todos
 Contra el pobre animal de varios modos,
 Y á la rústica usanza
 Se celebró la fiesta de matanza.
*Esto quiere decir que el amo bueno
 No se debe fiar del ojo ajeno.*



FÁBULA XXIII

Los Navegantes.

Lloraban unos tristes pasajeros,
 Viendo su pobre nave combatida

De recias olas y de vientos fieros,
 Ya casi sumergida,
 Cuando súbitamente
 El viento calma, el cielo se serena,
 Y la afligida gente
 Convierte en risa la pasada pena.
 Mas el piloto estuvo muy sereno,
 Tanto en la tempestad como en bonanza,
*Pues sabe que lo malo y que lo bueno
 Está sujeto á súbita mudanza.*

FÁBULA XXIV

El Torrente y el Rio.

Despeñado un torrente
 De un encumbrado cerro,
 Caía en una peña,
 Y atronaba el recinto con su estruendo.
 Seguido de ladrones
 Un triste pasajero, despreciando el ruido,
 Atravesó el raudal sin desaliento;
 Que es comun en los hombres
 Poseidos del miedo,
 Para salvar la vida
 Exponerla tal vez á mayor riesgo.
 Llegaron los bandidos,
 Practicaron lo mismo
 Que ántes el caminante,
 Y fueron en su alcance y seguimiento.
 Encontró el miserable
 De allí á muy poco trecho
 Un rio caudaloso
 Que corría apacible y en silencio.
 Con tan buenas señales
 Y el próspero suceso
 Del raudal bullicioso,

Determinó vadearlo sin recelo;
 Mas apénas dió un paso,
 Pagó su desacuerdo,
 Quedando sepultado
 En las alevés aguas sin remedio.

*Temamos los peligros
 De designios secretos,
 Que el ruidoso aparato,
 Si no se desvanece, anuncia el riesgo.*

FÁBULA XXV

El Leon, el Lobo y la Zorra.

Trémulo y achacoso
 A fuerza de años un leon estaba;
 Hizo venir los médicos, ansioso
 Por ver si alguno de ellos lo curaba.
 De todas las especies y regiones
 Profesores llegaban á millones.
 Todos conocen incurable el daño,
 Ninguno al rey propone el desengaño.
 Cada cual su remedio le procura,
 Como si la vejez tuviese cura.
 Un lobo cortesano,
 Con tono adulator y fin torcido,
 Dijo á su soberano:
 —He notado, señor, que no ha asistido
 La zorra como médico al congreso,
 Y pudiera esperarse buen suceso
 De su dictámen en tan grave asunto.
 Quiso su majestad que luégo al punto
 Por la posta viniese:
 Llega, sube á palacio, y como viese
 Al lobo, su enemigo, ya instruida
 De que él era el autor de su venida,
 Que ella excusaba cautelosamente,

Inclinándose al rey profundamente,
 Dijo:—Quizá, señor, no habrá faltado
 Quien haya mi tardanza acriminado;
 Mas será porque ignora
 Que vengo de cumplir un voto ahora
 Que por vuestra salud tenía hecho;
 Y para más provecho,
 En mi viaje traté gentes de ciencia
 Sobre vuestra dolencia.

Convienen, pues, los grandes profesores
 En que no teneis vicio en los humores,
 Y que sólo los años han dejado
 El calor natural algo apagado;
 Pero éste se recobra y vivifica
 Sin fastidio ni drogas de botica,
 Con un remedio simple, liso y llano,
 Que vuestra majestad tiene en la mano.
 A un lobo vivo arránquenle el pellejo,
 Y mandad que os lo apliquen al instante
 Y por más que esteis débil, flaco y viejo,
 Os sentireis robusto y rozagante,
 Con apetito tal, que sin esfuerzo
 El mismo lobo os servirá de almuerzo.
 Convino el rey, y entre el furor y el hierro
 Murió el infeliz lobo como un perro.

*Así viven y mueren cada día
 En su guerra interior los palaciegos,
 Que con emulacion rabiosa, ciegos
 A degüello se tiran á porfía.
 Tomen esta leccion muy oportuna,
 Lleguen á la privanza enhorabuena;
 Mas labren su fortuna
 Sin cimentarla en la desgracia ajena.*

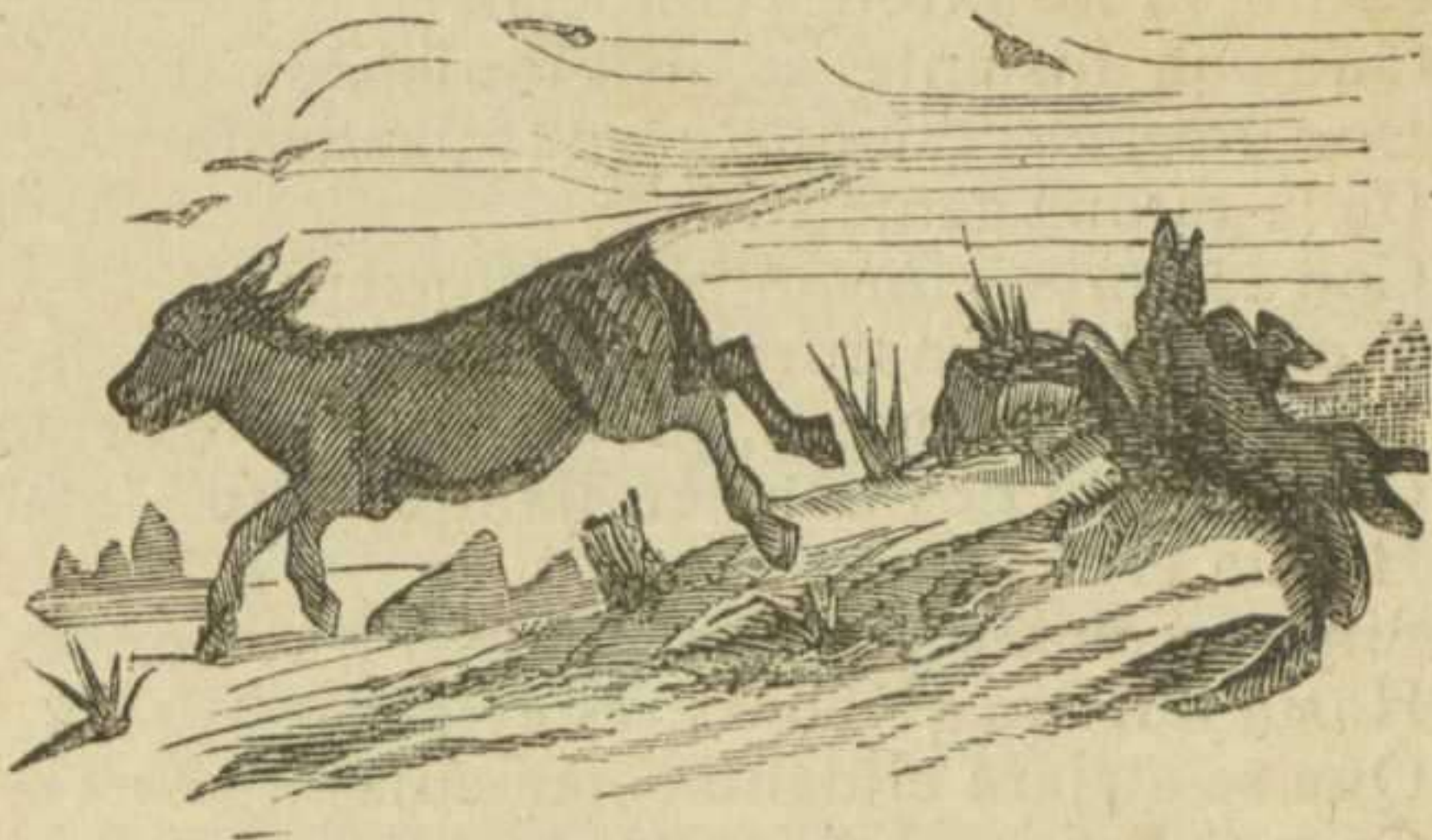
LIBRO QUINTO

FÁBULA PRIMERA

Los Ratones y el Gato.

Marramaquiz, gran gato,
 De nariz roma, pero largo olfato,
 Se metió en una casa de ratones.
 En uno de sus lóbregos rincones
 Puso su alojamiento.
 Por delante de sí, de ciento en ciento
 Les dejaba por gusto libre paso,
 Como hace el bebedor que mira el vaso;
 Y ensanchando así más sus tragaderas,
 Al fin los escogía como peras.
 Este fué su ejercicio cotidiano;
 Pero tarde ó temprano,
 Al fin ya los ratones conocían
 Que por instantes se disminuían.
 Don *Roepan*, cacique el más prudente
 De la ratona gente,
 Con los suyos formó pleno consejo,
 Y dijo así con natural despejo:
 Supuesto, hermanos, que el sangriento bruto
 Que metido nos tiene en llanto y luto
 Habita el cuarto bajo,
 Sin que pueda subir ni áun con trabajo
 Hasta nuestra vivienda, es evidente
 Que se atajará el daño solamente
 Con no bajar allí de modo alguno.
 El medio pareció muy oportuno,
 Y fué tan observado,
 Que ya *Marramaquiz*, el muy taimado,
 Metido por el hambre en calzas prietas,
 Discurrió, entre mil tretas,

La de colgarse por los piés de un palo
 Haciendo el muerto. No era el ardiz malo;
 Pero don *Roepan*, luégo que advierte
 Que su enemigo estaba de tal suerte,
 Asomando el hocico á su agujero,
 —¡Hola! dice: ¿qué es eso, caballero?
 ¿Estás muerto de burlas, ó de véras?
 Si es lo que yo recelo, en vano esperas,
 Pues no nos contaremos ya seguros,
 Aun sabiendo de cierto
 Que eres, á más á más de gato muerto,
 Gato relleno ya de pesos duros.
*Si alguno llega con astuta maña
 Y una vez nos engaña,
 Es cosa muy sabida
 Que puede algunas veces
 El huir de sus trazas y dobleces
 Valernos nada ménos que la vida.*



FÁBULA II

El Asno y el Lobo.

Un burro cojo vió que le seguía
 Un lobo cazador, y no pudiendo

Huir de su enemigo, le decía:
 —Amigo lobo, yo me estoy muriendo.
 Me acaban por instantes los dolores
 De este maldito pié de que cojeo:
 Si yo no me valiese de herradores,
 No me vería así como me veo.

Y pues fallezco, sé caritativo,
 Sácame con los dientes este clavo;
 Muera yo sin dolor tan excesivo,
 Y cómeme despues de cabo á rabo.

—¡Oh! dijo el cazador con ironía,
 Contando con la presa ya en la mano:
 No solamente sé la anatomía,
 Sino que soy perfecto cirujano.
 El caso es para mí una patarata,
 La operacion no más que de un momento.
 Alargue bien la pata,
 Y no se me acobarde, buen jumento.

Con su estuche molar desenvainado
 El nuevo profesor llega al doliente;
 Mas éste le dispara de contado
 Una coz que le deja sin un diente.
 Escapa el cojo; pero el triste herido
 Llorando se quedó su desventura.

—¡Ay infeliz de mí! bien merecido
 El pago tengo de mi gran locura.
 Yo siempre me llevé el mejor bocado
 En mi oficio de lobo carnicero.

Pues si pude vivir tan regalado,
 ¿A qué meterme ahora á curandero?
*Hablemos con razon: no tiene juicio
 Quien deja el propio por ajeno oficio.*

FÁBULA III

El Asno y el Caballo.

Iban, mas no sé adónde ciertamente,
 Un caballo y un asno juntamente,
 Este cargado, pero aquél sin carga.
 El grave peso, la carrera larga,
 Causaron al borrico tal fatiga,
 Que la necesidad misma le obliga
 A dar en tierra.—Amigo, compañero,
 No puedo más, decía, yo me muero;
 Repartamos la carga, y será poca,
 Si no, se me va el alma por la boca.
 Dice el otro:—Revienta enhorabuena:
 ¿Por eso he de sufrir la carga ajena?
 Gran bestia seré yo si tal hiciere:
 ¡Miren y qué borrico se me muere!
 Tan justamente se quejó el jumento,
 Que espiró el infeliz en un momento.
 El caballo conoce su pecado,
 Pues tuvo que llevar, mal de su grado,
 Los fardos y aparejos todo junto,
 Item más, el pellejo del difunto.
*Juan, alivia en sus penas al vecino,
 Y él, cuando tú las tengas, déte ayuda:
 Si no lo haceis así, temed sin duda
 Que sereis el caballo y el pollino.*

FÁBULA IV

El Labrador y la Providencia.

Un labrador cansado
 En el ardiente estío,
 Debajo de una encina

Reposaba pacífico y tranquilo.
 Desde su dulce estancia
 Miraba agradecido
 El bien con que la tierra
 Premiaba sus penosos ejercicios.
 Entre mil producciones,
 Hijas de su cultivo
 Veía calabazas,
 Melones por los suelos esparcidos.
 ¿Por qué la Providencia,
 Decía entre sí mismo,
 Puso á la ruin bellota
 En elevado y preeminente sitio?
 ¿Cuánto mejor sería
 Que, trocando el destino,
 Pendiesen de las ramas
 Calabazas, melones y pepinos?
 Bien oportunamente,
 Al tiempo que esto dijo,
 Cayendo una bellota,
 Le pegó en las narices de improviso.
 —¡Pardiez! prorumpió entónces
 El labrador sencillo :
 Si lo que fué bellota
 Algun gordo melon hubiera sido,
 Desde luégo pudiera
 Tomar á buen partido
 En caso semejante
 Quedar desnarigado, pero vivo.
Aquí la Providencia
Manifestarle quiso
Que supo á cada cosa
Señalar sabiamente su destino.
A mayor bien del hombre
Todo está repartido,
Preso el pez en su concha
Y libre por el aire el pajarillo.

FÁBULA V

El Asno vestido de Leon.

Un asno disfrazado
 Con una grande piel de leon andaba;
 Por su temible aspecto casi estaba
 Desierto el bosque, solitario el prado;
 Pero quiso el destino
 Que le llegase á ver desde el molino
 La punta de una oreja el molinero.
 Armado entónces de un garrote fiero,
 Dale de palos, llévalo á su casa;
 Divúlgase al contorno lo que pasa;
 Llegan todos á ver en el instante
 Al que habían temido leon reinante,
 Y haciendo mofa de su idea necia,
 Quien más le respetó, más le desprecia.
Desde que oí del asno contar esto,
Dos ochavos apuesto,
Si es que Pedro Fernandez no se deja
De andar con el disfraz de caballero,
A vueltas del vestido y del sombrero
Que le han de ver la punta de la oreja.

FÁBULA VI

La Gallina de los huevos de oro.

Erase una gallina que ponía
 Un huevo de oro al dueño cada dia.
 Aun con tanta ganancia mal contento
 Quiso el rico avariento
 Descubrir de una vez la mina de oro,
 Y hallar en ménos tiempo más tesoro,
 Matóla: abrióla el vientre de contado;

Pero despues de haberla registrado,
 ¿Qué sucedió? Que muerta la gallina,
 Perdió su huevo de oro y no halló mina.
*¡Cuántos hay que teniendo lo bastante,
 Enriquecerse quieren al instante,
 Abrazando proyectos
 A veces de tan rápidos efectos,
 Que sólo en pocos meses,
 Cuando se contemplaban ya marqueses
 Contando sus millones,
 Se vieron en la calle sin calzones!*

FÁBULA VII

Los Cangrejos.

Los más autorizados, los más viejos
 De todos los cangrejos,
 Una gran asamblea celebraron.
 Entre los graves puntos que trataron,
 A propuesta de un docto presidente,
 Como resolucion la más urgente
 Tomaron la que sigue: pues que al mundo
 Estamos dando ejemplo sin segundo,
 El más vil y grosero,
 En andar hacia atras, como el soguero;
 Siendo cierto tambien que los ancianos,
 Duros de piés y manos,
 Causandome los años pesadumbre,
 No podemos vencer nuestra costumbre,
 Toda madre, desde este mismo instante,
 Ha de enseñar á andar hacia adelante
 A sus hijos, y dure la enseñanza
 Hasta quitar del mundo tal usanza.
 —¡Garras á la obra! dicen las maestras
 Que se creían diestras;
 Y sin dejar ninguno,

Ordenan á sus hijos uno á uno
 Que muevan sus patitas blandamente
 Hacia adelante sucesivamente.
 Ellos obedecían;
 Pero al ver á sus madres que marchaban
 Al revés de lo que ellas enseñaban,
 Olvidando los nuevos rudimentos,
 Imitaban sus pasos más contentos.
 Repetían las madres sus lecciones,
 Mas no bastaban teóricas razones,
 Porque obraba en los jóvenes cangrejos
 Sólo un ejemplo más que mil consejos.
 Cada maestra se aflige y desconsuela
 No pudiendo hacer práctica su escuela;
 De modo que, en efecto,
 Abandonaron todas el proyecto.
 Los magistrados saben el suceso,
 Y en su pleno congreso
 La nueva ley al punto derogaron;
 Porque se aseguraron
 De que en vano intentaban la reforma,
 Cuando ellos no sabían dar la norma.
*Y es así que la fuerza de las leyes
 Suele ser el ejemplo de los reyes.*



FÁBULA VIII

Las Ranas sedientas.

Dos ranas que vivían juntamente,
 En un verano ardiente
 Se quedaron en seco en su laguna.
 Saltando aquí y allí, llegó la una
 A la orilla de un pozo;
 Llena entónces de gozo
 Gritó á su compañera:
 —Ven, y salta ligera.
 Llegó, y estando entrambas á la orilla,
 Notando como grande maravilla
 Entre los agostados juncos y heno
 El fresco pozo casi de agua lleno,
 Prorumpió la primera:—¿A qué esperamos
 Que no nos arrojamós
 Al agua que apacible nos convida?
 La segunda responde inadvertida:
 —Yo tengo igual deseo;
 Pero pienso y preveo
 Que aunque es fácil al pozo nuestra entrada,
 La agua con los calores exhalada,

Segun vaya faltando,
 Nos irá dulcemente sepultando,
 Y al tiempo que salir solicitemos,
 En la Estigia laguna nos veremos.
Por consultar al gusto solamente
Entra en la nasa el pez incautamente;
El pájaro sencillo en la red queda;
¿Y en qué lazos el hombre no se enreda?

FÁBULA XI

El Cuervo y el Zorro.

En la rama de un árbol,
 Bien ufano y contento,
 Con un queso en el pico
 Estaba un señor cuervo.
 Del olor atraído
 Un zorro muy maestro,
 Le dijo estas palabras
 A poco más ó ménos;
 —Tenga usted buenos dias,
 Señor cuervo, mi dueño;
 Vaya que estais donoso,
 Mono, lindo en extremo;
 Yo no gasto lisonjas
 Y digo lo que siento;
 Que si á tu bella traza
 Corresponde el gorjeo,
 Juro á la diosa Céres,
 Siendo testigo el cielo,
 Que tú serás el Fénix
 De sus vastos imperios.
 Al oir un discurso
 Tan dulce y halagüeño,
 De vanidad llevado
 Quiso cantar el cuervo;

Abrió su negro pico,
 Dejó caer el queso;
 El muy astuto zorro,
 Despues de haberlo preso,
 Le dijo:—Señor bobo,
 Pues sin otro alimento
 Quedais con alabanzas
 Tan hinchado y repleto,
 Digerid las lisonjas
 Miéntras digiero el queso.
*Quien oye aduladores
 Nunca espere otro premio.*

FÁBULA X

Un Cojo y un Picaron.

A un buen cojo un descortés
 Insultó atrevidamente:
 Oyólo pacientemente
 Continuando su carrera,
 Cuando al son de la cojera
 Dijo el otro: una, dos, tres,
 Cojo es.
 Oyólo el cojo; aquí fué
 Donde el buen hombre perdió
 Los estribos, pues le dió
 Tanta cólera y tal ira,
 Que la muleta le tira,
 Quedándose, ya se ve,
 Sobre un pié.
 —Sólo el no poder correr
 Para darte el escarmiento,
 Dijo el cojo, es lo que siento,
 Que este mal no me atormenta;
*Porque al hombre sólo afrenta
 Lo que supo merecer,
 Padecer.*



FÁBULA XI

El Carretero y Hércules.

En un atolladero
 El carro se atascó de Juan Regaña:
 El á nada se mueve ni se amaña;
 Pero jura muy bien: ¡gran carretero!
 A Hércules invocó, y el dios le dice:
 —Aligera la carga, ceja un tanto,
 Quita ahora ese canto.
 ¿Está?—Sí, le responde, ya lo hice.
 —Pues enarbola el látigo, y con eso
 Puedes ya caminar. De esta manera,
 Arreando á la mohina y la roncera,
 Salió Juan con su carro del suceso.
*Si haces lo que estuviere de tu parte,
 Pide al cielo favor: ha de ayudarte.*

FÁBULA XII

La Zorra y el Chivo.

Una zorra cazaba,
 Y al seguir á un gazapo,

Entre aquí se escabulle, allí le atrapo,
En un pozo cayó que al paso estaba.

Cuando más la afligía su tristeza,
Por no hallar la infeliz salida alguna,
Vió asomarse al brocal, por su fortuna,
Del chivo padre la gentil cabeza.

—¿Qué tal? dijo el barbon: ¿la agua es salada?

—Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
Respondió la raposa,
Que en el tal pozo estoy como encantada.

Al agua el chivo se arrojó sediento:

Monta sobre él la zorra, de manera
Que haciendo de sus cuernos escalera,
Pilla el brocal y sale en el momento.

Quedó el pobre atollado: ¡cosa dura!
*¿Mas quién podrá á la zorra dar castigo,
Cuando el hombre, áun á costa de su amigo,
Del peligro mayor salir procura?*

FÁBULA XIII

El Lobo, la Zorra y el Mono Juez.

Un lobo se quejó criminalmente
De que una zorra astuta lo robase:
El mono juez, como ella lo negase,
Dejólos alegar prolijamente.

Enterado, pronuncia la sentencia:
—No consta que te falta nada, lobo;
Y tú, raposa, tú tienes el robo:
Dijo, y los despidió de su presencia.

Esta contradiccion es cosa buena;
La dijo el docto mono con malicia.
*Al perverso su fama le condena,
Aun cuando alguna vez pida justicia.*



FÁBULA XIV

Los dos Gallos.

Habiendo á su rival vencido un gallo,
 Quedó entre las gallinas victorioso,
 Más grave, más pomposo
 Que el mismo gran sultan en su serrallo.

Desde un alto pregona vocinglero.
 Su gran hazaña: el gavilan lo advierte,
 Le pilla, le arreбата; y por su muerte,
 Quedó el rival señor del gallinero.

*Consuele al abatido tal mudanza:
 Sirva tambien de ejemplo á los mortales
 Que se juzgan exentos de los males
 Cuando se ven en próspera bonanza.*

FÁBULA XV

La Mona y la Zorra.

En visita una mona
 Con una zorra estaba cierto dia,
 Y así ni más ni ménos la decía.

—Por mi fe que teneis bella persona,
 Gallardo talle, cara placentera,
 Airosa en el andar como vos sola.
 Y á no ser tan disforme vuestra cola,
 Seríais en lo hermoso la primera.
 Escuchad un consejo,
 Que ha de ser á las dos muy importante,
 Yo os la he de cortar, y lo restante
 Me lo acomodaré por zagalejo.

—*Abrenuncio*, la zorra le responde:
 Es cosa para mí ménos amarga
 Barrer el suelo con mi cola larga,
 Que verla por pañal bien sé yo dónde.
*Por ingenioso que el necesitado
 Sea para pedir al avariento,
 Este será de superior talento
 Para negarse á dar de lo sobrado.*

FÁBULA XVI

La Gata mujer.

Zapaquilda la bella
 Era gata doncella
 Muy recatada, no ménos hermosa:
 Queríala su dueño por esposa,
 Si *Vénus* consintiese,
 Y en mujer á la gata convirtiese.
 De agradable manera
 Vino en ello la diosa placentera;
 Y ved á *Zapaquilda* en un instante
 Hecha moza gallarda, rozagante.
 Celébrase la boda;
 Estaba ya la sala nupcial toda
 De un lucido concurso coronada;
 La novia relamida, almidonada,
 Junto al novio galan enamorado,

Todo brillantemente preparado,
 Cuando quiso la diosa
 Que cerca de la esposa
 Pasase un ratoncillo de repente:
 Al punto que lo ve, violentamente,
 A pesar del concurso y de su amante,
 Salta, corre tras él, y échale el guante.
Aunque del valle humilde á la alta cumbre
Inconstantes nos mude la fortuna,
La propension del natural es una
En todo estado, y más con la costumbre.

FÁBULA XVII

La Leona y el Oso.

Dentro de un bosque oscuro y silencioso,
 Con un rugir continuo y espantoso,
 Que en medio de la noche resonaba,
 Una leona á las fieras inquietaba.
 Dícela un oso:—Escúchame una cosa:
 ¿Qué tragedia horrorosa,
 Y qué sangrienta guerra,
 Qué rayos, ó qué plagas á la tierra
 Anuncia tu clamor desesperado,
 En el nombre de Júpiter airado?
 —¡Ah! Mayor causa tienen mis rugidos.
 Yo, la más infeliz de los nacidos,
 ¿Cómo no moriré desesperada
 Si me han robado el hijo? ¡Ay desdichada!
 —¡Hola! ¿Conque eso es todo?
 Pues si se lamentasen de ese modo
 Las madres de los muchos que devoras,
 Buena música hubiera á todas horas.
 Vaya, vaya, consuélate como ellas,
 No nos quiten el sueño tus querellas.
A desdichas y males

*Vivimos condenados los mortales:
A cada cual, no obstante, le parece
Que de esta ley una excepcion merece.
Así nos conformamos con la pena,
No cuando es propia, sí cuando es ajena.*

FÁBULA XVIII

El Lobo y el Perro flaco.

Distante de la aldea
Iba cazando un perro
Flaco, que parecía
Un andante esqueleto.
Cuando ménos lo piensa
Un lobo lo hizo preso:
Aquí de sus clamores,
De sus llantos y ruegos.
—Decidme, señor lobo,
¿Qué quereis de mi cuerpo,
Si no tiene otra cosa
Que huesos y pellejo?
Dentro de quince dias
Casa á su hija mi dueño,
Y ha de haber para todos
Arroz y gallo muerto.
Dejadme ahora libre,
Que, pasado este tiempo,
Podrás comerme á gusto,
Lúcio, gordo y relleno.
Quedaron convenidos,
Y apénas se cumplieron
Los dias señalados,
El lobo buscó al perro.
Estábase en su casa
Con otro compañero
Llamado Matalobos,

Mastin de los más fieros.
 Salen á recibirle
 Al punto que lo vieron;
 Matalobos bajaba
 Con corbatin de hierro.
 No era el lobo persona
 De tantos cumplimientos;
 Y así, por no gastarlos,
 Cedió de su derecho.
 Huía, y le llamaban;
 Mas él iba diciendo
 Con el rabo entre piernas:
 Piés, ¿para qué os quiero?
Hasta los niños saben
Que es de mayor aprecio
Un pájaro en la mano
Que por el aire ciento.



FÁBULA XIX

La Oveja y el Ciervo.

Un celemin de trigo
 Pidió á la oveja el ciervo, y la decía:

—Si es que usted de mi paga desconfía,
 A presentar me obligo
 Un fiador desde luégo
 Que no dará lugar á tener queja.
 —¿Y quién es ese? preguntó la oveja.
 —Es un lobo abonado, llano y lego.
 —¿Un lobo? ya; mas hallo un embarazo.
 Si no teneis más fincas que él sus dientes
 Y tú los piés para escapar valientes,
 ¿A quién acudiré cumplido el plazo?
*Si quién es el que pide y sus fiadores
 Antes de dar prestado se examina,
 Será menor, sin otra medicina,
 La peste de los malos pagadores.*

FÁBULA XX

La Alforja.

En una alforja al hombro
 Llevo los vicios:
 Los ajenos delante,
 Detras los míos.
*Esto hacen todos:
 Así ven los ajenos,
 Mas no los propios.*

FÁBULA XXI

El Asno infeliz.

Yo conocí un jumento
 Que murió muy contento
 Por creer (y no iba fuera de camino)
 Que así cesaba su fatal destino.
 Pero la adversa suerte

Aun despues de su muerte
 Le persiguió: dispuso que al difunto
 Le arrancasen el cuero luégo al punto
 Para hacer tamboriles,
 Y que en los regocijos pastoriles
 Bailasen las zagalas en el prado
 Al són de su pellejo baqueteado.
*Quien por su mala estrella es infelice,
 Aun muerto lo será: Fedro lo dice.*

FÁBULA XXII

El Jabalí y la Zorra.

Sus terribles colmillos aguzaba
 Un jabalí en el tronco de una encina.
 La zorra, que vecina
 Del animal cerdoso se miraba,
 Le dice:—Extraño el verte,
 Siendo tú en paz señor de la bellota,
 Cuando ningun contrario te alborota,
 Que tus armas afiles de esa suerte.
 La fiera le responde:—Tengo oido
 Que en la paz se prepara el buen guerrero,
 Así como en la calma el marinero,
Y que vale por dos el prevenido.

FÁBULA XXIII

El Perro y el Cocodrilo.

Bebiendo un perro en el Nilo,
 Al mismo tiempo corría:
 —Bebe quieto, le decía
 Un taimado cocodrilo.
 Díjole el perro prudente:

—Dañoso es beber y andar;
 Pero ¿es sano el aguardar
 A que me claves el diente?
¡Oh qué docto perro viejo!
Yo venero su sentir
En esto de no seguir
Del enemigo el consejo.

FÁBULA XXIV

La Comadreja y los Ratones.

Débil y flaca cierta comadreja,
 No pudiendo ya más de puro vieja,
 Ni cazaba, ni hacía provisiones
 De abundantes ratones
 Como en tiempos pasados,
 Que elegía los tiernos regalados
 Para cubrir su mesa.
 Sólo de tarde en tarde hacía presa
 En tal cuál que pasaba muy cercano,
 Gotoso, paralítico ó anciano.
 Obligada del hambre, cierto día
 Urdió el modo mejor con que saldría
 De aquella pobre situación hambrienta,
 Pues la necesidad todo lo inventa.
 Esta vieja taimada,
 Métese entre la harina amontonada.
 Alerta y con cautela,
 Cual suele en la garita el centinela,
 Espera ansiosa su feliz momento
 Para la ejecución del pensamiento.
 Llega el raton sin conocer su ruina
 Y mete el hociquillo entre la harina,
 Entónces ella le echa de repente
 La garra al cuello y al hocico el diente.
 Con este nuevo ardid tan oportuno,

Selos iba embuchando de uno en uno,
Y á merced de discurso tan extraño,
Logró sacar su tripa de mal año.

Es feliz un ingenio interesante:

El nos ayuda, si el poder nos deja;

Y al ver lo que pasó á la comadreja,

¿Quién no aguzará el suyo en adelante?



FÁBULA XXV

El Lobo y el Perro.

En busca de alimento
Iba un lobo muy flaco y muy hambriento.
Encontró con un perro tan relleno,
Tan lúcio, sano y bueno,
Que le dijo:—Yo extraño
Que estés de tan buen año
Como se deja ver por tu semblante,
Cuando á mí, más pujante,
Más osado y sagaz, mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.
El perro respondió:—Sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.

Deja el bosque y el prado,
 Retírate á poblado,
 Servirás de portero
 A un rico caballero,
 Sin otro afan ni más ocupaciones
 Que defender la casa de ladrones.
 —Acepto desde luégo tu partido,
 Que para mucho más estoy curtido.
 Así me libraré de la fatiga
 A que el hambre me obliga
 De andar por montes, sendereando peñas,
 Trepando riscos y rompiendo breñas,
 Sufriendo de los tiempos los rigores,
 Lluvias, nieves, escarchas y calores.
 A paso diligente
 Marchaban juntos amigablemente,
 Tratando varios puntos de confianza
 Pertenecientes á llenar la panza.
 En esto el lobo, por algun recelo
 Que comenzó á turbarle su consuelo,
 Mirando al perro, dijo:—He reparado
 Que tienes el pescuezo algo pelado.
 Dime: ¿qué es eso?—Nada.
 —Dímelo por tu vida, camarada,
 —No es más que la señal de la cadena;
 Pero no me da pena,
 Pues aunque por inquieto
 A ella estoy sujeto,
 Me sueltan cuando comen mis señores.
 Recíbenme á sus piés con mil amores,
 Ya me tiran el pan, ya la tajada,
 Y todo aquello que les desagrada;
 Este, lo mal asado,
 Aquél, un hueso poco descarnado,
 Y áun un gloton, que todo se lo traga,
 A lo ménos me halaga
 Pasándome la mano por el lomo:

Yo meneo la cola, callo y como.
 —Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
 Pero por fin y postre, tú estás preso.
 Jamás sales de casa
 Ni puedes ver lo que en el pueblo pasa.
 ¿Es así? Pues, amigo,
 La amada libertad que yo consigo
 No he de trocarla de manera alguna
 Por tu abundante y próspera fortuna.
 Marcha, marcha á vivir encarcelado:
 No serás envidiado
 De quien pasea el campo libremente,
 Aunque tú comas tan glotonamente
 Pan, tajadas y huesos, porque al cabo
No hay bocado en sazon para un esclavo.



LIBRO SEXTO

FÁBULA PRIMERA

El Pastor y el Filósofo.

De los confusos pueblos apartado
 Un anciano pastor vivía en su choza
 En el feliz estado en que se goza

Existir ni envidioso ni envidiado.
 No turbó con cuidados la riqueza
 A su tranquila vida,
 Ni la extremada mísera pobreza
 Fué del dichoso anciano conocida.
 Empleado en su labor gustosamente,
 Envejeció; sus canas, su experiencia
 Y su virtud, le hicieron finalmente
 Respetable varon, hombre de ciencia.
 Voló su grande fama por el mundo,
 Y llevado de nueva tan extraña,
 Acercóse un filósofo profundo
 A la humilde cabaña,
 Y preguntó al pastor:—Dime: ¿en qué escuela
 Te hicistes sabio? ¿Acaso te ocupaste
 Largas noches leyendo á la candela?
 ¿A Grecia y Roma sabias observaste?
 ¿Sócrates refinó tu entendimiento?
 ¿La ciencia de Platon has tú medido?
 ¿O pesaste de Tulio el gran talento?
 ¿O tal vez como Ulises has corrido
 Por ignorados pueblos y confusos,
 Observando costumbres, leyes y usos?
 —Ni las letras seguí, ni como Ulises
 (Humildemente respondió el anciano)
 Discurrí por incógnitos países:
 Sé que el género humano
 En la escuela del mundo lisonjero
 Se instruye en el dobléz y en la patraña.
 Con la ciencia que engaña,
 ¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?
 Lo poco que yo sé, me lo ha enseñado
 Naturaleza en fáciles lecciones;
 Un odio firme al vicio me ha inspirado,
 Ejemplos de virtud da á mis acciones:
 Aprendí de la abeja lo industrioso,
 Y de la hormiga, que en guardar se afana

A pensar en el día de mañana;
 Mi mastin el hermoso,
 Y fiel sin semejante,
 De gratitud y lealtad constante
 Es el mejor modelo,
 Y si acierto á copiarle, me consuelo.
 Si mi nupcial amor lecciones toma,
 Las encuentra en la cándida paloma.
 La gallina á sus pollos abrigando
 Con sus piadosas alas como madre,
 Y las sencillas aves áun volando
 Me prestan reglas para ser buen padre.
 Sabia naturaleza, mi maestra,
 Lo malo y lo ridículo me muestra,
 Para hacérmelo odioso;
 Jamás hablo á las gentes
 Con aire grave, tono jactancioso;
 Pues saben los prudentes
 Que, léjos de ser sabio el que así hable,
 Será un buho solemne, despreciable.
 Un hablar moderado,
 Un silencio oportuno
 En mis conversaciones he guardado;
 El hablador molesto é importuno
 Es digno de desprecio:
 Quien escuche á la urraca será un necio.
 A los que usan la fuerza y el engaño
 Para el ajeno daño,
 Y usurpan á los otros su derecho,
 Los debe aborrecer un noble pecho;
 Unanse con los lobos en la caza,
 Con milanos y halcones,
 Con la maldita serpentina raza,
 Caterva de carnívoros ladrones.
 Mas ¡ qué dije! los hombres tan malvados,
 Ni áun merecen tener estos aliados.
 No hay dañino animal tan peligroso

Como el usurpador y el envidioso.
 Por último, en el libro interminable
 De la naturaleza yo medito:
 En todo lo creado es admirable;
 Del ente más sencillo y pequeñito
 Una contemplacion profunda, alcanza
 Los más preciosos frutos de enseñanza.
 —Tu virtud acredita, buen anciano
 (El filósofo exclama),
 Tu ciencia verdadera y justa fama.
 Vierte el género humano
 En sus libros y escuelas sus errores;
 En preceptos mejores
 Los da naturaleza su doctrina:
*Nsí, quien sus verdades examina,
 Con la meditacion y la experiencia
 Alegará á conocer virtud y ciencia.*

FÁBULA II

El Hombre y la Fantasma.

Un jóven licenciado
 Se hallaba en un estado vergonzoso.
 Con sus males secretos retirado,
 En soledad, doliente, exasperado,
 Cavila, llora, canta, jura, reza,
 Como quien ha perdido la cabeza.
 —¿Te falta la salud? Pues, caballero,
 De todo tu dinero,
 Nobleza, juventud y poderío,
 Sábeta que me rio:
 Trata de recobrarla, pues perdida,
 ¿De qué sirven los bienes de la vida?
 Todo esto una fantasma le previno,
 Y al instante se fué como se vino.
 El enfermo se cuida, se repone,

Un nuevo plan de vida se propone:
 En efecto, se casa;
 Cércanle los cuidados de la casa,
 Que se van aumentando de hora en hora;
 La mujer (Dios nos libre) gastadora
 Aún mucho más que rica,
 Los hijos y la deuda multiplica;
 De modo que el marido,
 Más que nunca aburrido,
 Se puso sobre un pié de economía
 Que, estrechándola más de día en día,
 Al fin se enriqueció con opulencia.
 La fantasma le dice:—En mi conciencia
 Que te veo amarillo como el oro;
 Tienes tu corazón en el tesoro:
 Miras sobre tu pecho acongojado
 El puñal del ladrón enarbolado;
 Las noches pasas en mortal desvelo:
 ¿Y así quieres vivir?... ¡Qué desconsuelo!
 El hombre, como caso milagroso,
 Se trasformó de avaro en ambicioso;
 Llegó dentro de poco á la privanza:
 El señor don dinero, ¿qué no alcanza?
 La fantasma le muestra claramente
 Un falso confidente,
 Cien traidores amigos,
 Que quieren ser autores y testigos
 De su pronta caída.
 Resuélvese á dejar aquella vida,
 Y ya desengañado,
 En los campos se mira retirado.
 Buscaba los placeres inocentes
 En las flores y frutas diferentes.
 ¿Quieren ustedes creer (esto me pasma)
 Que aún allí le persigue la fantasma?
 Los insectos, los hielos y los vientos,
 Todos los elementos

Y las plagas de todas estaciones
 Han de ser en el campo tus ladrones.
 ¿Pues adónde irá el pobre caballero?
Digo que es un solemne majadero
Todo aquel que pretende
Vivir en este mundo sin su duende.

FÁBULA III

El Jabalí y el Carnero.

De la rama de un árbol un carnero
 Degollado pendía:
 En él á sangre fria
 Cortaba el remangado carnicero.
 El rebaño inocente,
 Que el trágico espectáculo miraba,
 De miedo ni pacía ni balaba.
 Un jabalí gritó:—Cobarde gente
 Que mirais la carnívora matanza:
 ¿Cómo es que no os vengais del enemigo?
 —Tendrá (dijo un carnero) su castigo,
 Mas no de nuestra parte la venganza.
 La piel, que arranca con sus propias manos,
 Sirve para los pleitos y la guerra,
 Las dos mayores plagas de la tierra
 Que afligen á los míseros humanos.
 Apénas nos desuellan, se destina
 Para hacer pergaminos y tambores:
Mira cómo los hombres malhechores
Labran en su maldad su propia ruina.

FÁBULA IV

El Raposo, la Mujer y el Gallo.

Con las orejas gachas
 Y la cola entre piernas,

Se llevaba un raposo
 Un gallo de la aldea.
 Muchas gracias al alba
 Que pudo ver la fiesta
 Al salir de su casa
 Juana la madruguera.
 Como una loca grita:
 —¡Vecinos, que le lleval
 ¡Que es el mio, vecinos!
 Oye el gallo las quejas,
 Y le dice al raposo:
 —Dila que no nos mienta,
 Que soy tuyo y muy tuyo.
 Volviendo la cabeza
 La responde el raposo:
 —Oyes, gran embustera,
 No es tuyo, sino mio,
 El mismo lo confiesa.
 Miéntras esto decía,
 El gallo libre vuela,
 Y en la copa de un árbol
 Canta que se las pela.
 El raposo burlado
 Huyó: ¡quién lo creyera!
Yo, pues, á más de cuatro
Muy zorros en sus tretas,
Por hablar á destiempo
Los ví perder la presa.

FÁBULA V

El Filósofo y el Rústico.

La del alba sería
 La hora en que un filósofo salía
 A meditar al campo solitario,
 En lo hermoso y lo vario

Que á la luz de la aurora nos enseña
Naturaleza entónces más risueña.

Distraido sin senda caminaba,
Cuando llegó á un cortijo, donde estaba
Con un martillo el rústico en la mano,
En la otra un milano,
Y sobre una portátil escalera.

—¿Qué haces de esa manera?

El filósofo dijo.

—Castigar á un ladron de mi cortijo,
Que en mi corral ha hecho más destrozos
Que todos los ladrones en Torozos.
Le clavo en la pared... Ya estoy contento,
Sirva á toda su raza de escarmiento.

—El matador es digno de la muerte
(El sabio dijo); mas si de esa suerte
El milano merece ser tratado.

¿De qué modo será bien castigado
El hombre sanguinario, cuyos dientes
Devoran á infinitos inocentes,
Y cuenta como mísera su vida
Si no hace de cadáveres comida?
Y áun tú, que así castigas los delitos,
Cenarías anoche tus pollitos.

—Al mundo le encontramos de este modo
(Dijo airado el patan); y sobre todo,
Si lo mismo son hombres que milanos,
Guárdese no le pille entre mis manos.
El sabio se dejó de reflexiones.

*Al tirano le ofenden las razones
Que demuestran su orgullo y tiranía,
Mientras por su sentencia cada dia
Muere (viviendo él mismo impunemente)
Por menores delitos otra gente.*

FÁBULA VI

La Pava y la Hormiga.

Al salir con las yuntas
 Los criados de Pedro,
 El corral se dejaron
 De par en par abierto.
 Todos los pavipollos
 Con su madre se fueron,
 Aquí y allí picando
 Hasta el cercano otero.
 Muy contenta la pava
 Decía á sus polluelos:
 —Mirad, hijos, el rastro
 De un copioso hormiguero.
 Ea, comed hormigas,
 Y no tengais recelo,
 Que yo tambien las como;
 Es un sabroso cebo.
 Picad, queridos mios:
 ¡Oh qué dias los nuestros
 Si no hubiese en el mundo
 Malditos cocineros!
 Los hombres nos devoran,
 Y todos nuestros cuerpos
 Humean en las mesas
 De nobles y plebeyos.
 A cualquier fiestecilla
 Ha de haber pavos muertos.
 ¡Qué pocas navidades
 Contaron mis abuelos!
 ¡Oh glotones humanos,
 Crueles carniceros!
 Miéntras tanto, una hormiga
 Se puso en salvamento

Sobre un árbol vecino,
 Y gritó con denuedo:
 —¡Hola! ¿conque los hombres
 Son crueles, perversos?
 ¿Y qué sereis los pavos?
 ¡Ay de mí! ya lo veo:
 A mis tristes parientes,
 ¿Qué digo? á todo el pueblo
 Sólo por desayuno
 Os le vais engullendo.
 No respondió la pava
 Por no saber un cuento
 Que era entónces del caso,
 Y ahora viene á pelo.
 Un gusano roía
 Un grano de centeno;
 Viéronlo las hormigas:
 ¡Qué gritos! ¡qué aspavientos!
 Aquí fué Troya (dicen),
 Muere, pícaro perro.
 Y ellas, ¿qué hacían? Nada:
 Robar todo el granero.
*Hombres, pavos, hormigas,
 Segun estos ejemplos,
 Cada cual en su libro
 Esta moral tenemos.
 La falta leve en otro
 Es un pecado horrendo,
 Pero el delito propio
 No más que pasatiempo.*

FÁBULA VII

El Enfermo y la Vision.

¡Conque de tus recetas exquisitas
 (Un enfermo exclamó) ninguna alcanza!...
 El médico se fué sin esperanza,

Contando por los dedos sus visitas.

Así desengañado,
Y creciendo por horas su dolencia,
De este modo examina su conciencia:
En todos mis contratos he logrado
(No lo niego) ganancia muy segura;
Trabajé en calcular mis intereses,
Aumenté mi caudal en pocos meses,
Más por felicidad que por usura.

Sin rencor ni malicia
Hice que á mi deudor pusiesen preso.
Murió pobre en la cárcel, lo confieso,
Mas, en fin, es un hecho de justicia.
Si por cierto instrumento
Reduje una familia muy honrada
La pobreza extremada,
Algun dia leerán mi testamento.

Entónces (muerto yo) se hará patente
En la tierra, lo mismo que en el cielo,
Para alivio de pobres y consuelo
Mi caridad ardiente,

Una vision se acerca, y dice:—Hermano,
La esperanza condeno
Del que aguarda á morir para ser bueno;
Una accion de piedad está en tu mano.
Tus prójimos, segun sus oraciones,
Están necesitados:
Para ser remediados
Han menester siquiera cien doblones.

—¡Cien doblones! no es nada.

Y si, porque Dios quiera, no me muero,
Y despues me hace falta ese dinero,
¿Sería caridad bien ordenada?

—Avaro, ¿te resistes? Pues al cabo

Te anuncio que tu muerte está cercana.

—¿Me muero? Pues que esperen á mañana.

La vision se volvió sin un ochavo.



FÁBULA VIII

El Camello y la Pulga.

Al que ostenta valimiento,
 Cuando su poder es tal
 Que ni influye en bien ni en mal,
 Le quiero contar un cuento.

En una larga jornada,
 Un camello muy cargado
 Exclamó ya fatigado:
 —¡Oh qué carga tan pesada!
 Doña Pulga, que montada
 Iba sobre él, al instante
 Se apea, y dice arrogante:
 —Del peso te libro yo.
 El camello respondió:
 —Gracias, señor elefante.

FÁBULA IX

El Cerdo, el Carnero y la Cabra.

Poco ántes de morir un corderillo
 Lame alegre la mano y el cuchillo

Que han de ser de su muerte el instrumento,
Y es feliz hasta el últimomomento.

Así, cuando es el mal inevitable,
Es quien ménos prevé, más envidiable.

Bien oportunamente mi memoria
Me presenta al lechon de cierta historia.

Al mercado llevaba un carretero
Un marrano, una cabra y un carnero.

Con perdon, el cochino
Clamaba sin cesar en el camino:

—¡Esta sí que es miseria!

Perdido soy, me llevan á la feria.

Así gritaba; mas ¡con qué gruñidos!

No dió en su esclavitud tales gemidos

Hécuba la infelice.

El carretero al gruñidor le dice:

—¿No miras al carnero y á la cabra

Que vienen sin hablar una palabra?

—¡Ay, señor (le responde), ya lo veo!

Son tontos y no piensan. Yo preveo

Nuestra muerte cercana.

A los dos, por la leche y por la lana,

Quizá no matarán tan prontamente:

Pero á mí, que soy bueno solamente

Para pasto del hombre... no lo dudo,

Mañana comerán de mí menudo.

¡Adios, pocilga, adios, gamella mia!

Sutilmente su muerte preveía.

¿Mas qué lograba el pensador marrano?

Nada, sino sentirla de antemano.

El dolor ni los ayes, es seguro

Que no remediarán el mal futuro.

FÁBULA X

El Leon, el Tigre y el Caminante.

Entre las fieras garras oprimía
 Un tigre á un caminante.
 A los tristes quejidos al instante
 Un leon acudió con bizarría.
 Lucha, vence á la fiera, y lleva al hombre
 A su regia caverna.—Toma aliento
 (Le decía el leon), nada te asombre;
 Soy tu libertador, estáme atento:
 ¿Habrá bestia sañuda y enemiga
 Que se atreva á mi fuerza incomparable?
 Tú puedes responder, ó que lo diga
 Esa pintada fiera despreciable.
 Yo, yo solo, monarca poderoso,
 Domino en todo el bosque dilatado.
 ¡Cuántas veces la onza, y áun el oso,
 Con su sangre el tributo me han pagado!
 Los despojos de pieles y cabezas,
 Los huesos que blanquean este piso,
 Dan el más claro aviso
 De mi valor sin par y mis proezas.

—Es verdad, dijo el hombre; soy testigo:
 Los triunfos miro de tu fuerza airada;
 Contemplo á tu nacion amedrentada;
 Al librarme venciste á mi enemigo.
 En todo esto, señor (con tu licencia),
 Sólo es digna del trono tu clemencia.
 Sé benéfico, amable,
 En lugar de despótico tirano;
 Porque, señor, es llano
 Que el monarca será más venturoso
 Cuando hiciere á su pueblo más dichoso.
 —Con razon has hablado,

Y ya me causa pena
 El haber yo buscado
 Mi propia gloria en la desdicha ajena.
 En mis jóvenes años
 El orgullo produjo mil errores,
 Que me los ha encubierto con engaños
 Una corte servil de aduladores.
*Ellos me aseguraban de concierto
 Que por el mundo todo
 No reinan los humanos de otro modo.
 Tú lo sabrás mejor: dime, ¿y es cierto?*

FÁBULA XI

La Muerte.

Pensaba en elegir la reina Muerte
 Un ministro de Estado:
 Le quería de suerte
 Que hiciese floreciente su reinado.
 El tabardillo, gota, pulmonía
 Y todas las demas enfermedades,
 Yo conozco (decía),
 Que tienen excelentes cualidades.
 Mas ¿qué importa? La peste, por ejemplo,
 Un ministro sería sin segundo;
 Pero ya por inútil la contemplo,
 Habiendo tanto médico en el mundo.

Uno de estos elijo; mas no quiero,
 Que están muy bien premiados sus servicios,
 Sin otra recompensa que el dinero.
 Pretendieron la plaza algunos vicios,
 Alegando en su abono mil razones:
 Consideró la reina su importancia,
 Y despues de maduras reflexiones
 El empleo ocupó la intemperancia.

FÁBULA XII

El Amor y la Locura.

Habiendo la locura
 Con el amor reñido,
 Dejó ciego de un golpe
 Al miserable niño.
 Venganza pide al cielo
 Vénus: ¡mas con qué gritos!
 Era madre y esposa;
 Con esto queda dicho.
 Queréllase á los dioses
 Presentando á su hijo:
 —¡De qué sirven las flechas,
 De qué el arco á Cupido,
 Faltándole la vista
 Para asestar sus tiros!
 Quítensele las alas
 Y aquel ardiente cirio,
 Si á su luz ser no pueden
 Sus vuelos dirigidos.

Atendiendo á que el ciego
 Siguiese su ejercicio,
 Y á que la delincuente
 Tuviese su castigo,
 Júpiter, presidente
 De la Asamblea, dijo:
 —Ordeno á la locura
 Desde este instante mismo
 Que eternamente sea
 De amor el lazarillo.

LIBRO SÉTIMO

FÁBULA PRIMERA

El Raposo enfermo.

El tiempo, que consume de hora en hora
 Los fuertes murallones elevados,
 Y lo mismo devora
 Montes agigantados,
 A un raposo quitó de día en día
 Dientes, fuerza, valor, salud; de suerte
 Que él mismo conocía
 Que se hallaba en las garras de la muerte.
 Cercado de parientes y de amigos,
 Dijo en trémula voz y lastimera:
 —¡Oh vosotros, testigos
 De mi hora postrera!
 Atentos escuchad un desengaño:
 Mis ya pasadas culpas me atormentan.
 Ahora, conjuradas en mi daño,
 ¿No veis cómo á mi lado se presentan?
 Mirad, mirad los gansos inocentes
 Con su sangre teñidos,
 Y los pavos en partes diferentes
 Al furor de mis garras divididos.
 Apartad esas aves que aquí veo
 Y me piden sus pollos devorados:
 Su infernal cacareo
 Me tiene los oídos penetrados.
 Los raposos le afirman con tristeza
 (No sin lamerse labios y narices):
 —Tienes debilitada la cabeza,
 Ni una pluma se ve de cuanto dices.
 Y bien lo puedes creer, que si se viese...
 —¡Oh glotones! callad, ya os entiendo

(El enfermo exclamó): ¡si yo pudiese
 Corregir las costumbres cual pretendo!
 ¿No sentís que los gustos,
 Si son contra la paz de la conciencia,
 Se cambian en disgustos?
 Tengo de esta verdad gran experiencia.
 Expuestos á las trampas y á los perros,
 Matais y perseguís á todo trapo
 En la aldea gallinas, y en los cerros
 Los inocentes lomos del gazapo.
 Moderad, hijos míos, las pasiones:
 Observad vida quieta y arreglada,
 Y con buenas acciones
 Ganareis opinion muy estimada.
 —Aunque nos convirtamos en corderos
 (Le respondió un oyente sentencioso),
 Otros han de robar los gallineros
 A costa de la fama del raposo.
 Jamas se cobra la opinion perdida;
 Esto es lo uno: mas ¿usted pretende
 Que mudemos de vida?
 Quien malas mañas há, ya usted me entiende.
 —Sin embargo, hermanito, crea, crea...
 (El enfermo le dijo.) Mas ¡qué sienta!
 ¿No oís que una gallina cacarea?
 Esto sí que no es cuento.
 ¡Adios, sermon! escápase la gente.
 El enfermo orador esfuerza el grito:
 —¿Os vais, hermanos? Pues tened presente
 Que no me haría daño algun pollito.

FÁBULA II

Las exequias de la Leona.

En su regia caverna inconsolable
 El rey leon yacía,

Porque en el mismo día
 Murió (¡cruel dolor!) su esposa amable.
 A palacio la corte toda llega,
 Y en fúnebre aparato se congrega.
 En la cóncava gruta resonaba
 Del triste rey el doloroso llanto.
 Allí los cortesanos entre tanto
 También gemían, porque el rey lloraba:
 Que si el viudo monarca se riera;
 La corte lisonjera
 Trocara en risa el lamentable paso.
 Perdona la difunta, voy al caso.
 Entre tanto sollozo,
 El ciervo no lloraba (¡yo lo creo!),
 Porque lleno de gozo
 Miraba ya cumplido su deseo.
 La tal reina le había devorado
 Un hijo y la mujer al desdichado.
 El ciervo, en fin, no llora;
 El concurso lo advierte,
 El monarca lo sabe, y en la hora
 Ordena con furor darle la muerte.
 —¿Cómo podré llorar (el ciervo dijo),
 Si apenas puedo hablar de regocijo?
 Ya disfruta, gran rey, más venturosa
 Los Elíseos Campos vuestra esposa:
 Me lo ha revelado á la venida,
 Muy cerca de la gruta aparecida;
 Me mandó lo callase algun momento,
 Porque gusta mostreis de sentimiento.
 Dijo así; y el concurso cortesano
 Aclamó por milagro la patraña.
 El ciervo consiguió que el soberano
 Cambiase en amistad su fiera saña.
*Los que en la indignacion han incurrido
 De los grandes señores,
 A veces su favor han conseguido*

*Con ser aduladores;
Mas no por esto advierto
Que el medio sea justo, pues es cierto
Que á más príncipes vicia
La adulacion servil que la malicia.*



FÁBULA III

El Poeta y la Rosa.

Una fresca mañana,
En el florido campo
Un poeta buscaba
Las delicias de Mayo.
Al peso de las flores
Se inclinaban los ramos,
Como para ofrecerse
Al huésped solitario.
Una rosa lozana,
Movida al aire blando,
Le llama, y él se acerca,
La toma, y dice ufano:
—Quiero, rosa, que vayas,
No más que por un rato,

A que la hermosa Clori
 Te reciba en su mano.
 Mas no, no, pobrecita,
 Que si vas á su lado,
 Tendrás de su hermosura
 Unos celos amargos:
 Tu suave fragancia,
 Tu color delicado,
 El verdor de tus hojas
 Y tus pimpollos caros,
 Entre estas florecillas
 Pueden ser alabados;
 Mas junto á Clori bella,
 Es locura pensarlo.
 Marchita, cabizbaja,
 Te irías deshojando,
 Hasta parar tu vida
 En un desnudo cabo.

La rosa, que hasta entónces
 No desplegó sus labios,
 Le dijo resentida:
 —Poeta chabacano,
 Cuando á un héroe quieras
 Coronar con el lauro,
 Del jardin de sus hechos
 Has de cortar los ramos.
 Por labrar su corona
 No es justo que tus manos
 Desnuden otras sienes
 Que la virtud y el mérito adornaron.

FÁBULA IV

El Buho y el Hombre.

Vivía en un granero retirado
 Un reverendo buho, dedicado

A sus meditaciones,
 Sin olvidar la caza de ratones.
 Se dejaba ver poco, mas con arte:
 Al gran turco imitaba en esta parte.
 El dueño del granero
 Por azar advirtió que en un madero
 El pájaro nocturno
 Con gravedad estaba taciturno.
 El hombre le miraba, se reía:
 —¡Qué carita de pascual le decía:
 ¿Puede haber más ridículo visaje?
 Vaya, que eres un raro personaje.
 ¿Por qué no has de vivir alegremente
 Con la pájara gente,
 Seguir desde la aurora
 A la turba canora
 De jilgueros, calandrias, ruiñones,
 Por valles, fuentes, árboles y flores?
 —Piensas á lo vulgar. Eres un necio
 (Dijo el solemne buho con desprecio).
 Mira, mira, ignorante,
 A la sabiduría en mi semblante.
 Mi aspecto, mi silencio, mi retiro,
 Aun yo mismo lo admiro:
 Si rara vez me digno, como sabes,
 De visitar la luz, todas las aves
 Me siguen y rodean: desde luégo
 Mi mérito conocen, no lo niego.
 —¡Ah tonto presumido!
 (El hombre dijo así): ten entendido
 Que las aves, muy léjos de admirarte,
 Te siguen y rodean por burlarte:
 De ignorante orgulloso te motejan,
 Como yo á aquellos hombres que se alejan
 Del trato de las gentes,
 Y con extravagancias diferentes
 Han llegado á doctores en la ciencia

De ser sabios no más que en la apariencia.
De esta suerte de locos
Hay hombres como buhos, y no pocos.

FÁBULA V

La Mona.

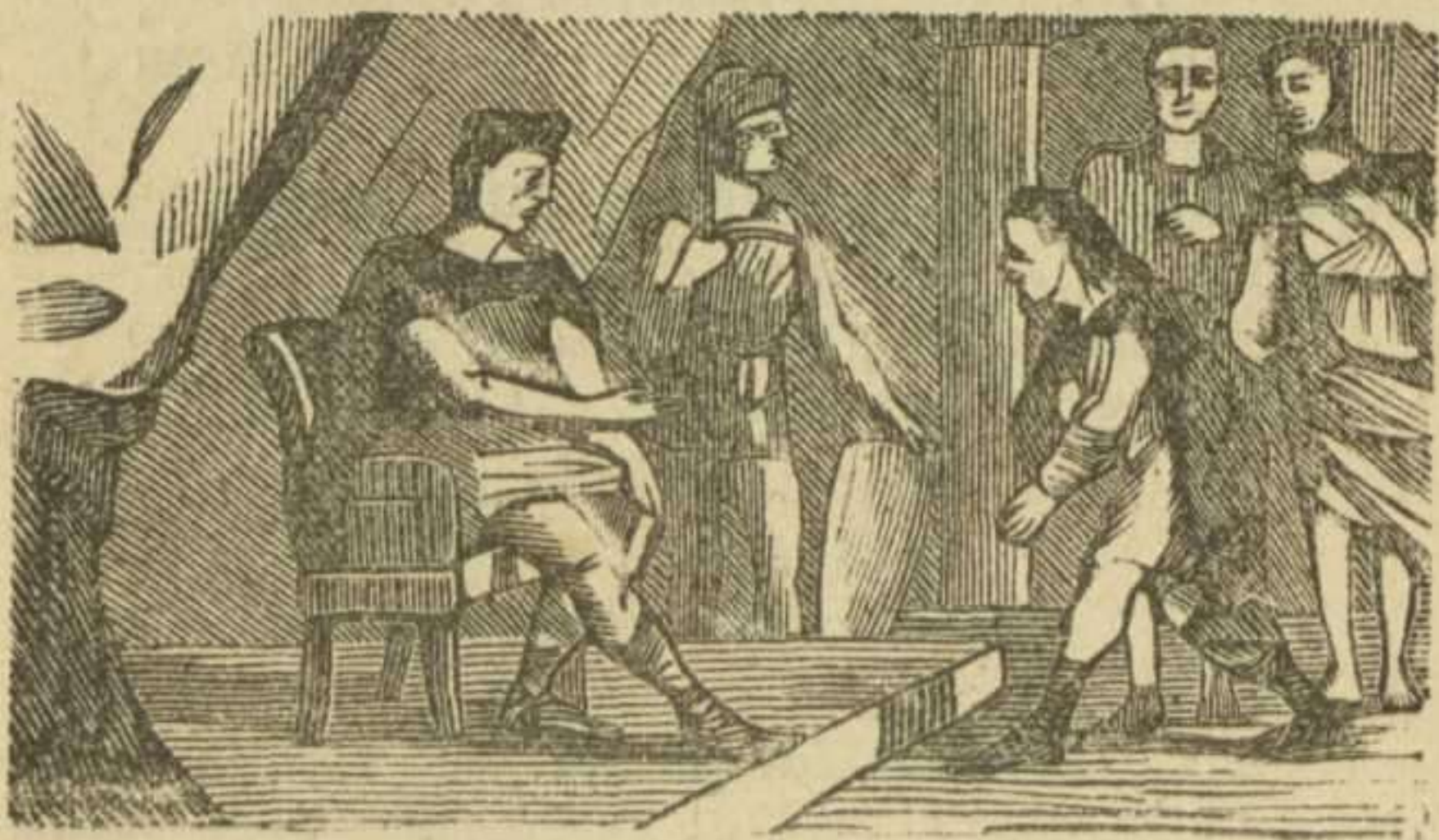
Subió una mona á un nogal,
 Y cogiendo una nuez verde,
 En la cáscara la muerde,
 Con que le supo muy mal;
 Arrójala el animal,
 Y se quedó sin comer.
Así suele suceder
A quien su empresa abandona,
Porque halla, como la mona,
Al principio qué vencer.

FÁBULA VI

Esopo y un Ateniense.

Cercado de muchachos
 Y jugando á las nueces,
 Estaba el viejo Esopo
 Más que todos alegre.
 —¡Ah pobre! ya chochea
 (Le dijo un ateniense.)
 En respuesta, el anciano
 Coge un arco que tiene
 La cuerda floja, y dice:
 —Ea, si es que lo entiendes,
 Dime, ¿qué significa
 El arco de esta suerte?
 Lo examina el de Aténas,

Piensa, cavila, vuelve,
 Y se fatiga en vano,
 Pues que no lo comprende.
 El Frigio, victorioso,
 Le dijo:—Amigo, advierte
 Que romperás el arco,
 Si está tirante siempre:
 Si flojo, ha de servirte
 Cuando tú lo quisieres.
*Si al ánimo estudioso
 Algun recreo dieres,
 Volverá á sus tareas
 Muchos más útilmente.*



FÁBULA VII

Demetrio y Menandro.

*Si te falta el buen nombre,
 Fabio, en vano presumes
 Que en el mundo te tengan por gran hombre
 Sin más que por tus galas y perfumes.*

Demetrio el Faleriano se apodera
 De Aténas, y aunque fué con tiranía,

De agradable manera
 Los del vulgo le aclaman á porfía.
 Los grandes y los nobles distinguidos
 Con fingido placer la mano besan
 Que los tiene oprimidos.
 Aun los que en el ocio se embelesan,
 Y á la poltrona gente
 Los arrastra el temor al cumplimiento.
 Con ellos va Menandro juntamente,
 Dramático escritor de gran talento,
 Cuyas obras leyó sin conocerle
 Demetrio: con perfumes olorosos
 Y pasos afectados entra. Al verle
 Llegar entre los tardos perezosos,
 El nuevo Arconte prorumpió enojado:
 —¿Con qué valor se pone en mi presencia
 Ese hombre afeminado?
 —Señor (le respondió la concurrencia),
 Es Menandro, el autor. Al punto muda
 De semblante el tirano,
 Al escritor saluda
 Y con grata expresion le da la mano.

FÁBULA VIII

Las Hormigas.

Lo que hoy las hormigas son,
 Eran los hombres antaño:
 De lo propio y de lo extraño
 Hacían su provision.
 Júpiter, que tal pasion
 Notó de siglos atras,
 No pudiendo aguantar más,
 En hormigas los trasforma.
Ellos mudaron de forma:
¿Y de costumbres? Jamas.

FÁBULA IX

Los Gatos escrupulosos.

A las once, y aún más, de la mañana
 La cocinera Juana,
 Con el pretexto de hablar á la vecina,
 Se sale, cierra y deja en la cocina
 A *Micifuz* y *Zapiron* hambrientos.
 Al punto (pues no gastan cumplimientos
 Gastos enhambrecidos)
 Se avanzan á probar de los cocidos.
 ¡Fú! dijo *Zapiron*: ¡maldita olla!
 ¡Cómo abrasa! Veamos esa polla
 Que está en el asador léjos del fuego.
 Ya tambien escaldado, desde luégo
 Se arrima *Micifuz*, y en un instante
 Muestra cada trinchante
 Que en el arte cisorio, sin gran pena,
 Pudiera dar lecciones á Villena.
 Concluido el asunto,
 El señor *Micifuz* tocó este punto:
Utrum, si se podía ó no en conciencia
 Comer el asador.—¡Oh qué demencia!
 (Exclamó *Zapiron* en altos gritos.)
 ¡Cometer el mayor de los delitos!
 ¿No sabes que el herrero
 Ha llevado por él mucho dinero,
 Y que, si bien la cosa se examina,
 Entre la batería de cocina
 No hay un mueble más serio y respetable?
 Tu pasion te ha engañado, miserable.
Micifuz, en efecto,
 Abandonó el proyecto;
 Pues eran los dos gatos
 De suerte timoratos,

Que si el diablo, tentando sus pasiones,
 Les pusiese asadores á millones
 (No hablo yo de las pollas), ó me engaño,
 O no comieran uno en todo el año.

De otro modo.

¡Qué dolor! Por un descuido
Micifuz y Zapiron
 Se comieron un capon
 En un asador metido.
 Despues de haberse lamido
 Trataron en conferencia
 Si obrarían con prudencia
 En comerse el asador.
*¿Le comieron?—No, señor;
 Era caso de conciencia.*

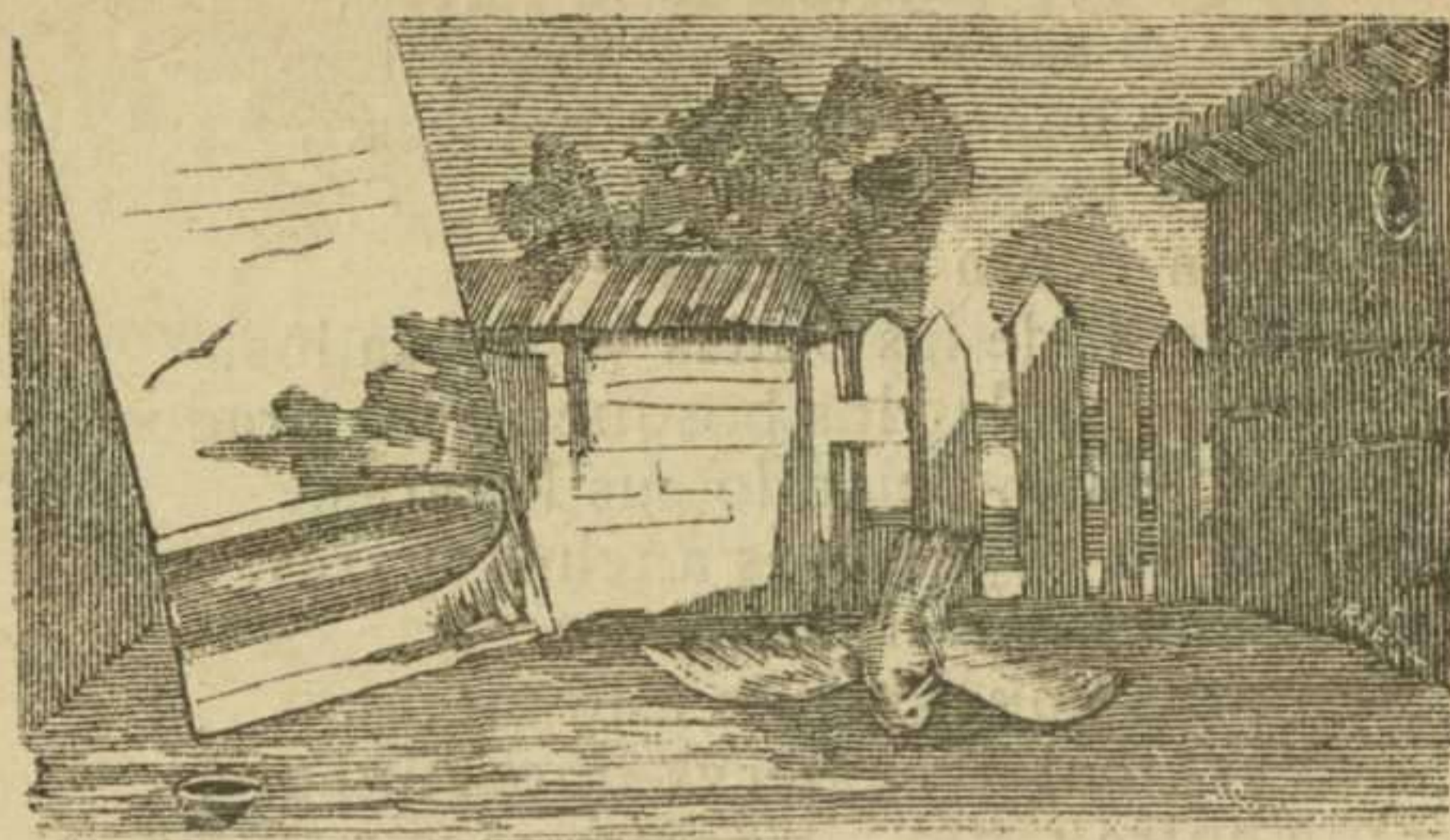
FÁBULA X

El Aguila y la Asamblea de los animales.

Todos los animales cada instante
 Se quejaban á Júpiter tonante,
 De la misma manera
 Que si fuere un alcalde de montera.
 El dios (y con razon) amostazado,
 Viéndose importunado,
 Por dar fin de una vez á las querellas,
 En lugar de sus rayos y centellas,
 De receptor envía desde el cielo
 Al águila rapante, que de un vuelo
 En la tierra juntó los animales,
 Y expusieron en suma cosas tales:
 Pidió el leon la astucia del raposo,
 Este de aquél lo fuerte y valeroso;
 Envidia la paloma al gallo fiero,

El gallo á la paloma en lo ligero;
 Quiere el sabueso patas más felices
 Y cuenta como nada sus nacices.
 El galgo lo contrario solicita,
 Y en fin ¡cosa inaudita!)
 Los peces, de las ondas ya cansados,
 Quieren poblar los bosques y los prados;
 Y las bestias, dejando sus lugares,
 Surcar las olas de los anchos mares.

Despues de oirlo todo,
 El águila concluye de este modo:
 —¿Ves, maldita caterva impertinente,
 Que entre tanto viviente
 De uno y otro elemento,
 Pues nadie está contento,
 No se encuentra feliz ningun destino?
 ¿Pues para qué envidiar el del vecino?
 Con sólo este discurso
 Aun el bruto mayor de aquel concurso
 Se dió por convencido.
De modo, que es sabido
Que ya sólo se matan los humanos
En envidiar la suerte á sus hermanos.



FÁBULA XI

La Paloma.

Un pozo pintado vió
 Una paloma sedienta;
 Tiróse á él tan violenta,
 Que contra la tabla dió.
 Del golpe al suelo cayó
 Y allí muere de contado.
*De su apetito guiado,
 Por no consultar al juicio,
 Así vuela al precipicio
 El hombre desenfrenado.*

FÁBULA XII

El Chivo afeitado.

Vaya una quisicosa.
 Si aciertas, Juana hermosa,
 Cuál es el animal más presumido
 Que rabia por hacerse distinguido

Entre sus semejantes,
 Te he de regalar un par de guantes.
 No es el pavon, ni el gallo,
 Ni el leon, ni el caballo,
 Y así, no te fatigues con demandas.
 ¿Será tal vez... el mono? Cerca le andas...
 ¿El mico?... ¡Que te quemas!
 Pero no acertarás, no, no lo temas.
 Déjalo, no te canses el caletre:
 Yo te diré cuál es: el *Petimetre*.
 Este vano orgulloso
 Pierde tiempo, doblones y reposo
 En hacer distinguida su figura.
 No pára en los adornos su locura:
 Hace estudio de gestos y de acciones
 A costa de violentas contorsiones.
 De perfumes va siempre prevenido;
 No quiere oler á hombre ni en descuido.
 Que mire, marche ó hable,
 En todo busca hacerse *remarcable*.
 ¿Y qué consigue? Lo que todo necio:
 Cuando más se distingue, más desprecio.
 En la historia siguiente yo me fundo.
 Un chivo, como muchos en el mundo,
 Vano extremadamente,
 Se miraba al espejo de una fuente.
 —¡Qué lástima, decía,
 Que esté mi juventud y lozanía
 Por siempre disfrazada
 Debajo de esta barba tan poblada!
 ¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
 No tienen ni aún bigotes los varones;
 Pues ya cuentan que son los moscovitas,
 Si barbones ayer, hoy señoritas:
 ¡Qué cabrunos estilos tan groseros!
 A bien que estoy en tierra de barberos.
 La historia fué en Tetuan, y todo el día

La barberil guitarra se sentía:
 El chivo fué, guiado de su tono,
 A la tienda de un mono,
 Barberillo afamado,
 Que afeitó al señorito de contado.
 Sale barbilampiño á la campaña;
 Al ver una figura tan extraña,
 No hubo perro ni gato
 Que no le hiciese burla al mentecato.
 Los chivos le desprecian de manera
 Que no hay más que decir. ¡Quién lo creyera!
 Un respetable macho
 Dicen que se rió como un muchacho.

LIBRO OCTAVO

FÁBULA PRIMERA

El Naufragio de Simónides.

Á ELISA

En tanto que tus vanas compañeras,
 Cercadas de galanes seductores,
 Escuchan placenteras
 En la escuela de Vénus los amores,
 Elisa, retirada te contemplo
 De la diosa Minerva al sacro templo.
 Ni eres ménos donosa,
 Ni ménos agraciada
 Que Clori, ponderada
 De gentil y de hermosa:
 Pues, Elisa divina, ¿por qué quieres
 Huir en tu retiro los placeres?
 ¡Oh sabia! ¡qué bien haces
 En estimar en poco tu hermosura,

Los placeres fugaces,
 El bien que sólo dura
 Como rosa en el ábrego marchita!
 Tu prudencia infinita
 Busca el sólido bien y permanente
 En la virtud y ciencia solamente.
 Cuando el tiempo implacable con presteza,
 O los males tal vez inopinados,
 Se lleven la hermosura y gentileza,
 Con lágrimas estériles llorados
 Serán aquellos dias que se fueron
 Y á juegos vanos tus amigas dieron;
 Pero á tu bien estable
 No hay tiempo ni accidente que consuma;
 Siempre serás feliz, siempre estimable.
 Eres sabia, y en suma,
 Este bien de la ciencia no perece,
 Oye cómo esta FABULA lo explica,
 Que mi respeto á tu virtud dedica.

Simónides en Asia se enriquece
 Cantando á justo precio sus loores
 De algunos generosos vencedores.
 Este sabio poeta, con deseo
 De volver á su amada patria Ceo,
 Se embarca, y en la mar embravecida
 Fué la mísera nave sumergida.
 De la gente á las ondas arrojada
 Sale quien diestro nada,
 Y el que nadar no sabe,
 Fluctúa en las reliquias de la nave.
 Pocos llegan á tierra afortunados
 Con las náufragas tablas abrazados.
 Todos cuantos el oro recogieron,
 Con el peso abrumados, perecieron.
 A Clecémone van: allí vivía
 Un varon literato, que leía
 Las obras de Simónides, de suerte

Que al conversar los náufragos, advierte
 Que Simónides habla, y en su estilo
 Le conoce, le presta todo asilo
 De vestidos, criados y dineros;
 Pero á sus compañeros
 Les quedó solamente por sufragio
 Mendigar con la tabla del naufragio.



FABULA II

El Filósofo y la Pulga.

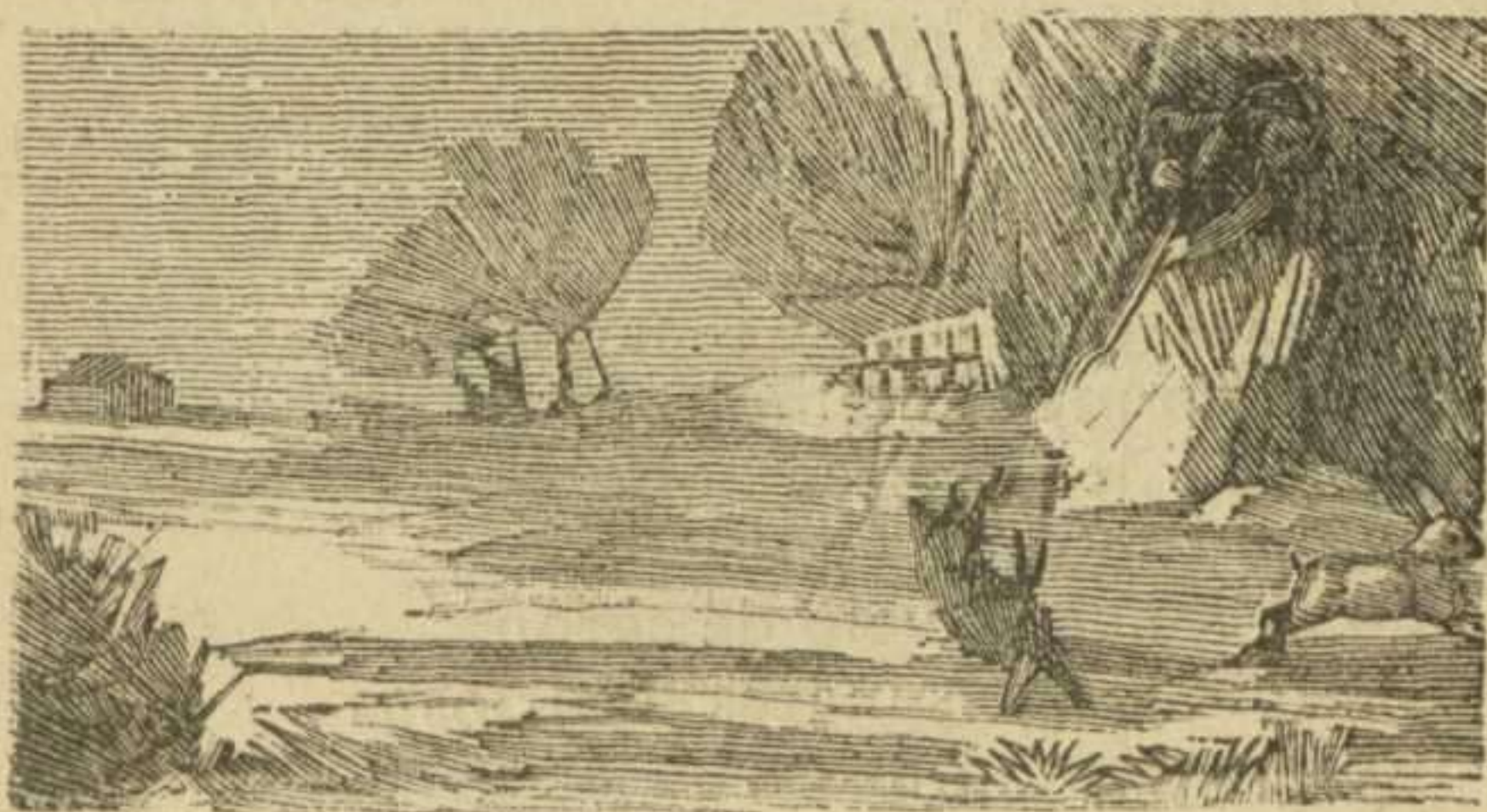
Meditando á sus solas cierto dia
 Un pensador filósofo decía:
 —El jardin adornado de mil flores
 Y diferentes árboles mayores,
 Con su fruta sabrosa enriquecidos,
 Tal vez entretejidos
 Con la frondosa vid que se derrama
 Por una y otra rama,
 Mostrando á todos lados
 Las peras y racimos desgajados,
 Es cosa destinada solamente
 Para que la disfruten libremente

La oruga, el caracol, la mariposa:
No se persuaden ellos otra cosa.

Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando;
El milano cazando
Saca la consecuencia:
Para mí los crió la Providencia:
El cangrejo en la playa envanecido
Mira los anchos mares, persuadido
A que las olas tienen por empleo
Sólo satisfacerle su deseo;
Pues cree que van y vienen tantas veces
Por dejarle en la orilla ciertos peces.
No hay (prosigue el filósofo profundo)
Animal sin orgullo en este mundo.

El hombre solamente
Puede en esto alabarse justamente.
Cuando yo me contemplo colocado
En la cima de un risco agigantado,
Imagino que sirve á mi persona
Todo el cóncavo cielo de corona:
Veo á mis piés los mares espaciosos
Y los bosques umbrosos
Poblados de animales diferentes,
Las escamosas gentes,
Los brutos y las fieras,
Y las aves ligeras,
Y cuanto tiene aliento
En la tierra, en el agua y en el viento,
Y digo finalmente: todo es mio.
¡Oh grandeza del hombre y poderío!
Una pulga, que oyó con gran cachaza
Al filósofo Maza,
Dijo:—Cuando me miro en tus narices,
Como tú sobre el risco que nos dices,
Y contemplo á mis piés aquel instante

Nada ménos que al hombre dominante,
 Que manda en cuanto encierra
 El agua, viento y tierra,
 Y que el tal poderoso caballero
 De alimento me sirve cuando quiero,
 Concluyo finalmente: todo es mio.
 ¡Oh grandeza de pulga y poderío!
 Así dijo, y saltando se le ausenta...
De este modo se afrenta
Aun al más poderoso,
Cuando se muestra vano y orgulloso.



FÁBULA III

El Cazador y los Conejos.

Poco ántes que esparciese
 Sus cabellos en hebras
 El rubicundo Apolo
 Por la faz de la tierra,
 De cazador armado,
 Al soto Fabio llega.
 Por el nudoso tronco
 De cierta encina vieja

Sube para ocultarse
 En las ramas espesas.
 Los incautos conejos
 Alegres se le acercan:
 Uno, del verde prado
 Igualaba la hierba:
 Otro, cual jardinero,
 Las florecillas riega:
 El tomillo y romero
 Este y aquél cercenan.
 Entretanto al más gordo,
 Fabio su tiro asesta.
 Dispara, y al estruendo
 Se meten en sus cuevas
 Tan repentinamente,
 Que á muchos pareciera
 Que (salvo el muerto) á todos
 Se los tragó la tierra.
 Despues de tanto espanto,
 ¿Habrá alguno que crea
 Que de allí á poco rato
 La tímida caterva,
 Olvidando el peligro
 Al riesgo se presenta?
Cosa extraña parece,
Mas no se admiren de ella.
¿Acaso los humanos
Obran de otra manera?

FÁBULA IV

El Filósofo y el Faisan.

Llevado de la dulce melodía
 Del cántico variado y melodioso
 Que en un bosque frondoso
 Las aves forman, saludando al día,

Entró cierta mañana
 Un sabio en los dominios de Diana.
 Sus pasos esparcieron el espanto
 En la agradable estancia:
 Interrúmpese el canto;
 Las aves vuelan á mayor distancia;
 Todos los animales, asustados,
 Huyen delante de él precipitados,
 Y el filósofo queda
 Con un triste silencio en la arboleda.
 Marcha con cauto paso ocultamente,
 Descubre sobre un árbol eminente
 A un faisán rodeado de su cría,
 Que con amor materno le decía:
 —Hijos míos, pues ya que en mis lecciones
 Largamente os hablé de los milanos,
 De los buitres y halcones,
 Hoy hemos de tratar de los humanos.
 La oveja en leche y lana
 Da abrigo y alimento
 Para la raza humana;
 Y en agradecimiento
 A tan gran bienhechora,
 La mata el hombre mismo y la devora:
 A la abeja, que labra sus panales
 Artificiosamente,
 La roba, come, vende sus caudales
 Y la mata en ejércitos su gente.
 ¿Qué recompensa, en suma,
 Consigue, en fin, el ganso miserable
 Por el precioso bien incomparable
 De ayudar á las ciencias con su pluma?
 Le da muerte temprana el hombre ingrato,
 Y hace de su cadáver un gran plato.
 Y pues que los humanos son peores
 Que milanos y azores
 Y que toda perversa criatura,

Huireis con horror de su figura.
 Así charló, y el hombre se presenta:
 —¡Ese es! grita la madre; y al instante
 La familia volante
 Se desprende del árbol y se ausenta.
 ¡Oh cómo habló el faisán! *Mas ¡qué dijera*
(El filósofo exclama) si supiera
Que en sus propios hermanos
La ingratitud ejercen los humanos!



FÁBULA V

El Zapatero médico.

Un inhábil y hambriento zapatero
 En la corte por médico corría;
 Con un contraveneno que fingía
 Ganó fama y dinero.
 Estaba el rey postrado en una cama
 De una grave dolencia:
 Para hacer la experiencia
 Del talento del médico, le llama,
 El antídoto pide, y en un vaso
 Finge el rey que lo mezcla con veneno;

Se lo manda beber: el tal Galeno
 Teme morir; confiesa todo el caso,
 Y dice que sin ciencia
 Logró hacerse doctor de grande precio
 Por la credulidad del vulgo necio.
 Convoca el rey al pueblo:—¡Qué demencia
 Es la vuestra (exclamó) que habeis fiado
 La salud francamente
 De un hombre á quien la gente
 Ni fiarle quería su calzado!
*Esto para los crédulos se cuenta,
 En quienes tiene el charlatan su renta.*

FÁBULA VI

El Murciélago y la Comadreja.

Cayó sin saber cómo
 Un murciélago á tierra,
 Y al instante le atrapa
 La lista comadreja.
 Clamaba el desdichado
 Viendo su muerte cerca:
 Ella le dice:—Muere,
 Que por naturaleza
 Soy mortal enemiga
 De todo cuanto vuela.
 El avechucho grita,
 Y mil veces protesta
 Que él es raton, cual todos
 Las de su descendencia.
 Con esto (¡qué fortuna!)
 El preso se liberta.
 Pasado cierto tiempo,
 No sé de qué manera
 Segunda vez le pilla:
 El nuevamente ruega;

Mas ella le responde
 Que Júpiter la ordena
 Tenga paz con las aves,
 Con los ratones guerra.
 —¿Soy yo raton acaso?
 Yo creo que estás ciega.
 ¿Quieres ver cómo vuelo?
 En efecto, le deja,
 Y merced á su ingenio,
 Libre el pájaro vuela.
*Aquí aprendió de Esopo
 La gente marinera:
 Murciélagos que fingen
 Pasaporte y bandera,
 No importa que haya pocos
 Ingleses comadrejas:
 Tal vez puede de un riesgo
 Sacarnos una treta.*

FÁBULA VII

La Mariposa y el Caracol.

Aunque te haya elevado la fortuna
 Desde el polvo á los cuernos de la luna,
 Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
 Tanto como eres grande, serás necio.
 ¡Qué! ¿te irritas? ¿te ofende mi lenguaje?
 ¿No se habla de ese modo á un personaje?
 Pues haz cuenta, señor, que no me oiste,
 Y escucha á un caracol: vaya de chiste.

En un bello jardin, cierta mañana
 Se puso muy ufana
 Sobre la blanca rosa
 Una recién nacida mariposa:
 El sol resplandeciente
 Desde su claro Oriente

Los rayos esparcía:
 Ella á su luz las alas extendía,
 Sólo porque envidiasen sus colores
 Manchadas aves y pintadas flores.
 Esta vana, preciada de belleza,
 Al volver la cabeza
 Vió muy cerca de sí, sobre una rama,
 A un pardo caracol. La bella dama
 Irritada exclamó:—¿Cómo, grosero,
 A mi lado te acercas? Jardinero,
 ¿De qué sirve que tengas con cuidado
 El jardin cultivado
 Y guarde tu desvelo
 La rica fruta del rigor del hielo
 Y los tiernos botones de las plantas,
 Si ensucia y come todo cuanto plantas
 Este vil caracol de baja esfera?
 O mátales al instante, ó vaya fuera.
 —Quien ahora te oyese,
 Si no te conociese
 (Respondió el caracol), en mi conciencia
 Que pudiera temblar en tu presencia.
 Mas dime, miserable criatura,
 Que acabas de salir de la basura,
 ¿Puedes negar que aún no hace cuatro dias
 Que gustosa solías
 Como humilde reptil andar conmigo,
 Y yo te hacía honor con ser tu amigo?
 ¿No es tambien evidente
 Que eres por línea recta descendiente
 De los orugas, pobres hilanderos,
 Que mirándose en cueros,
 De sus tripas hilaban y tejían
 Un fardo, en que en invierno se metían,
 Como tú te has metido,
 Y aún no hace cuatro dias que has salido?
 Pues si éste fué tu origen y tu casa,

¿Por qué tu ventolera se propasa
 A despreciar á un caracol honrado?
El que tiene de vidrio su tejado,
Eso logra de bueno
Con tirar las pedradas al ajeno.



FÁBULA VIII

Los dos Titiriteros.

Todo el pueblo admirado
 Estaba en una plaza amontonado,
 Y en medio se empinaba un titerero,
 Enseñando una bolsa sin dinero.
 —Pase de mano en mano, les decía:
 Señores, no hay engaño: está vacía.
 Se la vuelven, la sopla, y al momento
 Derrama pesos duros. ¡Qué portento!
 Levántase un murmullo de repente,
 Cuando ven por encima de la gente
 Otro titiritero á competencia;
 Queda en expectacion la concurrencia
 Con silencio profundo:
 Cesó el primero, y empezó el segundo.

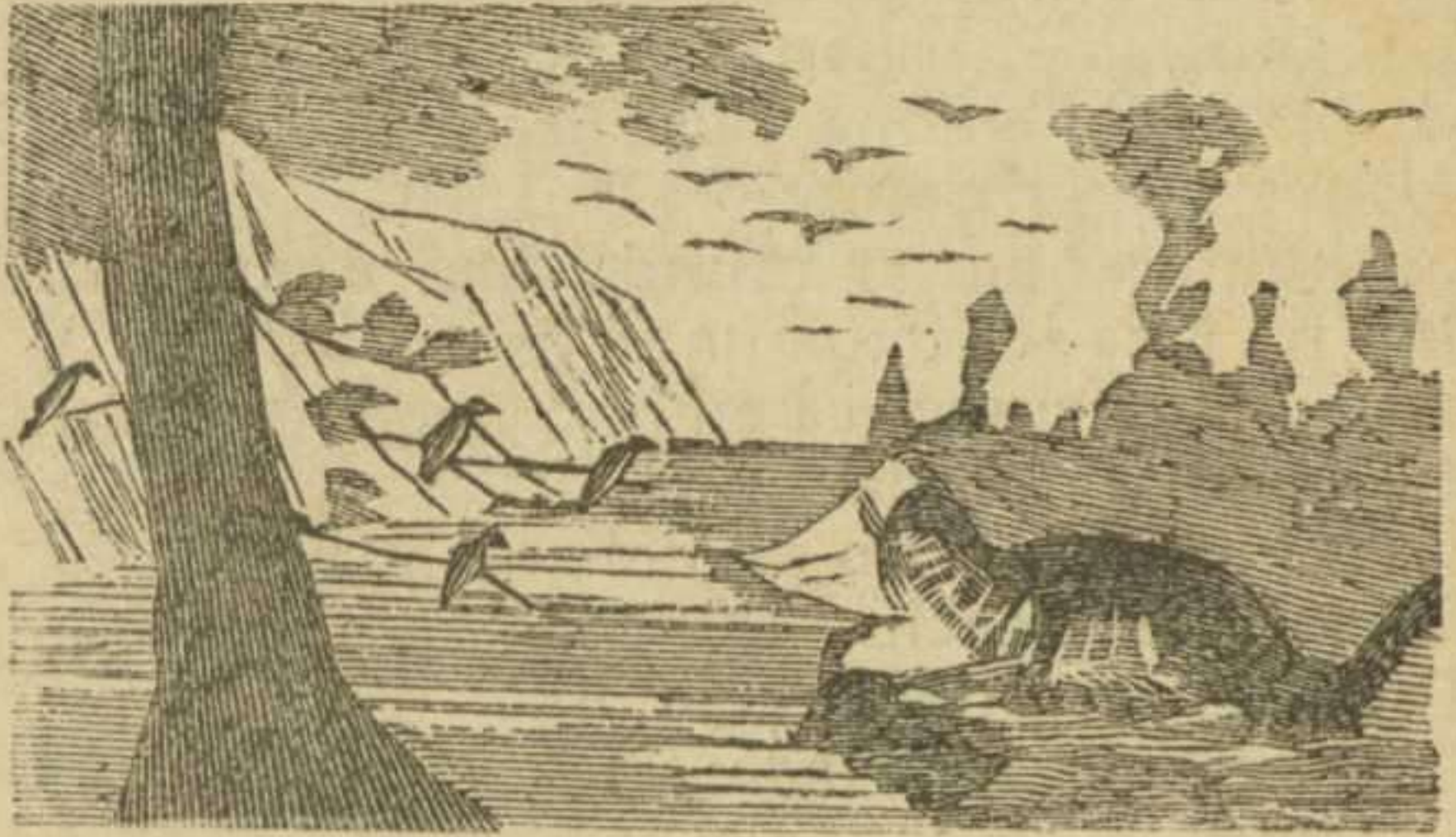
Presenta de licor unas botellas;
 Algunos se arrojan hacia ellas,
 Y al punto las hallaron trasformadas
 En sangrientas espadas.
 Muestra un par de bolsillos de doblones;
 Dos personas, sin duda dos ladrones,
 Les echaron la garra muy ufanos,
 Y se ven dos cordeles en sus manos.
 A un relator cargado de procesos
 Una letra le enseña de mil pesos.
 Sople usted: sopla el hombre apresurado
 Y le cierra los labios un candado.
 A un abate arrimado á su cortejo
 Le presenta un espejo,
 Y al mirar su retrato peregrino,
 Se vió con las orejas de pollino.
 A un santero le manda
 Que se acerque; le pilla la demanda,
 Y allá con sus hechizos
 La convirtió en merienda de chorizos.
 A un jóven desenvuelto y rozagante
 Le regala un diamante:
 Este le dió á su dama, y en el punto
 Pálido se quedó como un difunto,
 Item más, sin narices y sin dientes.
 Allí fué la rechifla de las gentes,
 La burla y la chacota;
 El primer titerero se alborota;
 Dice por el segundo con denuedo:
 —¡Ese hombre tiene un diablo en cada dedo,
 Pues no encierran virtud tan peregrina
 Los polvos de la madre Celestina!
 Que declare su nombre:
 El concurso lo pide, y el buen hombre
 Entónces, más modesto que un novicio,
 Dijo:—No soy el diablo, sino el vicio.

FÁBULA IX

El Raposo y el Perro.

De un modo muy afable y amistoso
 El mastin de un pastor con un raposo
 Se solía juntar algunos ratos,
 Como tal vez los perros y los gatos
 Con amistad se tratan. Cierta día
 El zorro á su compadre le decía:
 —Estoy muy irritado:
 Los hombres por el mundo han divulgado
 Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)
 Les anda circumcirca en la malicia.
 ¡Ah maldita canalla!
 Si yo pudiera.....En esto el zorro calla,
 Y erizado se agacha. Soy perdido
 (Dice), los cazadores he oído.
 ¿Qué me sucede?—Nada;
 No temas (le responde el camarada),
 Son las gentes que pasan al mercado.
 Mira, mira, cuitado,
 Marchar, haldas en cinta, á mis vecinas
 Coronadas con cestas de gallinas.
 —No estoy (dijo el raposo) para fiestas,
 Vete con tus gallinas y tus cestas,
 Y satiriza á otro. Porque sabes
 Que robaron anoche algunas aves,
 ¿He de ser yo el ladron?—En mi conciencia
 Que hablé (dijo el mastin) con inocencia.
 ¿Yo pensar que has robado el gallinero
 Cuando siempre te ví como un cordero?
 ¡Cordero! exclama el zorro, no hay aguante:
 Que cordero me vuelva en el instante
 Si he robado el que falta en tu majada.
 —¡Holal! (concluye el perro) camarada,

El ladrón es usted, según se explica.
 El estuche molar al punto aplica
 Al mísero raposo,
 Para que así escarmiente el cosquilloso
 Que de las fabulillas se resiente.
 Si no estás inocente,
 Dime, ¿por qué no bajas las orejas?
 Y si acaso lo estás, ¿de qué te quejas?



LIBRO NOVENO

FÁBULA PRIMERA

El Gato y las Aves.

Charlatanes se ven en todos lados,
 En plazas y en estrados,
 Que ofrecen sus servicios (¡cosa rara!)
 A todo el mundo por su linda cara.
 Este, químico y médico excelente,
 Cura á todo doliente,
 Pero *gratis*, no se hable de dinero;
 El otro, petimetre caballero,

Canta, toca, dibuja, borda y danza,
Y ofrece la enseñanza

Grátis, por afición á cierta gente.

Veremos en la fábula siguiente

Si puede haber en esto algun engaño;

La prudente cautela no hace daño.

Dejando los desvanes y rincones

El señor *Mirrimiz*, gato de maña,

Se salió de la villa á la campaña.

En paraje sombrío,

A la orilla de un río

De sauces coronado,

Entre unas matas se quedó agachado.

El gatazo callaba como un muerto

Escuchando el concierto

De dos milavecillas

Que en las ramas cantaban maravillas;

Pero callaba en vano,

Mientras no se acercaban á su mano

Los músicos volantes, pues quería

Mirrimiz arreglar la sinfonía.

Cansado de esperar, prorumpe al cabo,

Sacando la cabeza: ¡bravo, bravo!

La turba calla: cada cual procura

Alejarse ó meterse en la espusura:

Mas él les persuadió con buenos modos,

Y al fin logró que le escuchasen todos.

—No soy gato montés ó campesino:

Soy honrado vecino

De la cercana villa.

Fuí gato de un maestro de capilla,

La música aprendí, y áun si me empeño,

Vereis cómo os la enseño,

Pero grátis, y en ménos de una hora.

¡Qué cosa tan sonora

Será el oír un coro de cantores,

Verbigracia, calandrias, ruiñeñores!

Con estas y otras cosas diferentes,
 Algunas de las aves inocentes
 Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron:
 Todas en torno de él se colocaron.
 Entónces, con más gracia
 Y más diestro que el músico de Tracia,
 Echando su compas hacia el más gordo,
 Consigue *gratis* merendarse un tordo.

FÁBULA II

La danza pastoril.

A la sombra que ofrece
 Un gran peñon tajado,
 Por cuyo pié corría
 Un arroyuelo manso,
 Se formaba en estío
 Un delicioso prado.
 Los árboles silvestres
 Aquí y allí plantados,
 El suelo siempre verde,
 De mil flores sembrado,
 Más agradable hacían
 El lugar solitario.
 Contento en él pasaba
 La siesta, recostado
 Debajo de una encina,
 Con el albogue, Bato.
 Al són de sus tonadas
 Los pastores cercanos,
 Sin olvidar algunos
 La guarda del ganado,
 Descendían ligeros
 Desde la sierra al llano.
 Las honestas zagalas,
 Segun iban llegando,

Bailaban lindamente
 Asidas de las manos,
 En torno de la encina
 Donde tocaba Bato;
 De las espesas ramas
 Se veía colgado
 Una guirnalda bella
 De rosas y amaranto.
 La fiesta presidía
 Un mayoral anciano;
 Y ya que el regocijo
 Bastó para descanso,
 Antes que se volviesen
 Alegres al rebaño,
 El viejo presidente
 Con su corvo cayado
 Alcanzó la guirnalda
 Que pendía del árbol,
 Y coronó con ella
 Los cabellos dorados
 De la gentil zagala
 Que, con sencillo agrado,
 Supo ganar á todas
 En modestia y recato.
Si la virtud premiaran
Así los cortesanos,
Yo sé que no huiría
Desde la corte al campo.



FÁBULA III

Los dos Perros.

*Procure ser en todo lo posible,
El que ha de reprender, irrepreensible.*

Sultan, perro goloso y atrevido,
En su casa robó, por un descuido,
Una pierna excelente de carnero.
Pinto (gran tragador), su compañero,
Le encuentra con la presa encarnizado,
Ojo al través, colmillo acicalado,
Fruncidas las narices y gruñendo.

—¿Qué cosa estás haciendo
Desgraciado *Sultan*? (*Pinto* le dice);
¿No sabes, infelice,
Que un perro infiel, ingrato,
No merece ser perro, sino gato?
¿Al amo que nos fia
La custodia de casa noche y día,
Nos halaga, nos cuida y alimenta,
Le das tan buena cuenta
Que le robas goloso

La pierna del carnero más jugoso?
 Como amigo te ruego
 No la maltrates más: déjala luego.
 —Hablas, dijo *Sultan*, perfectamente.
 Una duda me queda solamente
 Para seguir al punto tu consejo:
 Dí, ¿te la comerás si yo la dejo?

FÁBULA IV

La moda.

Después de haber corrido
 Cierta danzante mono
 Por cantones y plazas
 De ciudad en ciudad el mundo todo,
 Logró (dice la historia,
 Aunque no cuenta el cómo)
 Volverse libremente
 A los campos del Africa orgulloso.
 Los monos al viajero
 Reciben con más gozo
 Que á Pedro el Czar los rusos,
 Que los griegos á Ulises generoso.
 De leyes, de costumbres
 Ni él habló, ni algun otro
 Le preguntó palabra;
 Pero de trajes y de modas, todos.
 En cierta jerigonza,
 Con extranjero tono,
 Les hizo un gran detalle
 De lo más remarcable á los curiosos.
 —Empecemos (decían)
 Aunque sea por poco.
 Hiciéronse zapatos
 Con cáscaras de nueces por lo pronto.
 Toda la raza mona

Andaba con sus choclos,
 Y el no traerlos era
 Faltar á la decencia y al decoro.
 Un leopardo hambriento
 Trepa para los monos:
 Ellos huir intentan
 A salvarse en los árboles del soto;
 Las chinelas lo estorban,
 Y de muy fácil modo
 Aquí y allí mataba,
 Haciendo á su placer dos mil destrozos.
 En Tetuan desde entónces
 Manda el senado docto
 Que cualquier uso ó moda
 De países cercanos ó remotos
 Antes que llegue el caso
 De adoptarse en el propio,
 Haya de examinarse
 En junta de políticos á fondo.
Con tan justo decreto
Y el suceso horroroso,
¿Dejaron tales modas?
Primero dejarían de ser monos.

FÁBULA V

El Lobo y el Mastin.

Trampas, redes y perros
 Los celosos pastores disponían
 En lo oculto del bosque y de los cerros,
 Porque matar querían
 A un lobo, por el bárbaro delito
 De no dejar á vida ni un cabrito.
 Hallóse cara á cara
 Un mastin con el lobo de repente,
 Y cada cual se pára,

Tal como en Zama estaban frente á frente
 Antes de la batalla muy serenos
 Aníbal y Escipion, ni más ni ménos.
 En esta suspension, treguas propone
 El lobo á su enemigo.
 El mastin no se opone;
 Antes le dice:—Amigo,
 Es cosa bien extraña, por mi vida,
 Meterse un señor lobo á cabricida.
 Ese cuerpo brioso
 Y de pujanza fuerte,
 Que mate al jabalí, que venza al oso.
 Mas ¿qué dirán al verte
 Que lo valiente y fiero
 Empleas en la sangre de un cordero?
 El lobo le responde:—Camarada,
 Tienes mucha razon: en adelante,
 Propongo no comer sino ensalada.
 Se despiden, y toman el portante.
 Informados del hecho
 Los pastores, se apuran y patean,
 Agarran al mastin, y lo apalean.
 Digo que fué bien hecho;
 Pues en vez de ensalada, en aquel año
 Se fué comiendo el lobo su rebaño.
*¿Con una reprehension, con un consejo
 Se pretende quitar un vicio añejo?*



FÁBULA VI

La Hermosa y el Espejo.

Anarda la bella
 Tenía un amigo
 Con quien consultaba
 Todos sus caprichos.
 Colores de moda
 Más ó ménos vivos,
 Plumas, sombreretes,
 Lunares y rizos,
 Jamas en su adorno
 Fueron admitidos,
 Si él no la decía:
Gracioso, bonito.
 Cuando su hermosura,
 Llena de atractivo,
 En sus verdes años
 Tenía más brillo,
 Traidoras la roban
 (Ni acierto á decirlo)
 Las negras viruelas
 Sus gracias y hechizos.

Llegóse al espejo
 (Este era su amigo.)
 Y como se jacta
 De fiel y sencillo,
 Lisa y llanamente
 La verdad le dijo.
 Anarda, furiosa,
 Casi sin sentido,
 Le vuelve la espalda
 Dando mil quejidos.
 Desde aquel instante
 Cuentan que no quiso
 Volver á consultas
 Con el señor mio.

Escúchame, Anarda:
 Si buscas amigos
 Que te representen
 Tus gracias y hechizos,
 Mas que no te adviertan
 Defectos y áun vicios
 De aquellos que nadie
 Conoce en sí mismo,
 Dime, ¿de qué modo
 Podrás corregirlos?

FÁBULA VII

El Viejo y el Chalan.

Fabio está, no lo niego, muy notado
 De una cierta pasion que le domina;
 Mas ¿qué importa, señor? Si se examina,
 Se verá que es un mozo muy honrado,
 Generoso, cortés, hábil, activo,
 Y que de todo entiende
 Cuando pide el empleo que pretende.
 ¡Y qué! ¿no se lo dan?... ¿Por qué motivo?...

Trataba un viejo de comprar un perro
 Para que le guardase los doblones.
 Le decía el chalan estas razones:
 —Con un collar de hierro
 Que tenga el animal, échenle gente;
 Es hermoso, pujante,
 Leal, bravo, arrogante;
 Y aunque tiene la falta solamente
 De ser algo goloso...
 —¿Goloso? (dice el rico.) No le quiero.
 —No es para marmiton ni despensero
 (Continúa el chalan muy presuroso),
 Sino para valiente centinela.
 —Méenos, concluye, el viejo:
 Dejará que me quiten el pellejo
 Por lamer entretanto la cazuela.



FÁBULA VIII

La Gata con cascabeles.

Salió cierta mañana
 Zapaquilda al tejado

Con un collar de grana,
 De pelo y cascabeles adornado.
 Al ver tal maravilla,
 Del alto corredor y la guardilla
 Van saltando los gatos de uno en uno.
 Congrégase al instante
 Tal concurso gatuno
 En torno de la dama rozagante,
 Que entre flexibles colas arboladas
 Apénas divisarla se podía.
 Ella, con mil monadas,
 El cascabel parlero sacudía;
 Pero cesando al fin el sonsonete,
 Dijo, que por juguete
 Quitó el collar al perro su señora,
 Y se lo puso á ella.
 Cierto que *Zapaquilda* estaba bella:
 A todos enamora,
 Tanto, que en la gatesca compañía,
 Cuál dice su atrevido pensamiento,
 Cuál se encrespa celoso;
 Riñen éste y aquél con ardimiento;
 Pues con ansia quería
 Cada gato soltero ser su esposo.
 Entre los arañazos y maullidos
 Levántase *Garraf*, gato prudente,
 Y á los enfurecidos
 Les grita:—Noble gente,
 ¿Gata con cascabeles por esposa!
 ¿Quién pretende tal cosa?
 ¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta,
 Y que la dama hambrienta
 Necesita sin duda que el marido,
 Ausente y aburrido,
 Busque la provision en los desvanes,
 Mientras ella, cercada de galanes,
 Porque el mundo la vea,

De tejado en tejado se pasea?
 Marchóse *Zapaquilda* convencida,
 Y lo mismo quedó la concurrencia.
¡Cuántos chascos se llevan en la vida
Los que no miran más que la apariencia!

FÁBULA IX

El Ruiseñor y el Mochuelo.

Una noche de Mayo,
 Dentro de un bosque espeso,
 Donde según reinaba
 La triste oscuridad con el silencio,
 Parece que tenía
 Su habitación Morfeo:
 Cuando todo viviente
 Disfrutaba del dulce y blando sueño,
 Pendiente de una rama
 Un ruiseñor parlero
 Empezó con sus ayes
 A publicar sus dolorosos celos.
 Después de mil querellas
 Que llegaban al cielo,
 A contar empezaba
 La antigua historia del infiel Teseo,
 Cuando, sin saber cómo,
 Un cazador mochuelo
 Al músico arrebató
 Entre las corvas uñas prisionero.
 Jamás Pan con la flauta
 Igualó sus gorjeos,
 Ni resonó tan grata
 La dulce lira del divino Orfeo:
 No obstante, cuando daba
 Sus últimos lamentos,
 Los vecinos del bosque
 Aplaudían su muerte: ¡yo lo creo!

Si con sus serenatas
 El mismo *Farinelo*
 Viniese á despertarme
 Mientras que yo dormía en blando lecho,
 En lugar de los *bravos*,
 Diría:—Caballero,
 ¡Que no viniese ahora
 Para tal ruseñor algun mochuelo!
Clori tiene mil gracias;
 ¿Y qué logra con eso?
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas á su tiempo.

FÁBULA X

El Amo y el Perro.

Callen todos los perros de este mundo
 Donde está mi *Palomo*:
 Es fiel, decía el amo, sin segundo,
 Y me guarda la casa... Pero ¿cómo?
 Con la despensa abierta
 Le dejé cierto día,
 Y en medio de la puerta
 De guardia se plantó con bizarría.
 Un formidable gato,
 En vez de perseguir á los ratones,
 Se venía, guiado del olfato,
 A visitar chorizos y jamones.
Palomo le despide buenamente,
 El gatazo se encrespa y acalora,
 Riñen sangrientamente,
 Y mi *guarda-jamones* lo devora:
 Esto contaba el amo á sus amigos,
 Y despues á su casa se los lleva
 A que fuesen testigos
 De tal fidelidad en otra prueba.
 Tenía al buen *Palomo* prisionero

Entre manidas pollas y perdices;
 Los sebosos riñones de un carnero
 Casi casi le untaban las narices.

Dentro de su retiro á penitencia
 El triste fué metido,
 Despues de algunos dias de abstinencia.

Al fin, ya su señor compadecido,
 Abre con sus amigos el encierro:
 Sale rabo entre piernas agachado;
 Al amo se acercaba el pobre perro
 Lamiéndose el hocico ensangrentado.
 El dueño se alborota y enfurece
 Con tan fatales nuevas.

*Yo le preguntaría: ¿y qué merece
 Quien la virtud expone á tales pruebas?*



FÁBULA XI

Los dos Cazadores.

Que en una marcial funcion,
 O cuando el caso lo pida,
 Arriesgue un hombre su vida,
 Digo que es mucha razon;
 Pero el que por diversion

Exponer su vida quiera
 A juguete de una fiera,
 O peligros no menores,
 Sepa de dos cazadores
 Una historia verdadera.

Pedro Ponce el valeroso
 Y Juan Carranza el prudente,
 Vieron venir frente á frente
 Al lobo más horroroso.
 El prudente, temeroso,
 A una encina se abalanza,
 Y cual otro Sancho Panza,
 En las ramas se salvó.
 Pedro Ponce allí murió:
Imitemos á Carranza.

FÁBULA XII

El Gato y el Cazador.

Cierto gato, en poblado descontento,
 Por mejorar sin duda su destino
 (Que no sería gato de convento)
 Pasó de ciudadano á campesino.
 Metióse santamente
 Dentro de una covacha, mas no léjos
 De un gran soto poblado de conejos.
 Considere el lector piadosamente
 Si el novel ermitaño
 Probaría la hierba en todo el año.
 Lo mejor de la caza devoraba
 Haciendo mil excesos;
 Mas al fin, por el rastro que dejaba
 De plumas y de huesos,
 Un cazador lo advierte: le persigue,
 Arma trampas y redes con tal maña,
 Que al instante consigue

Atrapar la carnívola alimaña.
 Llégase el cazador al prisionero;
 Quiere darle la muerte:
 El animal le dice:—Caballero,
 Duélase de la suerte
 De un triste pobrecito
 Metido en la prision y sin delito.
 —¿Sin delito, me dices,
 Cuando sé que tus uñas y tus dientes
 Devoran infinitos inocentes?
 —Señor, eran conejos y perdices,
 Y yo no hacía más, á fe de gato,
 Que lo que ustedes hacen en el plato.
 —Ea, pícaro, muere,
 Que tu mala razon no satisface.
Conque, sea la cosa que se fuere,
¿La podrá usted hacer si otro la hace?

FÁBULA XIII

El Pastor.

Salicio usaba tañer
 La zampona todo el año,
 Y por oirle, el rebaño
 Se olvidaba de pacer.
 Mejor sería romper
 La zampona al tal Salicio;
Porque si causa perjuicio
En lugar de utilidad,
La mejor habilidad,
En vez de virtud, es vicio.

FÁBULA XIV

El Tordo flautista.

Era un gusto el oir, era un encanto,
 A un tordo, gran flautista; pero tanto,

Que en la gaita gallega,
 O la pasion me ciega,
 O á Mision le llevaba mil ventajas.
 Cuando todas las aves se hacen rajadas
 Saludando á la aurora,
 Y la turba confusa charladora
 La canta sin compas y sin destreza
 Todo cuanto le viene á la cabeza,
 El flautista empezó: cesó el concierto.
 Los pájaros, con tanto pico abierto,
 Oyeron en un tono soberano
 Las folías, la gaita y el villano.
 Al escuchar las aves tales cosas,
 Quedaron admiradas y envidiosas.
 Los jilgueros, preciados de cantores,
 Los vanos ruseñores,
 Unos y otros corridos,
 Callan entre las hojas escondidos.
 Ufano el tordo grita:—Camaradas,
 Ni saben ni sabrán estas tonadas
 Los pájaros ociosos,
 Sino los retirados estudiosos.
 Sabed que con un hábil zapatero
 Estudié un año entero:
 El, dale que le das á sus zapatos,
 Y alternando silbábamos á ratos.
 En fin, viéndome diestro,
 Vuela al campo, me dice mi maestro,
 Y harás ver á las aves de mi parte
 Lo que gana el ingenio con el arte.

FÁBULA XV

El Raposo y el Lobo.

Un triste raposo
 Por medio del llano

Marchaba sin piernas,
 Cual otro soldado
 Que perdió las suyas
 Alla en Campo-Santos.
 Un lobo le dijo:
 —¡Hola, buen hermano!
 Diga: ¿en qué refriega
 Quedó tan lisiado?
 —¡Ay de mí! (responde)
 Un maldito rastro
 Me llevó á una trampa,
 Donde por milagro,
 Dejando una pierna,
 Salí con trabajo.
 Despues de algun tiempo
 Iba yo cazando,
 Y en la trampa misma
 Dejé pierna y rabo.
 El lobo le dice:
 —Creible es el caso.
 Yo estoy tuerto, cojo
 Y desorejado
 Por ciertos mastines
 Guardas de un rebaño.
 Soy de las montañas
 El lobo decano;
 Y como conozco
 Las mañas de entrambos,
 Temo que acabemos,
 No digo enmendados,
 Sino tú en la trampa
 Y yo en el rebaño.
*¡Que el ciego apetito
 Pueda arrastrar tanto!
 A los brutos, pase;
 ¡Pero á los humanos!*

FÁBULA XVI

El ciudadano pastor.

Cierta jóven leía
 En versos excelentes
 Las dulces pastorelas
 Con el mayor deleite.
 Tenía la cabeza
 Llena de prados, fuentes,
 Pastores y zagalas,
 Zampoñas y rabeles.
 Al fin, cierta mañana
 Prorumpió de esta suerte:
 —¡Yo he de estar prisionero,
 Cercado de paredes,
 Esclavo de los hombres
 Y sujeto á las leyes,
 Pudiendo entre pastores
 Grata y sencillamente
 Disfrutar desde ahora
 La libertad campestre!
 De la ciudad al bosque
 Me marché para siempre:
 Allí naturaleza
 Me brinda con sus bienes.
 Los árboles y ríos
 Con frutas y con peces,
 Los ganados y abejas
 Con la miel y la leche;
 Hasta las duras rocas
 Habitación me ofrecen,
 En grutas coronadas
 De pámpanos silvestres.
 Desde tan bella estancia,
 ¡Cuántas y cuántas veces
 Al són de dulces flautas

Y sonoros rabeles
 Oiré á los pastores
 Que discretos contienden,
 Publicando en sus versos
 Amores inocentes!
 Como que ya diviso
 Entre el ramaje verde
 A la pastora Nise,
 Que al lado de una fuente,
 Sentada al pié de un olmo,
 Una guirnalda teje.
 ¿Si será para Mopso?
 Tanto el jóven enciende
 Su loca fantasía,
 Que ya, en fin, se resuelve,
 Y en zagal disfrazado
 En los bosques se mete.
 A un rabadan encuentra,
 Y le pregunta alegre:
 —*Dime: ¿es de Melibeo
 Ese ganado?*—Miente,
 Que es mio, y, sobre todo,
 Sea de quien se fuere.
 No respondió el buen hombre
 Muy poéticamente.
 El jóven, temeroso
 De que tal vez le diese
 Con el fiero garrote
 Que por cayado tiene,
 Sin chistar más palabra
 Huyó bonitamente.
 Marchaba pensativo,
 Cuando quiso la suerte
 Que cogiendo bellotas
 A la pastora viese.
 —¡Oh Nise fementida!
 (Exclama.) ¡Cuántas veces

Siendo niña, querías
 Que yo te recogiese
 La fruta con rocío
 De mis manzanos verdes!
 Diciendo así se acerca,
 La moza se revuelve,
 Y dándole un bufido
 En las breñas se mete.
 Sorprendido el mancebo,
 Dice:—¿Qué me sucede?
 ¿Son éstos los pastores
 Discretos, inocentes,
 Que pintan los poetas
 Tan delicadamente?
 A nuevos desengaños
 Ya no quiero exponerme.
 Rendido, caviloso,
 A la ciudad se vuelve.
*Yo siento á par del alma
 Que no se detuviese
 A disfrutar un poco
 De la vida campestre.
 Por mi fe que las migas,
 El pastoril albergue,
 El rigor del verano,
 Los hielos y las nieves,
 Le hubieran persuadido
 Mucho más vivamente
 Que es un solemne loco
 Todo aquel creyere
 Hallar en la experiencia
 Cáunto el hombre nos pinta por deleite.*



FÁBULA XVII

El Ladron.

Por catar una colmena
 Cierta goloso ladron,
 Del venenoso aguijon
 Tuvo que sufrir la pena.
 La miel (dice) está muy buena:
 Es un bocado exquisito:
 Por el aguijon maldito
 No volveré al colmenar.
*¡Lo que tiene el encontrar
 La pena tras el delito!*

FÁBULA XVIII

El jóven filósofo y sus compañeros.

Un jóven, educado
 Con el mayor cuidado
 Por un viejo, filósofo profundo,
 Salió por fin á visitar el mundo.
 Concurrió cierto dia,

Entre civil y alegre compañía
 A una mesa abundante y primorosa.
 —¡Espectáculo horrendo! ¡Fiera cosa!
 ¡La mesa de cadáveres cubierta
 A la vista del hombre!... ¡Y éste acierta
 A comer los despojos de la muerte!
 El jóven declamaba de esta suerte.
 Al són de filosóficas razones,
 Devorando perdices y pichones,
 Le responden algunos concurrentes:
 —Si usted ha de vivir entre las gentes
 Deberá hacerse á todo.
 Con un gracioso modo,
 Alabando el bocado de exquisito,
 Le presentan un gordo pajarito.
 Cuanto usted ha exclamado será cierto.
 Mas en fin (le decían), ya está muerto.
 Pruébelo por su vida... Considere
 Que otro lo comerá si no lo quiere.
 La ocasion, las palabras, el ejemplo,
 Y segun yo contemplo
 Yo no sé qué olorcillo
 Que exhalaba el caliente pajarillo,
 Al jóven persuadieron, de manera
 Que al fin se lo comió. ¡Quién lo dijera!
 ¡Haber yo devorado un inocente!
 Así clamaba, pero friamente.
 Lo cierto es que, llevado de aquel cebo,
 Con más facilidad cayó de nuevo.
 La ocasion se repite
 De uno en otro convite,
 Y de una codorniz á una becada
 Llegó el jóven al fin de la jornada,
 Olvidando sus máximas primeras,
 A ser devorador como las fieras.

*De esta suerte los vicios se insinúan,
 Crecen, se perpetúan*

*Dentro del corazon de los humanos,
Hasta ser sus señores y tiranos.
Pues ¡qué remedio!... Incautos jovencitos,
Cuenta con los primeros pajaritos.*



FÁBULA XIX

**El Elefante, el Toro, el Asno y los demas
Animales.**

Los mansos y los fieros animales,
A que se remediasen ciertos males,
Desde los bosques llegan,
Y en la rasa campaña se congregan.
Desde la más pelada y alta roca
Un asno trompetero los convoca.
El concurso, ya junto,
Instruido tambien en el asunto
(Pues á todos por Júpiter previno
Con cédula *ante diem*, el pollino),
Imponiendo silencio el elefante,
Así dijo:—Señores, es constante
En todo el vasto mundo
Que yo soy en lo fuerte sin segundo.

Los árboles arranco con la mano,
 Venzo al leon, y es llano
 Que un golpe de mi cuerno en la muralla
 Abre sin duda brecha. A la batalla
 Llevo todo un castillo guarnecido:
 En la paz y en la guerra soy tenido
 Por un bruto invencible,
 No sólo por mi fuerza irresistible,
 Por mi gordo colete y grave masa,
 Que hace temblar la tierra donde pasa.
 Mas, señores, con todo lo que cuento,
 Sólo de vegetales me alimento;
 Y como á nadie daño, soy querido,
 Mucho más respetado que temido.
 Aprended, pues, de mí, crueles fieras,
 Las que haceis profesion de carniceras,
 Y no hagais, por comer, atroces muertes,
 Puesto que no sereis, ni ménos fuertes,
 Ni ménos respetadas,
 Sino muy estimadas
 De grandes y pequeños animales,
 Viviendo, como yo, de vegetales.
 —¡Gran pensamiento (dicen), gran discurso!
 Y nadie se le opone del concurso.
 Habló despues un toro del Jarama:
 Escarba el polvo, cabecea, brama.
 —Vengan (dice) los lobos y los osos,
 Si son tan poderosos,
 Y en el circo verán con qué donaire
 Les haré que volteen por el aire.
 ¡Qué! ¿Son ménos gallardos y valientes
 Mis cuernos que sus garras y sus dientes?
 ¿Pues por qué los villanos carniceros
 Han de comer mis vacas y terneros?
 Y si no se contentan
 Con las hojas y hierbas que alimentan
 En los bosques y prados

A los más generosos y esforzados,
 Que muerdan de mis cuernos al instante,
 O si no, de la trompa al elefante.
 La asamblea aprobó cuanto decía
 El toro con razon y valentía.
 Seguíase á los dos en el asiento,
 Por falta de buen órden, el jumento,
 Y con rubor expuso sus razones:
 —Los milanos (prorumpe) y los halcones
 (No ofendo á los presentes, ni quisiera),
 Sin esperar tampoco á que me muera,
 Hallan para sus uñas y su pico
 Estuche entre los lomos del borrico.
 Ellos querrán ahora, como bobos,
 Comer la hierba á los señores lobos
 Nada ménos: aprendan los malditos
 De las chochaperdices ó chorlitos,
 Que sin hacer á los jumentos guerra,
 Envainan sus picotes en la tierra,
 Y viva todo el mundo santamente,
 Sin picar ni morder en lo viviente.
 —¡Necedad, disparate, impertinencia!
 (Gritaba aquí y allí la concurrencia.)
 —¡Haya silencio (claman), haya modo!
 Alborótase todo:
 Crece la confusion, la grito crece:
 Por más que el elefante se enfurece,
 Se deshizo en desórden la asamblea.
 ¡Adios, gran pensamiento, adios, idea!
Señores animales, yo pregunto:
¿Habló el asno tan mal en el asunto?
¿Discurrieron tal vez con más acierto
El elefante y toro? No por cierto.
Pues ¿por qué solamente al buen pollino
Le gritan: disparate, desatino?
Oorque nadie en razones se paraba,
Sinò en la calidad de quien hablaba.

Pues, amigo elefante, no te asombres:
Por la misma razon entre los hombres
Se desprecia una idea ventajosa.
¡Qué preocupacion tan peligrosa!



FIN

